GILLIAN LARKIN



La muerte se va de viaje

La muerte se va de viaje

Gillian Larkin

La muerte se va de viaje

Un misterio de Julia Blake (Libro 5)

Por

Gillian Larkin

Copyright 2025 por Gillian Larkin

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin permiso de la autora.

Se trata de una obra de ficción. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Esta versión ha sido traducida del inglés original utilizando AI.

Índice

Capítulo I
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo I

Julia Blake miró a su colega mientras conducía. «Aún no has conocido a nuestro próximo cliente, se llama Douglas Pedley».

Cain dijo: «¿Es un cliente nuevo? Creía que ya los conocía a todos».

Julia giró a la izquierda. «Douglas no quiere que le limpien la casa todas las semanas, prefiere que le dé un repaso a fondo una vez al mes. Vive solo, así que su casa no necesita mucha limpieza, aunque tiene tres dormitorios grandes. Tardaremos un par de horas en hacer toda la limpieza».

Caín frunció el ceño. «¿Por qué no quiere que limpies más a menudo?».

Julia sonrió al pasar por delante de una nueva urbanización. «Pronto lo verás. Me llevo bien con Douglas, pero él prefiere su propia compañía, no es el más sociable de los hombres. Ladra más que muerde, como suele decirse».

«¿Sabe lo mío?» preguntó Caín.

Julia aflojó el paso. «Aún no, se lo diré enseguida. Estarás bien, nadie se ha opuesto a que estés en su casa».

Caín miró por la ventana y añadió: «Aún no. ¿Es ésta su casa?». Miró a izquierda y derecha de la vivienda unifamiliar. «Parece fuera de lugar junto a todas estas casas nuevas».

Julia apagó el motor del coche y se soltó el cinturón de seguridad. «La casa de Douglas se construyó hace unos ochenta años, hubo casas similares a su alrededor en un momento dado. Pero, una a una, la gente ha ido vendiendo sus casas para dejar paso a las nuevas. Por lo que he oído, el constructor responsable de estas casas nuevas ofreció a los propietarios un buen trato.»

Cain pulsó el botón de desbloqueo de su asiento y dijo: «¿Y el Sr. Pedley? ¿No le ofrecieron nada?»

Julia se rió. «¡Más de una vez! Incluso le ofrecieron más de lo que vale la casa. Pero Douglas es terco como una mula. No quiere vender, nunca. Esta casa significa demasiado para él. Pertenecía a la familia de su mujer, ella era hija única, así que la heredó. Val, su mujer, murió hace unos veinte años». Julia salió del coche y abrió el maletero para coger su bolsa de la limpieza.

Cain se unió a ella en el maletero y dijo: «La mayoría de la gente quiere seguir adelante cuando muere un cónyuge, empezar de cero, ese tipo de cosas».

Julia miró hacia la casa. «No todo el mundo se siente así, algunas personas simplemente no

pueden decir adiós. Creo que por eso Douglas prefiere su propia compañía, sigue viviendo con los recuerdos de Val». Se dirigió hacia la casa. «No es sólo la casa lo que tiene valor para el constructor, hay mucho terreno con la casa. Tres acres, creo».

Caín vaciló en su paso, con los ojos muy abiertos. «¡Tres acres! ¿Dónde? No veo nada».

Julia se dirigió hacia el sendero del jardín. «Está por detrás, te lo enseñaré, si Douglas me lo permite». Se detuvo y miró a Caín. «Su casa puede ser un poco opresiva, y Douglas también. No dejes que te moleste, sé lo sensible que eres».

Caín hinchó su flaco pecho y dijo: «No soy tan sensible. Soy un hombre de verdad».

Julia sonrió y dijo: «Así que no eras tú quien lloraba en Downton Abbey, te vi viéndolo antes de recogerte esta mañana».

Cain extendió las manos. «¡Pero era lady Sybil! ¿Por qué tenía que morir?»

Los dos se sobresaltaron al abrirse de golpe la puerta principal. Un anciano de espalda recta los miraba con desprecio; su fino bigote se erizaba como si estuviera molesto por el propietario. A Julia siempre le apetecía saludar a Douglas Pedley, tenía ese aire militar de autoridad.

«¡Julia Blake!» exclamó Douglas. «¿Ya es el último viernes del mes?».

«Desde luego que sí», dijo Julia. Levantó una mano hacia su izquierda y dijo: «Éste es Cain Andrews, mi colega».

Los ojos de Douglas se entrecerraron al estudiar a Cain. «Así que éste es el joven famoso. O debería decir infame. ¡Me he enterado de su acusación de homicidio involuntario! Me sorprende que tengas el valor de traerlo aquí, Julia Blake».

Julia levantó una mano. «¡Mire, señor Pedley, ya puede dejar de gritar! Caín ha cumplido su condena en la cárcel y estoy más que encantada de contratarle. Y todos mis otros clientes están encantados de tenerlo en sus casas. Si no lo quieres en la tuya, nos iremos encantados».

El bigote de Douglas se crispó. Levantó ligeramente la boca y dijo: «Así que ahora me llamas Sr. Pedley, te has vuelto muy formal». Levantó más la boca y se echó a reír. «¡Sólo bromeo contigo! Lo sé todo sobre Caín y su estancia en prisión. Y sé que fue acusado injustamente». Abrió más la puerta. «Pasa, pasa. No se me da muy bien hornear, así que esta mañana fui al supermercado y compré una tarta de chocolate, ya cortada y lista en la mesa de la cocina. No te quedes ahí parado, Caín, entra, ¡no te muerdo!».

Caín lanzó a Julia una mirada inquisitiva. Ella se encogió de hombros. No sabía qué le pasaba a Douglas Pedley, nunca lo había visto tan alegre. ¡Y en cuanto a salir a por una tarta! ¿Por qué sus clientes sentían la necesidad de alimentar a Caín? Ella sabía que era una cosa de aspecto flaco, pero aun así. Nunca le ofrecían nada. Se miró la barriga. Quizá hubiera una razón por la que nunca le ofrecían nada.

Douglas los condujo a la gran cocina. Julia olfateó y dijo: «Has estado limpiando aquí».

Douglas negó con la cabeza: «Yo no, pero mi nuevo amigo sí».

A Julia se le encogió el corazón. «¿Tienes una nueva limpiadora? ¿Te estás deshaciendo de mí? ¿La tarta es para suavizar el golpe?».

Douglas respondió: «El pastel no es para ti en absoluto. Y no, no tengo una limpiadora nueva. ¿Por qué iba a hacerlo?». Se volvió hacia Caín y le dijo: «Julia me mantiene al día de todos los cotilleos locales. No salgo tanto como debería, así que ella me informa de lo que pasa».

Julia se acercó a la mesa de la cocina. «Yo no cotilleo. Dime quién ha estado limpiando tu cocina. ¿Han limpiado también el resto de la casa?».

Douglas le dedicó una amplia sonrisa, sus ojos parecían brillar. Julia no pudo evitar sonreírle, hoy parecía años más joven, podría pasar por alguien de unos sesenta años.

Douglas juntó las manos y declaró: «¡Julia, tengo novia! Y es mayor que yo!»

«¡Oh! No me lo esperaba». Julia se sentó en la silla más cercana. «Me alegro por ti. Cuando dices mayor, ¿cuánto más?».

«Tiene ochenta años, sólo unos pocos más que yo». Douglas hizo una pausa, como perdido en sus pensamientos. «Es guapa. Y encantadora. Y me hace reír. No me reía tanto desde que... perdí a mi Val».

Julia se levantó y le puso la mano en el brazo. «Me alegro de verdad por ti».

De repente, Douglas parecía nervioso. «¿Te gustaría conocerla? Vendrá pronto. Sé que le gustaría conocerte. Y a Caín». Ambos miraron hacia Caín. Estaba sentado en la mesa de la cocina y parecía estar comiendo su segundo trozo de tarta. No les devolvió la mirada mientras saboreaba el glaseado de chocolate.

Julia negó con la cabeza. «¿Empezamos por el piso de arriba?».

«Podéis. O podrías enseñarle a Caín el exterior». Douglas le guiñó un ojo. «Sé que necesitas aprovisionarte. ¿Cain conoce tu secreto?»

Capítulo 2

Caín miró a Julia y dijo: «¿Qué secreto?».

Julia contestó: «No sé de qué está hablando».

«¡Ja! No intentes eso conmigo, Julia Blake, dile la verdad a tu colega». Se volvió hacia Caín y le dijo: «¡Es una bruja! ¿Lo sabías? Va a rebuscar por mi jardín en busca de hierbas y plantas para hacer hechizos y pociones. Me sorprende que no me haya convertido ya en sapo».

Julia soltó una carcajada. «No le hagas caso, Caín, te está tomando el pelo». Se detuvo un momento, nunca había visto a Douglas bromear con nada, realmente se comportaba como un hombre diferente. «Lo que Douglas intenta decir es que recojo hierbas y ciertas plantas de su jardín, con su permiso, por supuesto».

Caín no parecía convencido. «¿Y para qué utilizas esas hierbas y plantas?».

«¡Pociones de amor!» atronó Douglas. «O si no las tiene, debería hacerlas. Un poco de romance en tu vida hace maravillas. Me siento como un hombre nuevo».

Julia ignoró su arrebato. «Utilizo las hierbas y plantas para hacer mis productos de limpieza. Te sorprendería saber cuántos ingredientes naturales puedes utilizar». Julia sacó del bolsillo un cuaderno de aspecto antiguo. Caín sonrió suavemente al verlo. Julia continuó: «¿Recuerdas este cuaderno que me diste, que pertenecía a tu abuela? Pues hay algunas cosas que me gustaría probar».

Douglas miró más de cerca el libro, con una ceja levantada. «¿Seguro que no hay pociones de amor? ¿Cuándo tuviste una cita por última vez?».

«No es asunto tuyo», dijo Julia. Volvió a guardarse el cuaderno en el bolsillo. «Bien, ¿empezamos por el baño?».

Douglas miró su reloj. «No, puedes dejarlo. Mi amiga no tardará en llegar. Puedes enseñarle a Caín el jardín y el terreno».

Julia no esperó a que volviera a ofrecerse. Necesitaba aprovisionarse. Agarró a Caín por el brazo y lo arrastró hasta la puerta de la cocina. Le arrebató otro trozo de tarta al salir.

Julia lo condujo al gran jardín. Hizo un gesto con la mano hacia la derecha y dijo: «Douglas es un gran jardinero, le encanta cultivar hierbas y verduras. Está encantado de compartirlas conmigo. Le he dicho muchas veces que les dé algunas a sus vecinos de las casas nuevas que tiene a ambos lados, pero se niega. Nunca ha perdonado a los constructores que derribaran las casas originales y levantaran estas nuevas en su lugar. Creo que también culpa a los propietarios

de las casas».

«Es una pena», dijo Caín. Señaló el fondo del jardín. «¿Esa puerta da a su terreno?».

«Desde luego que sí. Puedes ver el campo detrás del muro, ¿y ves esos árboles más allá?».

Caín asintió. «¿Te refieres al bosque?»

«No sé si es lo bastante grande como para llamarlo bosque, pero sí, ésa también es tierra de Douglas».

«Vaya. ¿Por qué necesita tanta tierra?».

Julia se acercó al jardín de hierbas y miró un ramo de menta. «El terreno pertenecía a la familia de su mujer, como he dicho antes. El plan era construir casas para la familia numerosa que los padres de Val planeaban tener». Cogió una hoja de menta y la olió. Se enderezó y dijo: «Pero sólo tuvieron un hijo, sólo Val. Y Douglas y Val nunca tuvieron hijos. Douglas decía que Val siempre se sentía culpable por ello, como si fuera culpa suya».

«¿No querían adoptar? ¿O intentar ser padres adoptivos?»

Julia se metió la hoja en el bolsillo. «Val empezó a adoptar, pero no eran niños, sino gatos».

«¿Gatos?»

Julia asintió. «Hay una tienda benéfica de rescate de gatos en la ciudad que tiene enlaces con centros de rescate de gatos, la dirige una amiga de Val del colegio. No recuerdo su nombre. Pero Val empezó a adoptar gatos cuando por fin aceptó que no podía tener hijos. No sólo un gato, sino muchos». Julia se rió. «Douglas odiaba a los gatos, pero los soportaba por el bien de Val. Por lo que me ha contado, los gatos hacían feliz a Val. Y fíjate en toda la tierra que tenían para merodear. Val no renunciaba a la tierra, sus gatos la necesitaban».

«¿Qué pasó con los gatos tras su muerte?»

«Douglas se los quedó, hasta que ocurrió lo inevitable. Pero cuando murió el último, fue al centro de rescate de gatos y consiguió otro. Esta vez sólo uno. Aunque jura que odia a los gatos, creo que le gusta tener uno porque le recuerda a Val». Julia miró de izquierda a derecha. «Hablando de eso, ¿dónde está Cat?».

Caín resopló. «¿Gato? ¿Llama a su gato Gato?»

«Le gusta simplificar las cosas. Me pregunto si se habrá adentrado en el bosque. Espero que esté bien, ya está un poco mayor».

La esperanza se iluminó en los ojos de Caín y dijo despreocupadamente: «¿La buscamos? ¿En el bosque?»

Julia captó su mirada y sonrió. «¿Te sirve de excusa para curiosear?».

«Nunca he estado en un bosque, parece emocionante».

Julia asintió. Seguía olvidando que había estado en la cárcel los últimos doce años. Una pequeña zona boscosa debía de parecerle una especie de parque de aventuras. Dijo: «Sí, echemos un vistazo. He estado unas cuantas veces con Douglas, y espero que no nos perdamos».

Caín apretó las manos y le brillaron los ojos. «¿Llevamos provisiones? ¿Algo de agua y comida, algo para refugiarnos?».

Julia negó con la cabeza y sonrió. «Estaremos dentro y fuera en treinta minutos».

La cara de Caín se desencajó. «Ah, vale.» Siguió a Julia por el sendero del jardín y atravesó la puerta de madera del fondo.

Mientras cruzaban el campo, su tono volvió a ser de entusiasmo. «He visto muchos programas de detectives en los que encuentran un cadáver en un bosque. A veces colgado de un árbol, a veces escondido entre la maleza».

El paso de Julia vaciló. «Que encontráramos a un difunto el mes pasado no significa que vayamos a encontrar a otro».

«Sí, supongo que tienes razón».
Julia también esperaba tener razón. Cruzó los dedos mientras se adentraban en el bosque.

Capítulo 3

El bosque era un lugar agradable. Los árboles estaban lo bastante separados como para no bloquear la luz del día, y había varios caminos trillados que atravesaban los árboles.

Caín se adelantó a Julia como un cachorro juguetón. Gritó: «¡Oigo agua! ¿Puedo ir a ver de dónde viene?».

«Vete, ya te alcanzaré», dijo Julia y le hizo un gesto con la mano para que se fuera. Miró las plantas bajas que la rodeaban. Le gustaría saber qué eran. En el cuaderno de la abuela de Caín había algunos nombres que no le sonaban, algunos nombres de plantas que sonaban anticuados. Julia sacó el teléfono y empezó a hacer fotos de las plantas. Tal vez pudiera colgarlas en Internet y preguntar por sus nombres.

Siguió a Caín, haciendo fotos a medida que avanzaba. Se detuvo. «Qué curioso». Miró más de cerca lo que le había llamado la atención. Había un montón de huellas, todas estampadas en el suelo delante de ella. Las huellas eran grandes y los surcos profundos. Parecían proceder de algún tipo de bota, posiblemente una bota de trabajo. No recordaba que Douglas tuviera botas de trabajo alineadas en su zapatero. Miró más de cerca. Parecía haber dos tamaños distintos de botas, uno ligeramente más grande que el otro. Parecía que dos personas habían estado aquí recientemente. Se acercó a las huellas de las botas y miró a su alrededor. Desde allí podía ver la parte superior de la casa de Douglas. ¿Le habían estado espiando?

Un impulso le dijo que fotografiara las huellas.

Caminó hacia el pequeño arroyo y sonrió al ver a Caín agachado a su lado, con la mano en el agua que fluía suavemente. La miró con una gran sonrisa en la cara. «¡He visto una rana! Y algunos peces. Este sitio es increíble».

A Julia le dolió el corazón al pensar en lo mucho que el joven se había perdido en la vida. La primera vez que había ido a su casa para una entrevista, le había hablado sinceramente de su vida. Su madre nunca se había preocupado por él, su padre no supo de su existencia hasta que fue demasiado tarde y sus cuatro hermanos lo habían tratado peor que a un perro. Su vida había mejorado cuando su abuela lo acogió. Pero las cosas empeoraron cuando lo acusaron injustamente de homicidio involuntario. Había cumplido su condena en la cárcel por un sentido equivocado de la lealtad hacia los verdaderos culpables: sus malvados hermanos.

Julia se alegraba de haberse arriesgado con él y haberle dado un trabajo. Y su padre, Ray, también estaba encantado, pues se había hecho muy amigo de Cain.

Caín parecía mucho más joven de lo que era a medida que movía la mano en el agua.

Julia ladeó la cabeza. «¿Has oído eso?»

«¿Oír qué?» preguntó Caín, moviendo la mano en círculo en el agua.

«¡Shh! ¡Escucha!»

Caín sacó la mano y se puso de pie. Adoptó la misma postura que Julia mientras escuchaba. Al cabo de un momento asintió y dijo: «Suena como un animal atrapado o algo así. Viene de allí».

«¡Gato! ¡Tiene que ser Cat! Vamos!» Julia corrió alejándose del río y adentrándose en los árboles. El chirrido que había oído se hizo más fuerte. Corrió hacia unos arbustos bajos, el ruido era aún más fuerte. Julia se arrodilló y apartó las ramas puntiagudas. «¡Gato! ¿Qué has hecho? ¿Estás atrapada?»

Caín se unió a ella y se asomó por entre las ramas. «Tiene el pelaje enganchado en una rama. Si sostienes las ramas, intentaré liberarla».

Julia levantó las ramas, haciendo una mueca de dolor cuando un pincho le cortó la mano. Dijo: «Ten cuidado, es muy espinosa».

Caín se tumbó en la hierba y avanzó con la mano extendida. Hizo ruidos tranquilizadores a Cat mientras se acercaba aún más. Pronto, la mitad de su cuerpo estaba dentro de la espinosa planta. Los aullidos de angustia de Gata cesaron. Caín retrocedió lentamente. La sangre goteó por la mano de Julia cuando otra púa la alcanzó. Le dolía el brazo, pero no podía dejar caer las ramas.

Caín retrocedió completamente con un gato pelirrojo de aspecto disgustado en brazos. Cuando estuvo totalmente libre, dejó a la gata en el suelo y dijo: «Así que tú eres Cat».

Gata levantó la cabeza y la cola al mismo tiempo y se alejó trotando rápidamente.

«¡De nada!» gritó Julia tras la desagradecida criatura. Soltó la rama, sacó un pañuelo y se limpió la sangre de la mano.

Caín estaba a punto de hablar cuando un ruido hizo que ambos se quedaran inmóviles. Julia se llevó un dedo a la boca y se hundió aún más en la hierba.

El ruido que habían oído esta vez era el de unos hombres hablando. Las ramas crujieron y la hierba crujió cuando los hombres se acercaron.

«Es sólo cuestión de tiempo que el viejo ceda», dijo un hombre.

«¡No tenemos tiempo, idiota! Estamos perdiendo dinero, el mercado inmobiliario no seguirá así para siempre. Tenemos que construir esas casas ya, ¿no lo entiendes?». Esto lo dijo un hombre que sonaba más joven.

El primer hombre volvió a hablar: «Claro que lo entiendo, y este terreno es perfecto para esas viviendas para ejecutivos, pero estamos haciendo todo lo que podemos».

«Podemos hacer más. Enviarle a ese tonto antiguo una carta de oferta de vez en cuando no funciona». Hubo una pausa. «Tenemos que convencerle en términos más contundentes de que tiene que mudarse».

«¿Qué sugieres? Nada ilegal, espero. Ya sabes lo que pasó la última vez».

«Cometí un error la última vez, no volveré a hacerlo. Creo que hay que convencer al Sr. Pedley de que es hora de que se mude, por el bien de su salud».

A Julia se le cortó la respiración. Miró a Caín, que parecía tan horrorizado como ella. Estaba claro de qué hablaban aquellos hombres. Pero, ¿quiénes eran? Julia miró a través del follaje, pero no pudo ver nada desde su bajo punto de vista. Si levantaba un poco la cabeza...

De repente, todo quedó en silencio. Una sensación de frío pavor recorrió la espalda de Julia. ¿Habrían sido descubiertos Caín y ella? ¿Levantaría la cabeza y vería a dos hombres furiosos mirándoles?

Una ramita crujió y su corazón dio un vuelco.

El segundo hombre volvió a hablar. Julia oyó un matiz de amenaza en su voz cuando dijo: «Creo que le haré una visita a Douglas Pedley en un futuro muy próximo. Puedo convencerle de que venda su casa. Puedo ser muy persuasivo».

Los hombres se alejaron. Julia dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

Caín susurró: «¿Qué vamos a hacer?».

Julia se levantó y se quitó de encima trozos de hierba y hojas. Miró a Caín y dijo: «Vamos a contárselo a Douglas. Y entonces él llamará a la policía».

Pero eso no ocurrió.

Capítulo 4

«¡Vaya sarta de tonterías!» anunció Douglas.

«¡No son tonterías! Les he oído hablar, y también a Caín», dijo Julia. Se volvió hacia Caín para comprobarlo; estaba sentado a la mesa de la cocina. «¿Más tarta, Caín? ¿De verdad?»

Caín asintió hacia Douglas y dijo: «Me dijo que me lo acabara».

«Así es, muchacho, lo hice. Me gusta ver a un joven con buen apetito. Julia, no quería decir que estuvieras diciendo un montón de tonterías. Me refería a esos hombres. ¡Como si fueran a asustarme para que venda mi casa! Me enfrentaré a todos ellos. Sé quiénes son».

Julia dijo: «¿Quiénes son? Supongo que son constructores de algún tipo».

«Más bien vaqueros», dijo Douglas. «Estas casas supuestamente modernas a mi derecha y a mi izquierda las construyó Construcciones Adams. Las levantaron en semanas, no durarán ni un buen invierno. Lo más probable es que esos hombres del bosque trabajen para Alexander Adams, es el jefe. No sé qué hacían en mis tierras, pero si alguna vez los veo, les apuntaré con mi rifle de aire comprimido».

«¿Te han molestado últimamente?» preguntó Julia.

Douglas se acarició un lado del fino bigote. «Alexander Adams se me acercó al mismo tiempo que a mis antiguos vecinos, me preguntó si quería vender mi casa. Le dije que no quería venderla y que no tenía intención de hacerlo en el futuro. Fue educado, y yo también. Desde entonces he recibido varias cartas preguntándome si había cambiado de opinión. Me ofrecieron una suma ridícula, pero aun así dije que no». Enarcó las cejas mirando a Julia y añadió: «Aquella vez fui un poco menos cortés».

«¿Así que nadie se ha puesto en contacto últimamente? ¿Ningún tipo de amenaza?

«¿Como qué?

Cain interrumpió: «Gente extraña merodeando por la calle, tu teléfono pinchado, tu casa intervenida».

«¡Por Dios! ¡Tienes una imaginación muy activa! No, no he notado nada de eso. No tengo ni idea de si mi casa tiene micrófonos ocultos. Últimamente estoy un poco preocupado». Douglas miró el reloj. «Ya debería haber llegado. Supongo que es prerrogativa de una mujer llegar tarde».

Sonó el timbre.

La cara de Douglas se iluminó como la de un niño la mañana de Navidad. «Ya está aquí, por fin ha llegado», dijo con voz de asombro. Volvió a mirar a Julia y le dijo: «Quédate aquí.

Siéntate, estás desordenando el lugar. Y no le hagas cien preguntas. Sé lo entrometida que eres».

Julia se sentó e intentó parecer ofendida, no era para nada cotilla, sólo curiosa. Cogió un trozo de tarta y le dijo a Caín: «Estoy deseando ver a la mujer que ha cambiado tanto a Douglas».

Unos minutos después dijo: «¿Por qué tardan tanto?».

Caín sonrió y dijo: «A lo mejor se están besuqueando. Tienes migas alrededor de la boca».

Julia se limpió las migas y se levantó. «Quizá deberíamos ir a buscarlos».

«¡Quedaos donde estáis!» tronó Douglas al volver a la cocina, con una mujer a su lado.

Julia se quedó boquiabierta al contemplar la visión que se alzaba orgullosa junto a Douglas, con el brazo entrelazado con el de él. Su pelo negro azabache era abundante y brillante, y Julia creyó ver en él motas de azul oscuro. Los ojos de la mujer tenían un sorprendente tono azul. Tenía pequeñas arrugas alrededor de los ojos y la boca, pero sus mejillas eran suaves y sonrosadas. Julia se fijó en el elegante vestido de seda que llevaba la mujer, era del mismo azul que sus ojos.

Douglas tenía razón, su nueva amiga era hermosa. Julia sintió el aire en la lengua y cerró la boca de golpe.

La mujer retiró el brazo de Douglas y extendió una mano hacia Julia. Sonrió y dijo: «Encantada de conocerte por fin, Julia. Douglas me ha hablado mucho de ti».

«¿Ah, sí? Apenas me ha contado nada de ti». Julia estrechó la mano de la mujer.

La mujer se acercó a Caín y le dijo: «Tú debes de ser Caín. Espero que no te importe, pero te he preparado una tarta de frutas para que te la lleves a casa. He dejado la caja junto a la puerta principal».

Caín se levantó y le cogió la mano. «Gracias, me encanta la tarta de frutas». Hizo una pausa y añadió: «Me gusta todo tipo de tartas».

Julia sacudió ligeramente la cabeza. Caín pronto tendría suficientes productos de pastelería para montar su propia tienda.

La mujer volvió a hablar. «¡Oh! ¿Dónde están mis modales? No te he dicho mi nombre. Me llamo Nina Sapphire».

Julia sintió que se le cortaba la respiración. «Es un nombre precioso. Hace juego con tus ojos». Se llevó la mano a la boca. «Lo siento. He dicho una tontería».

Nina se rió, una risa gentil. «Sé lo que quieres decir. Zafiro no es el apellido con el que nací. Me lo cambié por mi carrera. Antes era una...».

Cain la señaló y gritó: «¡Una estrella de cine! Creía haberte reconocido. Veía todas tus películas con mi abuela. No puedo creer que sigas viva». Fue el turno de Caín de parecer avergonzado.

Nina hizo una pequeña mueca. «Estoy casi viva, estos viejos huesos me mantienen en movimiento».

«Estás más viva que cualquier mujer que conozco», dijo Douglas. Julia sintió un pinchazo en los ojos al notar la ternura en su voz. Si él dijera algo más así, ella se echaría a llorar.

Nina se acercó de nuevo a Douglas, parecía flotar en el aire. «Cariño, creo que tenemos que irnos. Llegaremos tarde a nuestra reserva». Miró a Julia y le dijo: «Vamos a ese restaurante italiano de la ciudad, tenemos reserva para el especial de jubilados». Se rió. «Hay algunas compensaciones por ser tan viejo».

«No pareces vieja», dijo Julia con sinceridad. Nina no podía tener ochenta años. Julia esperaba tener tan buen aspecto a los ochenta. Suspiró. Deseó estar así de guapa ahora.

Douglas dijo: «Julia, siento haberte fastidiado. ¿Dejamos la limpieza para el mes que viene?».

«No, comprobaré mi agenda, seguro que puedo encontrar otro día. Aunque no me importa

quedarme ahora para hacer las tareas de limpieza».

Nina le hizo un gesto delicado con la mano. «Querida, no puedes trabajar hasta tarde un viernes. Seguro que tienes planes sociales».

«Oh, sí, claro que tengo planes», dijo Julia. No añadió que sus planes incluían pizza de pepperoni y tres episodios de Lewis.

Nina le dijo a Douglas: «¿Te importaría que hiciera una visita al baño de señoras antes de irnos?».

«Claro que no, cariño. Me pondré el abrigo».

Nina volvió a retirar el brazo y le hizo un pequeño guiño a Julia. «Soy esclava de mi vejiga».

Julia le devolvió la sonrisa. Era una mujer encantadora. Douglas era realmente un hombre afortunado.

Nina se alejó, de nuevo parecía flotar.

En cuanto estuvo fuera del alcance de sus oídos, Douglas sonrió a Julia y dijo: «Bueno, ¿qué te parece? Es perfecta, ¿verdad?».

«Desde luego que lo es. ¿Cómo os conocisteis?

«En la tienda de caridad de la ciudad. Por fin me armé de valor y llevé la ropa de Val. Nina trabaja allí como voluntaria. Me resistía a entregar la ropa de Val, había cambiado de opinión sobre regalarla. Nina me llevó a la parte de atrás de la tienda, me preparó una taza de té y escuchó mis preocupaciones acerca de dejar ir las cosas de Val. Era muy comprensiva. Fue ella quien me pidió una cita. ¿Te lo puedes creer? ¿A mi edad?». Sonrió para sí. «Soy el hombre más afortunado del mundo. No puedo creer que tenga una segunda oportunidad en el amor». Su mirada se dirigió hacia arriba. Bajó la voz y dijo: «Voy a pedirle...».

No llegó a terminar la frase. Se oyó un tremendo estruendo, seguido de un grito desgarrador.

«¡Nina!» Douglas giró sobre sus talones y corrió hacia el pasillo y las escaleras. Julia y Cain corrieron tras él.

Encontraron a Nina tendida al pie de la escalera. Tenía los ojos cerrados y no se movía.

Capítulo 5

Caín soltó un grito ahogado y agarró a Julia por el brazo. «¿Está muerta?»

«No lo sé», dijo Julia.

Douglas se agachó junto al cuerpo inmóvil de Nina y le acarició la cara. «¡Nina! ¡Abre los ojos! Dime que estás bien». Empezó a sollozar.

Julia lo apartó suavemente. Puso la mano en el cuello de Nina y dijo: «Noto el pulso. Caín, llama a una ambulancia».

Caín sacó el teléfono y se apartó un poco de todos.

Los párpados de Nina se abrieron de golpe. «¡Oh! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí tirada? Douglas, ayúdame a levantarme, por favor».

Julia se volvió hacia Douglas y le dijo: «No la muevas, podría haberse roto algo».

Nina levantó la cabeza y dijo: «No, de verdad, me encuentro bien. ¡Pues yo me siento como una tonta tumbada aquí así! ¿Qué pensarás de mí?».

Julia volvió a centrar su atención en Nina. «Has tenido una mala caída. Sonaba como si te hubieras caído por las escaleras. Por favor, no te muevas, pronto llegará la ayuda».

Caín volvió al grupo. «Ya vienen». Miró hacia lo alto de los escalones alfombrados. «¿Has tropezado con algo?»

«No estoy seguro. En un momento me dirigía a lo alto de la escalera, y luego... estoy abajo, mirándoos a todos. Por favor, no arméis jaleo. Estoy segura de que estoy bien».

«No vamos a armar ningún alboroto. E insisto en que te quedes donde estás», dijo Julia. «Douglas, ¿quieres ir al hospital con Nina? No me importa ir con ella».

Douglas cogió la mano de Nina y dijo: «No me iré de su lado. Pobrecita, podría haberte perdido».

Nina intentó sonreír. Julia notó su pequeña mueca al hacerlo. Nina dijo: «Douglas, no me iré a ninguna parte en mucho tiempo. No te librarás de mí tan fácilmente».

«¿Lo prometes?» Douglas se llevó la mano de Nina a la boca y la besó.

Julia se enderezó y miró hacia las escaleras. «Veamos qué te ha hecho caer».

Caín siguió a Julia hasta lo alto de la escalera. Julia se agachó y examinó el último escalón. Tiró de un trozo de alfombra. Bajó la voz y dijo: «Mira, Caín, la alfombra sobresale aquí. No estoy segura de si se ha vuelto raída por el paso del tiempo o si alguien la ha arrancado».

«Parece la edad. Las alfombras de la casa de la abuela están así. Tendré que cambiarlas en

algún momento».

Julia llamó a Douglas: «Tu alfombra sobresale justo por encima del último escalón. ¿Cuánto tiempo lleva así?»

Douglas palideció. «¡Oh, diablos! Hace meses que está así. Llevo meses queriendo arreglarla. ¡Oh, Nina! Es culpa mía que hayas estado a punto de morir».

Nina le acercó la mano al pecho y dijo: «No, es culpa mía. Debería haber mirado por dónde iba».

El sonido de las sirenas interrumpió su conversación. Julia bajó con cuidado los escalones y se dirigió hacia la puerta principal. En unos minutos, los paramédicos habían evaluado la situación y colocado a Nina en una camilla.

Nina les hizo un débil gesto con la mano y dijo: «¡De verdad! No hace falta. Me encuentro bien».

Douglas dijo con firmeza: «Los médicos te dirán si estás bien o no. Deja que esta gente cuide de ti».

Nina le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

Julia le dijo a Douglas: «Terminaremos nuestro trabajo de limpieza y luego cerraremos por ti. Utilizaré la llave de repuesto que me has dado».

«No, vete a casa, Julia. Ya has hecho bastante por hoy. Mi casa puede esperar otro mes, no es importante».

Los paramédicos sacaron a Nina por la puerta principal. Ella tendió una mano a Douglas. Él la cogió y caminó a su lado mientras la metían en la ambulancia que la esperaba.

«¿Crees que deberíamos ir con ellos?» preguntó Cain.

«Ojalá pudiéramos, pero sólo estorbaríamos. Llamaré a Douglas más tarde para ver cómo está Nina. Está siendo muy valiente. No creo que yo lo fuera, estaría gritando como una loca».

«Yo también», admitió Cain.

Julia esperó a que la ambulancia se alejara. Volvió a subir las escaleras y echó otro vistazo a la alfombra. «Me pregunto si podría arreglarla. No quiero dejársela así a Douglas. Tengo pegamento en el bolso, podría intentarlo».

Caín dijo: «¿Por qué tendrías superglue en el bolso?».

Julia señaló hacia la alfombra. «Para situaciones como ésta, claro».

Los dos se sobresaltaron al oír el ruido de cristales rompiéndose.

«¿Qué demonios? Parecía que venía de la parte de atrás de la casa, de la cocina, creo».

Pronto descubrieron la causa del ruido.

«¡Cuidado! Hay cristales por todo el suelo», dijo Julia mientras se paraba en la puerta de la cocina.

Caín señaló la gran ventana que había sobre el fregadero. «Es ése el que está roto». Su dedo se movió hacia el suelo. «Y eso fue lo que provocó que se rompiera».

Julia frunció el ceño y avanzó con cautela. «Es una roca enorme. Está claro que la han tirado a propósito. ¿Por qué alguien haría algo así?

Miró a Caín. Él dijo inmediatamente lo que ella estaba pensando. «¿Construcción Adams? Quizá sea una advertencia para Douglas. ¿Hay algún papel atado alrededor de la roca, algún tipo de advertencia o amenaza?».

Julia dio otro paso. «¿Como algo que le diga a Douglas que venda su casa o si no? No veo nada». Se acercó con cuidado a la roca y se agachó junto a ella. «No, no hay papel alrededor ni nada escrito en la propia roca. Voy a envolverla en un paño y llevársela a la policía. No sé si se pueden obtener huellas dactilares de una roca, pero merece la pena intentarlo. Sé que Douglas no

se tomará en serio esta amenaza, pero yo sí».

Envolvió la roca en un paño limpio y se retiró de la habitación. Dijo: «No podemos dejar la ventana así. Llamaré a Joshua Bentley, es un manitas local y amigo de papá».

Joshua Bentley estaba cerca y prometió llegar en diez minutos. Julia y Cain barrieron cuidadosamente los cristales rotos mientras le esperaban.

Cuando Joshua llegó, Julia le preguntó si también podía asegurar la alfombra de la parte superior de la escalera.

«No hay problema». Asintió y se volvió hacia Caín. «Tú debes de ser Caín. Ray me ha hablado mucho de ti. Si alguna vez necesitas que haga algún trabajo en tu casa, llámame. Hago una tarifa más barata para los amigos».

Cain sonrió. Julia no estaba segura de si se debía al hecho de que Joshua había mencionado a su padre, o a la tarifa más barata para los amigos.

Julia le dijo a Caín: «Vamos a echar un vistazo al jardín, a ver si encontramos alguna huella parecida a las que he visto antes».

No encontraron ninguna huella debido a que la zona situada debajo de la ventana de la cocina estaba pavimentada. Julia miró hacia la verja que había al final del camino. «Cualquiera puede entrar aquí, no es seguro».

«Creo que Douglas es el tipo de hombre que puede cuidar de sí mismo», dijo Caín.

Julia asintió. «Así que le gusta pensar. ¿Te importaría ayudarme a recoger algunas hierbas? No he tenido ocasión de hacerlo antes».

Diez minutos después, Joshua llamó desde la puerta trasera: «He arreglado la alfombra y tapiado la ventana. Mañana volveré con el cristal del tamaño adecuado. Adiós».

«Gracias. gritó Julia tras él. «Bien, Caín, será mejor que nos vayamos. Dejaré a Douglas una nota sobre la ventana y la alfombra».

Caín dijo: «¿Y qué vas a hacer con la piedra que rompió la ventana?».

Julia dijo: «Voy a avisar a la policía». Suspiró. «No creo que se alegren de volver a verme tan pronto».

Capítulo 6

La mañana siguiente era sábado y Julia solía dedicar el día a sus cuentas. Pero no podía dedicarse a ellas. Intentó telefonear varias veces a Douglas, pero nunca obtuvo respuesta. Julia pensó en Nina. ¿Seguía en el hospital? ¿Se había roto algún hueso? ¿Había empeorado? Julia había telefoneado al hospital, pero, como era de esperar, no le darían ninguna noticia porque no era pariente suya.

Julia cerró la página de cuentas de su portátil. «Tendré que ir a ver a Douglas», se dijo.

Condujo hacia la casa de Douglas y lo vio esperando en la parada del autobús, a poca distancia de su casa. Detuvo el coche, bajó la ventanilla y dijo: «Buenos días. He estado intentando llamarte».

Douglas golpeó impacientemente su reloj. «¡Estúpidos autobuses! Llevo una hora esperando aquí. Se suponía que tenía que haber uno hace cincuenta minutos, y luego otro hace diez minutos. ¡Ninguno de los dos ha aparecido! Sin duda vendrán tres juntos de un momento a otro».

«¿Adónde vas?»

«Al hospital. Nina estará muy preocupada, le dije que iría a verla a primera hora».

«Sube, te llevaré».

Douglas no necesitó que se lo dijeran dos veces. Abrió la puerta del pasajero y subió. «Muy amable, gracias. Y gracias por arreglarme la ventanilla. Si alguna vez pillo al imbécil que la rompió, sacaré mi pistola en un santiamén. Les daré una lección».

Julia se alejó. «No puedes disparar a cualquiera».

«Más es una pena», refunfuñó Douglas.

«Como dije en mi nota, me llevé la piedra que atravesó la ventana. Puedes dársela a la policía cuando denuncies la rotura de la ventana».

«¡Y una mierda! ¿Qué va a hacer la policía? Puedo cuidarme sola».

Julia sonrió. «Pensé que dirías eso. Entonces avisaré a la policía, tengo contactos allí».

«Haz lo que quieras. Tengo otras cosas en la cabeza».

«¿Nina? Por eso te he llamado. ¿Cómo está?

«Bien. El médico dijo que fue un milagro que no se rompiera nada. Está llena de moratones, pero aparte de eso, está bien». Suspiró feliz. «Es una mujer increíble».

«Tiene suerte, y tú también. Podrías haber tropezado con esa alfombra en cualquier momento. Me sorprende no haberte encontrado en el fondo en una de mis visitas».

Douglas se rió entre dientes. «Y apuesto a que aún así te habrías servido de mi jardín de hierbas».

«Claro que lo habría hecho. Dijiste que podía servirme cuando quisiera. No dejaría que un cadáver se interpusiera en mi camino».

Douglas soltó una carcajada. «¡Ese es el espíritu! No hay por qué dejar que los cadáveres se interpongan en tu camino. Hablando de eso, aquí estamos en el hospital. Deberías ver a algunos de los pacientes que están en la sala de Nina. Cuando los vi por primera vez, no estaba segura de si estaban vivos o esperaban a que los llevaran en camilla al depósito de cadáveres. Anoche odié dejar a Nina allí, pero el médico insistió».

Julia entró en el aparcamiento. Douglas dijo: «Será mejor que encuentres aparcamiento. Sé que quieres ver a Nina por ti mismo. Pero aparcar aquí te costará un ojo de la cara».

Julia aparcó y pagó el ticket. Douglas se movía de un pie a otro a su lado. «¡Date prisa, mujer! Nina me está esperando».

«Estoy lista», dijo Julia. Siguió a Douglas al interior del hospital y por los pasillos. Para ser un hombre mayor, se movía con rapidez. Se quedó sin aliento cuando entraron en una sala.

Julia esperaba ver a una Nina de rostro demacrado rodeada de pacientes de aspecto similar. Se detuvo en seco y parpadeó. Caray, parecía una especie de fiesta. Nina estaba tumbada en la cama, llevaba un pijama de seda azul oscuro y una cinta del mismo color le sujetaba el pelo. Los pacientes situados a ambos lados sonreían como admiradores asombrados. Alrededor de la cama de Nina se habían colocado sillas ocupadas por varias mujeres, todas mayores de sesenta años por lo que parecía. La mesilla de noche de Nina estaba adornada con jarrones de flores y había muchas cajas de bombones abiertas esparcidas por la cama. Las visitas de Nina se comían los bombones con regularidad.

A Julia le sorprendió que el personal del hospital permitiera que continuara una fiesta tan ruidosa. Pero una mirada a las caras sonrientes de las enfermeras cercanas le dijo que ellas también habían caído bajo el hechizo de Nina.

«¡Douglas!» gritó Nina. «¡Has venido! Me preguntaba dónde estabas. Oh, todo el mundo, es Douglas. ¿No está guapo esta mañana?».

Las mujeres asintieron con la cabeza. Julia vio que un par de ellas miraban el trasero de Douglas cuando se inclinó para darle un beso a Nina. Julia se acercó a la cama de Nina.

«¡Julia! Oh, querida, ¡qué alegría verte! Mirad todos, ésta es Julia. Nos conocimos ayer, pero siento que vamos a ser grandes amigas». Julia sintió que el calor le subía a las mejillas cuando muchos pares de ojos la miraron de arriba abajo.

Una de las mujeres se levantó y dijo: «Nina, tenemos que irnos. Cuídate y no hagas caso a esos médicos. No saben nada. ¿Recuerdas lo que dijeron de mi problema con el viento? ¡Pah! No saben nada».

Las otras mujeres también se levantaron y se despidieron de Nina. Nina insistió en que se llevaran algunos de los bombones. Las mujeres se negaron al principio, pero Nina insistió en que se los llevaran. Hubo mucha charla y parloteo mientras el grupo se abrochaba los abrigos, recogía los bolsos y se despedía de nuevo de la paciente.

«¡Ni se te ocurra volver al trabajo todavía!», dijo una mujer de pelo morado, señalando con el dedo a Nina.

Douglas, Nina y Julia esperaron a que las mujeres se marcharan. Cuando lo hicieron, Nina le dijo a Julia: «¿Podrías llevarte las otras cajas de bombones? No quería disgustar a mis amigos, ¡pero el chocolate no me sienta nada bien! Por favor, no te niegues, me harás un favor».

Julia cogió las dos últimas cajas de la cama y las metió en el bolso. El chocolate no le

disgustaba en absoluto, estaba muy de acuerdo con ella. Julia se sentó y preguntó cómo estaba Nina.

A Nina le brillaron los ojos e indicó a Douglas que corriera las cortinas a ambos lados de la cama. En cuanto corrieron las cortinas, Nina rompió a llorar. «Oh, lo siento. No puedo evitarlo. He intentado ser valiente por mis amigos, que han sido tan amables conmigo, pero no puedo contener las lágrimas».

Douglas la rodeó con el brazo y le dijo: «Ya, ya, mi amor, ¿qué te pasa?».

Nina resopló y sacó de la manga un pañuelo de encaje. «Me duele el cuerpo más de lo que aparento. Intento ser fuerte. Quiero irme a casa, Douglas, no me gusta estar en el hospital. Siento que aquí estoy más cerca de la muerte. No les digas a los médicos que he estado llorando, ¿quieres?».

Douglas tiró de ella para acercarla. «Claro que no. Te sacaremos de aquí hoy mismo. Puedes quedarte en mi casa, tengo sitio de sobra».

«No, no puedo causarte ninguna molestia».

«¡Tonterías! Insisto en ello».

«¿Pero qué pensará la gente?»

«Que piensen lo que quieran. No aceptaré un no por respuesta». Douglas se volvió hacia Julia y le dijo: «No me iré de este hospital sin Nina. Puede que me quede aquí un rato, puedes irte. Gracias por llevarme, pero volveremos en taxi».

«No me importa esperar», dijo Julia.

Las lágrimas de Nina comenzaron de nuevo. «¡Oh, qué pesada soy! No quiero que me veas así».

Julia sintió la vergüenza de Nina y se levantó. «No eres una molestia. Me voy, pero llámame si necesitas algo».

Nina extendió la mano y acercó a Julia. Le dio un beso en la mejilla y le dijo: «Gracias, has sido muy amable».

Julia le dio las gracias con la mano. Se despidió y se marchó. Douglas aún tenía el brazo alrededor de los hombros de Nina, que parecía frágil. Nina parecía a punto de echarse a llorar de nuevo.

Mientras Julia se alejaba del hospital, sintió que una determinación le recorría el cuerpo. Iba a ir a ver a la policía y hablarles de la roca, las huellas y los hombres del bosque. Si Nina Sapphire iba a quedarse con Douglas, lo último que necesitaba era otra piedra en la ventana.

Capítulo 7

Papá se presentó en casa de Julia el domingo por la tarde. Ella le preparó una taza de té y lo llevó al salón. Le preguntó cómo le había ido la semana.

«Oh, ya sabes, muy ocupada. Seguro que nunca hice tanto cuando trabajaba», dijo. «Sigo yendo a mi grupo de punto. He hecho un gorro y una bufanda a juego para Caín. ¿Crees que le gustarán?».

Julia sonrió. «Le gustará cualquier cosa que le hagas, os habéis hecho buenos amigos, ¿verdad?».

Papá asintió. «Es como el hijo que nunca tuve, es genial».

Julia regañó. «¿No te bastan dos hijas?».

«Supongo que sí, pero es agradable tener a Caín cerca. Nunca se queja de hacer trabajos físicos duros en casa de su abuela».

Julia iba a decir que nunca se quejaba del trabajo físico duro, pero sabía que no era cierto. Si lo hiciera, papá sólo sacaría el tema del camino pavimentado de su casa, y de cómo ella y su hermana Ana se negaban a ayudarle porque las piedras eran demasiado pesadas. En vez de eso, dijo: «¿Qué tal os va en casa de Caín? Supongo que deberíamos llamarla así, en vez de la de su abuela, ya que ella se la dejó a él».

«Bueno, hemos pintado todo lo que hemos podido por fuera. Pronto necesitará ventanas y puertas nuevas. Pero hemos empezado bien con el jardín. Ayer estuve allí con él. Empezamos a pavimentar el camino». Se detuvo y le dirigió una mirada mordaz. «Algunos de sus vecinos nos observaban, ya sabes lo entrometidos que son algunos ancianos. La vecina de Caín vino por la tarde y le preguntó si le importaría cortarle el césped. Dijo que el cortacésped le resultaba demasiado pesado. Dijo que pagaría. Me di cuenta de que Caín iba a decir que lo cortaría gratis, así que intervine y le dije que lo haría por poco dinero. Sé lo orgulloso que es con el dinero, pero necesita acumular ahorros si va a volver a la universidad.»

Julia asintió. «Pronto lo conseguirá, es muy trabajador. ¿Alguno de los otros vecinos le ha pedido que haga algún trabajo?».

Papá se rió. «¿Cómo has sabido preguntar eso? Claro que se lo han pedido, he visto cómo se movía el visillo mientras cortaba la hierba de su vecino. En la calle de Caín se llevan todos un poco bien, y creo que también sienten un poco de lástima por él. ¡Tendrías que ver la cantidad de pasteles y galletas que le dan! Me obligó a tomar un poco. No sé qué dirá tu madre, ya sabes que

quiere que coma sano y toda esa basura de la Nueva Era». Hizo una pausa y frunció el ceño. «Guardaré mis golosinas en el cobertizo. Ella nunca entra ahí. ¿Qué has estado haciendo? Cain me lo contó todo sobre Douglas y su nueva amiga. ¿Cómo está después de su caída?

Julia le contó todos los detalles, incluida la piedra que atravesó la ventana de la cocina. Le dijo que también había estado en comisaría. «Quería hablar con el inspector Clarke, pero no estaba. Le dejé un mensaje, pero no me ha devuelto la llamada. Hay algo raro en esa empresa de construcción, lo sé».

Papá asintió mientras escuchaba. «Yo también he oído historias sobre Construcciones Adams. Construyen esas casas modernas que nadie quiere. No pueden estar utilizando buenos materiales si las construyen tan deprisa. Un obrero se enorgullece de sus creaciones, no las apresura».

Julia dijo: «Me gustaría poder hablar con alguien de esa empresa, ver qué piensan de la casa de Douglas. Y no me importaría ver el interior de una de sus nuevas casas, ver por qué tanto alboroto».

Papá se tragó el té, lo dejó sobre la mesa y dijo: «Entonces será mejor que cojas el abrigo».

«¿Cómo dices?

«Han construido algunas casas más en el extremo más alejado del terreno de Douglas. Tienen una casa piloto abierta». Se levantó. «¿Y bien? ¿Quieres echar un vistazo o no?».

Julia dejó su taza. «Voy a por mi abrigo».

Poco después, papá aparcó delante de la casa piloto. Julia se quejó y dijo: «No parece gran cosa. Mira el jardín, todo empedrado y guijarros. Allí nunca crecería nada». Pensó en la batalla constante que libraba con las malas hierbas de su jardín delantero. «Aunque supongo que podrías plantar algunas macetas y colocarlas al lado de la puerta. Quedaría bien».

«No, no quedaría bien. Quítate esa mirada soñadora de la cara. Vamos a entrar».

Julia siguió a papá al interior de la nueva casa. Ignoró el agradable olor a moqueta y pintura nuevas. ¿Cuándo había olido así su casa por última vez?

Una mujer sonriente los recibió en el vestíbulo. «¡Buenas tardes! ¡Bienvenidos al Windsor! Es precioso, ¿verdad? ¡Todas las comodidades modernas! Si decides comprar una de nuestras elegantes casas, tendrás plena libertad para elegir el color de la pintura y las alfombras. Y tenemos una amplia gama de armarios de cocina entre los que elegir. Me llamo Dalila. Te dejo para que eches un vistazo, ¡llámame si me necesitas!».

«Gracias», dijo papá en pocas palabras. Delilah asintió y desapareció en una habitación lateral, cerrando la puerta tras de sí. Papá dio un codazo a Julia y le dijo: «Cierra la boca antes de que caces alguna mosca».

«Aquí no hay moscas. ¡Papá! Mira, abajo hay un retrete. Siempre he querido uno».

Papá olfateó con disgusto mientras caminaban por el pasillo enmoquetado. «¿Qué problema hay en tener un retrete arriba? No es higiénico tener uno abajo».

Los pies de Julia se hundieron en la moqueta mientras caminaban. Deseó poder quitarse los zapatos y meter los dedos de los pies en las suaves fibras.

Papá volvió a olisquear mientras miraban la hermosa cocina. «¿Alguien necesita todos esos electrodomésticos? ¿Quién necesita un botellero? ¿Qué tiene de malo poner el vino en la nevera? ¿Y qué sentido tiene tener un lavadero?».

«Me encantaría tener un lavadero. Y un botellero. ¡Mira ese frigorífico! Tiene su propia máquina de hacer cubitos de hielo».

«Puedes comprar bolsas de cubitos de hielo en el supermercado. ¿Puedes dejar de ser tan entusiasta? ¿Has olvidado que lo más probable es que esa gente haya amenazado a tu amigo Douglas?».

La sonrisa de Julia se desvaneció. «No lo he olvidado. Intentaré frenar mi entusiasmo».

Se esforzó y no pronunció ni una palabra cuando vio el asombroso cuarto de baño que formaba parte del dormitorio principal. Ni siquiera enarcó las cejas cuando vio la enorme bañera situada en el cuarto de baño familiar. Chilló un poco cuando vio el vestidor con zapateros.

Papá no paró de rezongar y refunfuñar por toda la casa. «Mira todo el plástico que han utilizado. Y esa ventana es demasiado pequeña».

Julia señaló un pequeño dormitorio. «Podrías utilizarlo como cuarto de hobbies. Mira, tiene un armario empotrado. Podrías meter ahí toda tu lana. Y tu provisión secreta de pasteles».

Papá asintió pensativo. «Sí, podría. Tu madre se queja de tropezar con mi lana». Dio un respingo y dijo: «¡Basta ya! Si quieres pasarte al lado oscuro, ¡adelante! Pero no me lleves contigo».

Julia se rió y se acercó a la ventana. «Mira, papá, hay una vista preciosa del bosque».

«Una vista para morirse», dijo una voz detrás de ellos.

Papá maldijo y se apretó el pecho. «¡Caramba! Entonces me has dado un susto. No te he oído entrar».

Delilah les dedicó una sonrisa profesional y dijo: «Es la moqueta que utilizamos, tan gruesa y lujosa. Puedes elegir entre más de treinta colores. ¿Qué te parece la Windsor?».

Julia se preguntó por un segundo si Dalila les había estado siguiendo silenciosamente por la casa. Debía de estar esperando una venta. Julia recordó por qué estaban allí. Señaló la ventana con la cabeza y dijo: «Es una vista increíble. Me encantaría vivir rodeada de árboles. ¿Tienes planes de construir en ese terreno de ahí fuera?».

Dalila miró a izquierda y derecha. Dios sabía a quién esperaba ver. Bajó la voz y dijo: «No debería decirte esto, pero estamos planeando construir en ese terreno. Estamos negociando con el propietario del terreno. Incluso tenemos una maqueta de las casas que vamos a construir allí. De momento todo es muy secreto, pero si te interesa, puedo coger tu correo electrónico y mantenerte al corriente de los acontecimientos.»

Julia vio que su padre entornaba los ojos. Sonrió y le dijo a Dalila: «Sí, me gustaría mucho, gracias».

Capítulo 8

Julia y Cain estuvieron ocupados con trabajos de limpieza durante los días siguientes. El inspector Clarke no volvió a llamarla. Julia no le persiguió. No le había dicho a Douglas lo de hablar con la policía. Había reconsiderado el asunto en los últimos días, realmente no era asunto suyo.

Habló varias veces por teléfono con Douglas. Le dijo que Nina se estaba recuperando rápidamente en su casa, y que era una paciente encantadora. Dijo: «Nunca pensé que volvería a disfrutar tanto de la compañía de alguien después de la muerte de mi Val. Nunca pensé que volvería a encontrar la felicidad. Y creo que Nina siente lo mismo».

«Me alegro por ti», dijo Julia. Dudó un momento y luego dijo: «¿Has sabido algo más de Construcciones Adams?».

Se rió. «¡No! Y no me han roto más ventanas, si ésa es la información que buscas».

«Eso está bien». Julia no sabía si contarle los planes que Dalila les había mencionado a ella y a papá el domingo. Quizá no debía, no quería estropearle el buen humor. Dijo: «¿Han arreglado la ventana?».

«Desde luego que sí. Y la alfombra se ha fijado perfectamente. Gracias por organizarlo. Julia, ¿puedo pedirte un favor?»

«Por supuesto.

«Nina insiste en volver al trabajo el miércoles. Sabes que es voluntaria en esa tienda de caridad para gatos de la ciudad, parece pensar que no pueden arreglárselas sin ella. He intentado disuadirla, pero no me escucha. Si estás en la ciudad el miércoles, ¿te importaría pasar a ver si está bien? No le digas que te he enviado yo».

«Sí, puedo hacerlo. Ya es hora de que haga una buena limpieza de mi ropa. Me llevaré algo».

Aquella conversación había tenido lugar el lunes por la noche, ahora era miércoles por la tarde. Julia y Caín se dirigían a la tienda de caridad para gatos, cada uno cargado con bolsas de plástico.

Caín dijo: «¿Éstas son todas tus cosas? ¿Te queda algo de ropa en casa?».

«Sí. Ésta es mi ropa de la esperanza. La tengo desde hace años, con la esperanza de volver a caber en ella. Tengo ahí unos pantalones cortos que son más viejos que mis hijos. Tuve que afrontar el hecho de que no volveré a caber en ellos».

Caín dijo: «Debes de echar de menos a tus hijos».

«Los echo de menos. Pero pronto volverán a casa de la universidad, tendrás ocasión de conocerlos».

Cain dijo: «Espero caerles bien».

«¡Claro que les gustarás! Papá lleva semanas cantándoles tus alabanzas». Se detuvo y miró el escaparate de una tienda. «Aquí estamos. En el escaparate tienen ropa de buena calidad. Espero que no se ofendan por mi ropa raída».

Abrió la puerta y pasó. Caín la siguió. La tienda estaba ordenada y había muchos clientes. Julia vio inmediatamente la sección de libros. No, no necesitaba más libros, tenía muchos. Pero no estaría de más echar un vistazo.

Se dirigió al mostrador. Una mujer corpulenta la miró y le dijo: «¿Sí? ¿Qué compras?».

Julia dio un paso atrás y chocó con Caín. No esperaba que una mujer le hablara con una voz tan grave. La mujer tenía el pelo gris y áspero, corto. Tenía grandes rasgos faciales y no parecía llevar maquillaje. Por la cantidad de gatos bordados en su jersey de punto, estaba claro que le gustaban los gatos.

La mujer miró las bolsas que Julia sostenía en alto y entrecerró los ojos. «¿Está limpia esa ropa? No tenemos tiempo de meterla en la lavadora».

Julia asintió.

«¿Están en buen estado? No queremos estar cosiendo agujeros y poniendo botones a las camisas».

Julia volvió a asentir. Empezaba a arrepentirse de haber traído su ropa, no sabía que las tiendas de caridad fueran tan quisquillosas.

La mujer suspiró y señaló con la cabeza una puerta abierta al fondo de la tienda. «Llévalas al almacén. Nina te los quitará». Hizo una pausa y una expresión de disgusto cruzó su rostro. «Si no se toma otro descanso. No sé por qué se ha molestado en venir hoy».

Julia dio las gracias y se dirigió hacia la puerta abierta. A su lado, Caín susurró: «¿Era un hombre o una mujer?».

«Una mujer».

«¿Estás seguro? Tiene un bigotito».

«Vi su placa identificativa, ponía Mildred». Julia se detuvo ante la puerta. «¿Entramos? ¿Llamamos a Nina?»

Cain miró por encima del hombro. «Esa tal Mildred nos está mirando. Me está poniendo nervioso. ¿Entramos?»

Julia así lo hizo. «Oh, esto parece el país de las bolsas de plástico. ¡Caray! Me alegro de no tener que pasar por todas estas bolsas».

Oyeron una charla en el otro extremo de la sala. Todavía con las bolsas en la mano, se dirigieron hacia la charla.

Encontraron a Nina sentada en una silla de aspecto cómodo en una zona parecida a una cocina. Estaba rodeada de cuatro mujeres sentadas alrededor de una mesa. Julia reconoció a algunas de las mujeres del hospital. Julia se alegró al ver que Nina parecía feliz.

Nina la vio y levantó una taza. «¡Julia! Qué agradable sorpresa. Y Caín también. Ven, siéntate y tómate una taza».

Julia levantó las bolsas. «Sólo pasamos a dejarlas. La mujer del mostrador, Mildred, nos dijo que las trajéramos».

Julia oyó que una de las mujeres más grandes maldecía en voz baja. Otra dijo: «¡Esa mujer! ¡Podría habértelos quitado! Vaca perezosa, sentada en ese taburete todo el día».

Nina dijo: «Doris, no seas así. Sabes que hace mucho por la caridad de los gatos».

Doris se cruzó de brazos. «No sé por qué la defiendes, no después de cómo te trata».

Julia dijo: «¿Qué ha hecho?».

«Nada», dijo Nina. «Deja las maletas, enseguida me ocupo de ellas».

Doris no había terminado. «¡No es nada! Ofreces tus servicios aquí, nos has alegrado la vida a todos con tu constante sonrisa. Y esa vieja trucha miserable te obliga a hacer todo el trabajo duro. Acabas de volver al trabajo y te mete en el cuarto de las bolsas, ¡espera que revises todas esas donaciones! Eso no está bien».

Otra mujer añadió: «Está celosa, eso es lo que es. No le gustaba que Nina estuviera en el mostrador, no le gustaba cómo trabajaba Nina, ya sabes, siendo educada y servicial. Ésa no es en absoluto la forma de ser de Mildred. No me extraña que te metiera aquí».

Nina dejó la taza sobre la mesa. «Estoy segura de que Mildred no era mala, tiene sus cosas buenas. Fue muy amable al dejarme ser voluntaria aquí».

Doris golpeó la mesa con el puño. «¡Tonterías! Eres lo mejor que le ha pasado a esta tienda en años. Estaba dispuesta a marcharme antes de que llegaras. No le des la satisfacción de marcharse».

Nina sonrió. «No tengo intención de irme. Gracias a todos, me habéis apoyado mucho. Dejad que ponga la tetera, debe de ser mi turno para hacer el té». Se levantó antes de que nadie pudiera discutir. «¡Dios mío! Tengo la cabeza rara». Se llevó la mano a la cabeza.

En un momento Caín estaba a su lado, con la mano en la espalda. «¡Te tengo!»

Doris se levantó y le empujó hacia un lado. «Apártate, muchacho. No servirás de nada, te aplastará si se desmaya. No te ofendas, Nina».

Nina intentó apartar a Doris. «No, no armes jaleo. Me pondré bien enseguida».

El rostro de Doris se ensombreció. «Seguro que Mildred te ha envenenado el té. No me fío de esa mujer ni un pelo. Y eso no sería muy lejos».

Julia dejó las bolsas y dijo: «Nina, ¿llamo a un médico?».

«No, estoy bien. Pero me siento repentinamente cansada».

Julia dijo: «Deja que te lleve a casa. Mi coche está al final de la calle».

Doris dijo: «Sabía que no deberías haber venido hoy. Aún no te has recuperado de la caída».

Nina se volvió hacia Julia. «Quizá debería irme a casa. Gracias, sería estupendo que me llevaras».

Julia puso la mano en el brazo de Nina y la condujo lejos de la zona de la cocina. «¿Sigues viviendo en casa de Douglas?».

Nina soltó un pequeño grito ahogado. «No, me mudé ayer. No estaba bien que me quedara allí, no quería que la gente cotilleara sobre nosotros».

Doris resopló. «¡Como si fuéramos a cotillear sobre ti! Buena suerte a los dos, encontrando el amor a vuestra edad. Sin ánimo de ofender».

Julia y Caín ayudaron a Nina con el abrigo y el bolso y luego la guiaron por la tienda. Las amigas de Nina caminaban a ambos lados de ella, como guardias de seguridad. Doris gritó: «¡Mildred! Nina se va a casa, ya ha hecho más que suficiente por hoy».

Julia no miró a Mildred. Sin duda las estaría fulminando con la mirada.

Una vez que estuvieron en el coche, Nina dijo: «Gracias de nuevo, sois muy amables. ¿Crees que podrías llevarme a casa de Douglas? No le he visto en todo el día». Se rió. «¡Parezco una adolescente enamorada! A decir verdad, así es como me siento. Tengo tanta suerte de haber encontrado a ese hombre maravilloso».

Julia compartió una sonrisa con Caín a través del retrovisor. Estaba muy contenta por Douglas y Nina.

Su felicidad no duró mucho. Ni tampoco la de Nina.

Capítulo 9

Julia fue la primera en descubrir el cadáver de Douglas. En retrospectiva, debería haber actuado más rápido y haber avisado a Cain para que apartara a Nina. Tal como estaban las cosas, Julia estaba demasiado conmocionada para moverse. Desde el momento en que entró en la casa, sintió que algo iba mal. Algún instinto le había dicho que se dirigiera a las escaleras.

Caín se unió a ella. Miró a Douglas y dijo: «¿Está muerto?».

Julia asintió, incapaz de hablar. Oyó un grito ahogado de Nina detrás de ella. Le siguió un grito de horror.

Caín se volvió inmediatamente y abrazó a Nina, cuyo grito se había convertido en sollozos.

Julia no podía apartar los ojos del cuerpo inmóvil de Douglas, que yacía arrugado al pie de la escalera. Le recordaba mucho a Nina y a la caída que había sufrido unos días antes. Julia se arrodilló junto a Douglas y le cerró los ojos que no veía. No necesitó tomarle el pulso, por su color era evidente que estaba muerto.

¿Cómo se había caído por los escalones? Habían arreglado la alfombra de arriba. Julia miró hacia lo alto de la escalera. El corazón le dio un vuelco cuando vio que la alfombra volvía a sobresalir. ¿Cómo había ocurrido? Hace poco, cuando habló con Douglas, éste le confirmó que habían arreglado la alfombra. Julia suspiró. Algo no iba bien aquí.

Se enderezó y se volvió hacia Nina, que ahora se enjugaba los ojos con un pañuelo. Julia puso la mano en el brazo de Nina y trató de alejarla de la terrible escena.

Nina dijo: «¿Qué le ha pasado? ¿Le ha abandonado el corazón? ¿Le ha dado un ataque? Está bien, Caín, ya puedes soltarme».

Julia dijo: «Creo que se habrá tropezado con el mismo trozo de alfombra que tú hace unos días».

«¡Pero si ya lo han arreglado! Vi que lo habían arreglado!» La voz de Nina empezó a elevarse histéricamente.

«¿Le echaste un buen vistazo a la alfombra después de asegurarla? ¿Viste algo que aún sobresaliera?» preguntó Julia.

A Nina se le saltaron las lágrimas. «Sí, vi que la alfombra estaba plana, pero si ahora vuelve a sobresalir, ¿significa que no estaba bien sujeta? Ella rompió a llorar y Caín volvió a estrecharla entre sus brazos.

Caín lanzó un grito de angustia cuando Nina se desplomó en sus brazos. «¡Socorro! ¡Julia! Se

me va a caer!»

Julia alargó la mano y agarró a Nina, que parecía haberse desmayado. Entre las dos consiguieron llevar a Nina al salón y colocarla en una silla.

«¿Qué hacemos con ella?» preguntó Caín. «¿Tienes sales aromáticas en el bolso?».

Julia negó con la cabeza. «No, pero debería empezar a llevarlas. Mira, está empezando a volver en sí un poco. Nina, Nina, ¿me oyes? ¿Llamo a una ambulancia?».

Nina abrió los ojos. «No, no los llames, no quiero ser una molestia. ¡Oh! ¡Mi pobre Douglas! Tendría que haber estado aquí, tendría que haberle vigilado».

Cain dijo: «¿Pongo la tetera y nos preparo una taza de té bien fuerte?».

Julia sacudió un poco la cabeza y apartó a Caín. Dijo: «Será mejor que no toquemos nada, por si acaso».

«¿Por si acaso de qué?»

Julia apartó aún más a Caín de Nina y bajó la voz. «Tendré que llamar a la policía por lo de Douglas. Creo que hay algo sospechoso en su muerte. Douglas me dijo que habían arreglado la alfombra. Y confío en el trabajo de Joshua Bentley, nunca me ha defraudado. No veo cómo podría despegarse la alfombra por sí sola».

Los ojos de Caín se abrieron de par en par. Susurró: «¿Crees que Douglas fue asesinado?».

Julia hizo un pequeño gesto con la cabeza y dijo: «Es una posibilidad, pero no le digas nada a Nina. Hay unas huellas de barro al lado del cuerpo de Douglas, y unas cuantas en las escaleras. Se parecen a las que vi en el bosque. Llamaré al inspector Clarke a ver qué tiene que decir».

Cain volvió al lado de Nina y le dio unas palmaditas en la mano. Nina se secó los ojos y trató de serenarse. Julia telefoneó al inspector Clarke y le contó brevemente lo ocurrido. Dijo que vendría lo antes posible.

Julia se acercó a Nina y le dijo: «¿Quieres irte a casa? Puedo pedirte un taxi».

Nina hizo un gesto con la mano y dijo: «No, me quedaré con Douglas. ¿Con quién hablabas? ¿Has llamado a una ambulancia?».

Julia dudó, ¿debía decirle que había llamado a la policía? Le llamó la atención algo que ocurría fuera, en la carretera. El inspector Clarke se acercaba al bordillo. Había llegado rápidamente. Ahora tendría que decirle la verdad a Nina. «Llamé a la policía».

«¿Por qué lo has hecho? preguntó Nina.

Julia dijo: «No me hace gracia esa alfombra que sobresale en lo alto de la escalera».

Nina apretó los labios y asintió. Luego dijo: «Claro que vas a hablar a la policía de ese supuesto manitas, ¿no? ¡Es culpa suya que Douglas se haya caído por las escaleras! Hay que detenerlo».

Julia no dijo nada. Se dirigió a la puerta trasera y salió cuando el inspector Clarke bajaba por el sendero.

El policía, alto y delgado, de penetrantes ojos azules, la miró y dijo: «Así que, señora Blake, nos volvemos a encontrar. Creo que hace poco vino a comisaría con unas acusaciones descabelladas sobre un comportamiento amenazador».

«Lo hice, y nunca me contestasteis», dijo Julia. «Y ahora es demasiado tarde, el hombre que recibió las amenazas ha muerto».

El inspector Clarke enarcó las cejas y dijo: «Ah, sí, me dejaste una nota sobre unas huellas que encontraste en el bosque».

«Y no te olvides de las voces que oí y de la roca que arrojaron por la ventana. Aún tengo la roca, por si quieres buscar huellas en ella. Y no ha llovido desde que vi esas huellas en el bosque, podrías tomar algunas impresiones».

El inspector Clarke levantó las manos. «Tranquila, señorita Marple, primero déjeme echar un vistazo al cuerpo del señor Pedley y a la zona circundante. Yo decidiré si estamos ante una investigación por asesinato».

«Sólo intento ayudar», dijo Julia, con una nota de indignación en la voz.

«Sí, pero tu definición de ayuda y la mía son totalmente distintas. ¿Quién más hay en la casa?»

«Caín, y Nina Zafiro. Era la novia de Douglas», dijo Julia. «Está muy alterada. Está convencida de que Joshua Bentley, el que arregló la alfombra, es el culpable. Cree que estás aquí para investigarlo».

«Creo que es mejor que enviemos a casa a la novia afligida. Si voy a investigar bien este caso, no quiero que me interrumpan con lamentos y lloriqueos».

«Eres todo corazón», dijo Julia.

La boca del inspector se levantó por un lado y dijo: «Me han dicho en muchas ocasiones que no tengo corazón. Continúe, señorita Blake. Confío en que no haya contaminado nada en la casa».

Julia llevó a la DI Clarke a la casa y le presentó a Nina. La inspectora Clarke ya había conocido a Caín en una ocasión anterior.

El inspector Clarke escuchó educadamente las acusaciones de Nina contra Joshua Bentley. Cuando ella hizo una pausa para respirar, él dijo: «Gracias, tomaré nota de tus preocupaciones. Ya puede irse, me pondré en contacto con usted».

Nina volvió los ojos llenos de pánico hacia Julia y dijo: «¡No puedo irme a casa! ¡No quiero estar sola! Julia, ¿qué hago?».

Julia dijo: «¿Y tu amiga Doris? ¿Podrías ir a su casa? Si tienes su número, la llamaré por ti».

«Gracias, eres muy amable».

El inspector Clarke se llevó las manos a la espalda y esperó pacientemente a que se hiciera la llamada. Tosió educadamente cuando Julia dijo que llamaría a un taxi para Nina. Dijo con firmeza: «No hace falta que se quede, señora Blake. Puedes llevar a la Srta. Zafiro a casa de su amiga». Captó su mirada inquisitiva y añadió: «Aquí lo tengo todo bajo control, los refuerzos están en camino. Vete».

Julia se dio cuenta por su expresión de que no tenía sentido discutir con él. Ayudó a Nina a ponerse en pie y pasó junto a él, lanzándole una mirada que indicaba que no estaba contenta de que le dijeran que se marchara.

Nina empezó a llorar de nuevo mientras se alejaban. Julia apretó los labios. El inspector Clarke no iba a despedirla tan fácilmente. Aquí había gato encerrado y estaba decidida a averiguar la verdad sobre la muerte de Douglas.

Capítulo 10

Doris estaba más que contenta de que Nina se quedara en su casa. «Quédate aquí todo el tiempo que quieras», le dijo Doris. «Menudo susto te has llevado. No puedo creer que tu Douglas haya muerto». Rezongó. «Ese Joshua Bentley tiene mucho de qué responder, ¡espera a que le vea!».

Julia intervino: «No sabemos si fue culpa de Joshua».

«¿De quién más podría ser?» espetó Doris. Volvió a centrar su atención en Nina, que estaba tumbada en el sofá, envuelta en una manta. «Quédate ahí, Nina, voy a prepararnos una taza de té. Estás en estado de shock. He llamado a las chicas, están de camino».

«¿Pero qué pasa con la tienda? No pueden irse todas al mismo tiempo. Doris, no dejes que se metan en líos por mí», dijo Nina.

«La vieja Misery-guts puede ocuparse ella misma de la tienda. ¿Dónde si no iban a estar tus amigos en un momento así? A tu lado, por supuesto. Tú harías lo mismo por nosotros».

Nina le dedicó una sonrisa de agradecimiento y dijo: «Gracias». Empezó a llorar de nuevo y se secó rápidamente las lágrimas. «Lo siento mucho. Se suponía que debía mantenerlo en secreto, pero... ahora ya no importa. Douglas me propuso matrimonio el sábado por la noche. Le dije que sí, por supuesto. Dijo que no quería perder más tiempo sin mí y que estaba locamente enamorado de mí».

Julia sonrió, pero pensó que «locamente enamorado» era un término poco afortunado.

Doris juntó las manos bajo el pecho. «¡Caramba! Has perdido todo tu futuro. Nunca llueve a gusto de todos».

añadió Caín desde su asiento en el rincón-. Mi abuela solía decir eso».

Doris asintió. «Era una mujer sabia. Toma otra galleta, hay que comerlas. Nina, qué triste lo de tu compromiso».

Nina asintió. «Íbamos a buscar anillos este viernes. Y luego Douglas iba a dar una pequeña fiesta en su casa y hacer un anuncio oficial». Apartó la mirada. «No puedo creer que se haya ido. Le conozco desde hace poco, pero se ha convertido en mi mundo».

Doris hizo un chasquido con la lengua y murmuró: «¡Tengo ganas de ir a ver a ese Joshua Bentley ahora mismo!».

Julia dijo: «La policía está haciendo sus pesquisas. Creo que sería mejor que te quedaras con Nina en vez de enfrentarte a Joshua. Gracias por acogerla. Ahora tenemos que irnos, aún nos

queda trabajo por hacer. Vamos, Caín».

Nina gritó: «¡Julia! Gracias por cuidarme, eres muy amable».

Julia parpadeó y se despidió rápidamente. Salió de la casa a paso ligero. Caín se levantó de un salto y corrió tras ella.

Mientras caminaban por el sendero, Caín dijo: «¿Por qué tenemos tanta prisa?».

«¡Porque estoy a punto de echarme a llorar! Y no quiero hacerlo delante de Nina. No puedo dejar de pensar en ella y Douglas juntos, ¡eran tan felices! Y ahora todo ha desaparecido».

«¿Sigues pensando que fue un asesinato?»

«No sé qué pensar», dijo Julia. Subieron al coche. «Creo que Construcciones Adams tiene algo que ver con la muerte de Douglas. No puede ser una coincidencia que esos hombres estuvieran hablando en el bosque y luego esa roca atravesara la ventana de Douglas».

Caín asintió. «¿Y no dijiste que tenían planos de construcción para el terreno de Douglas?».

«Sí. ¿Recuerdas lo que dijo el hombre del bosque? Que lo había hecho antes, que se había ocupado de los problemas. Creo que tenemos que investigar los antecedentes de Construcciones Adams. Internet es un buen sitio para empezar».

«O podríamos preguntar a alguno de los antiguos vecinos de Douglas, los que vivían en su calle antes de que sus casas fueran compradas por la constructora».

«Eso sería lo ideal, pero ¿dónde encontraremos a esa persona?». Julia hizo una pausa y entrecerró los ojos mirando a Caín. «Vale, escúpelo, es evidente que tienes algo que contarme».

Caín sonrió. «No estaba seguro de si decírtelo o no, antes no parecía relevante, pero ahora que Douglas ha muerto, yo...».

«¡Deja de alargarlo! Dímelo o te empujo fuera del coche».

Cain dijo: «No es una gran amenaza, aún no nos hemos puesto en marcha». Su sonrisa decayó al captar la mirada de Julia. «¡Vale! He estado haciendo trabajos de jardinería para mis vecinos, uno de ellos se llama Albert. Sabía que trabajaba contigo. Estuvimos charlando y le hablé del bosque que hay en la parte trasera del terreno de Douglas».

«Bosque, no selva», corrigió Julia.

«Prefiero llamarlo bosque, es más emocionante. De todos modos, Albert conoce a alguien que vivía al lado de Douglas. Se llama Gloria y vendió su casa a Construcciones Adams. Puedo pedirle la dirección de Gloria».

Julia asintió. «Sí, hazlo. Gracias».

Unas horas más tarde, Julia dejó a Caín en casa y se dirigió a la suya. Se acordó de lo que llevaba en el maletero del coche y giró a la derecha en vez de girar a la izquierda, como hacía normalmente.

Entró en el aparcamiento de la policía y sacó del maletero la piedra cubierta de tela. El inspector Clarke la esperaba en la entrada de la comisaría. Julia entrecerró los ojos. «¿Me estás esperando? ¿Me has puesto un dispositivo de rastreo?».

«No, es sólo una feliz coincidencia. Pensé que aparecerías tarde o temprano. ¿Qué tienes en la mano? ¿Me has traído un pastel?»

Julia abrió el paño y mostró el objeto.

Sin mostrar ningún atisbo de humor, el inspector dijo: «Ah, un pastel de roca».

Julia soltó una carcajada indigna. Inmediatamente se arrepintió. Ésta es la piedra que entró por la ventana de Douglas. Puedes limpiarla en busca de huellas».

«¿Es un paño limpio?»

Julia asintió.

«Es poco probable que saquemos huellas de ella».

«¿Pero puedes intentarlo?» preguntó Julia.

La inspectora Clarke volvió a pasar el paño por la roca y lo cogió de la mano extendida de Julia. «Podemos intentarlo. ¿Hay algo más?»

«Me preguntaba si habías avanzado en tus pesquisas», dijo Julia con indiferencia.

Había un brillo en los ojos del inspector. Julia no podía leer su expresión, pero eso no era nada nuevo. Estaba convencida de que el inspector Clarke practicaba a diario sus expresiones, o la falta de ellas.

El inspector Clarke dijo: «No es que sea asunto tuyo, pero hemos descubierto que la alfombra había sido cortada y levantada deliberadamente; la parte que había sido fijada hacia abajo sigue en su sitio.»

«¡Lo sabía! ¿Y las huellas de la casa de Douglas? Deben de pertenecer a Alexander Adams. Esa es la voz que oí en el bosque».

«Cálmese, señorita Blake. ¿No dijiste que la voz del bosque pertenecía a un hombre joven?»

«Sí. ¿Por qué?»

«He conocido antes a Alexander Adams, tiene unos sesenta años. Dudo mucho que fuera él a quien oíste en el bosque. Tiene buena reputación, no es de los que van por ahí tirando piedras a las ventanas de la gente».

Julia frunció el ceño y miró al suelo. Luego volvió a mirar a la inspectora Clarke. «Pero debe de tener algo que ver con la muerte de Douglas. ¿Le has interrogado?

La inspectora Clarke suspiró. «Eso no es asunto tuyo». Levantó la piedra. «Me ocuparé de que se investigue, pero quiero que me dejes a mí esta investigación. ¿Lo entiendes?

«Claro que lo entiendo. Pero si esa alfombra fue cortada deliberadamente, eso significa que Douglas fue asesinado».

«No sabemos en absoluto que fuera asesinado, lo único que sabemos es que se cayó por las escaleras. Se lo repito, señorita Blake, déjeme esta investigación a mí». Giró sobre sus talones y entró en la comisaría sin decir una palabra más.

Julia sabía que debía dejarle la investigación a él, pero parecía que ya había decidido que Alexander Adams no estaba relacionado con la muerte de Douglas. Julia no estaba convencida.

Estaba aún menos convencida cuando más tarde entró en Internet.

Capítulo 11

Había muchos comentarios positivos sobre Alexander Adams y su trabajo en la construcción. También había muchas fotografías de las casas que había construido su empresa. Julia intentó no dejarse impresionar por ellas. Había algunas fotos del propio hombre. El inspector Clarke tenía razón al decir que tenía más de sesenta años. Las fotografías mostraban a un hombre mayor, elegante y en buena forma. Julia pensó inmediatamente que parecía lo bastante en forma como para arrojar una piedra por la ventana de alguien y salir corriendo.

Pasó más páginas. Había planos de futuras urbanizaciones, pero no encontró ninguna mención a ninguna que fuera a construirse en los terrenos de Douglas. Eso no significaba que no fuera a ocurrir.

«¡Ah! ¡Sabía que había algo raro en él!» Julia había encontrado un sitio web que revelaba la existencia de contratistas de dudosa reputación. Había muchos comentarios sobre la mala calidad de las casas de Adams y los problemas que había encontrado la gente cuando intentó obtener una recompensa de los constructores. Julia indagó un poco más y encontró algunos comentarios sobre cómo Construcciones Adams había utilizado tácticas de matón para conseguir que la gente vendiera sus casas y terrenos para dejar paso a nuevas viviendas. Julia estuvo tentada de ponerse en contacto directamente con las personas que habían publicado los comentarios, pero pensó que sería mejor dar la información a DI Clarke. Anotó el sitio web en su teléfono.

Sabía que Alexander Adams tramaba algo, pero no estaba segura de qué, y no sabía cómo demostrarlo.

Detalles, sólo detalles, se dijo mientras apagaba el portátil.

Teniendo en cuenta que aquel día se había encontrado con un cadáver, Julia había dormido bien y estaba preparada para el día siguiente.

Se detuvo frente a la casa de Caín. El joven estaba sentado en su pared y la esperaba. Durante el trayecto, y sus posteriores trabajos de limpieza, Julia le contó a Caín su visita a la comisaría y lo que había descubierto en Internet.

Caín se frotó contra la ventana del piso en el que estaban ahora y dijo: «Le he pedido a Albert que me dé la dirección de Gloria. Anoche estuve trabajando de nuevo en su jardín. Quería que pusiera algo que mantuviera alejados a los gatos del vecino».

«¡Gatos!» Julia dejó caer el trapo en un cubo cercano de agua caliente. «¡Gatos! La mascota de Douglas. Me había olvidado de ella. ¿La viste ayer en casa de Douglas?».

Cain se encogió de hombros. «No me fijé en ella, pero en realidad no la estaba buscando».

Julia dijo: «Pobre gata. No hay nadie que cuide de ella. Debo avisar a la inspectora Clarke». Hizo una pausa. «O podríamos ir a casa de Douglas y buscarla nosotras. Estamos muy cerca de su casa. Me ahorraría una llamada».

«Y podemos husmear dentro de la casa de Douglas, en busca de pistas», señaló Cain.

«No había pensado en eso», mintió Julia. «Terminemos aquí. Pronto tendremos un descanso para comer».

Los planes de Julia de mirar dentro de la casa de Douglas se vieron frustrados por el corpulento policía que estaba en la puerta principal. Julia le explicó lo de Cat y le preguntó si podía entrar.

El policía negó con la cabeza. «No se puede. No se permite entrar a nadie, aún estamos recogiendo pruebas».

«¿Qué tipo de pruebas?» preguntó Julia.

«No puedo decírtelo. Yo misma buscaré al gato más tarde».

«Podría estar en el jardín, o en el bosque», insistió Julia. «¿Podemos echar un vistazo en esos lugares?».

El policía no parecía convencido.

Julia continuó. «La gata se quedó atascada en unos arbustos hace unos días. Tuvimos que ayudarla a salir. Seguro que no quieres tener un gato muerto sobre tu conciencia. No tardaremos mucho en buscar».

El policía le dirigió una mirada digna del inspector Clarke. Finalmente, cedió y dijo: «Echa un vistazo rápido. Tengo mis propios gatos, no me gustaría pensar que alguno se ha quedado atrapado en alguna parte».

Julia y Caín salieron por el sendero antes de que el policía pudiera cambiar de opinión. El camino rodeaba el lateral de la casa y llegaba al jardín.

«¿Qué buscas? preguntó Caín.

Julia miraba atentamente el suelo mientras caminaba. «Huellas. Si ves alguna, avísame».

Caín adoptó la misma mirada que Julia mientras caminaban hacia el jardín. Echaron un vistazo rápido y llamaron a Cat al mismo tiempo.

Julia dijo: «Puede que se haya adentrado de nuevo en el bosque. Probemos allí».

Cruzaron el campo y se adentraron en el bosque. Julia seguía buscando huellas. Comprobaron el arbusto en el que habían encontrado a Cat anteriormente, pero no estaba allí.

Caín ladeó la cabeza. «Oigo hablar a la gente y el ruido de unas obras».

Julia señaló hacia delante. «Debe de ser de la obra que hay al otro lado del bosque, forma parte de una nueva urbanización. La casa piloto a la que papá y yo fuimos el domingo forma parte de ella. ¿Echamos un vistazo más de cerca? Puede que Cat incluso haya entrado en la casa piloto».

Se acercaron entre los árboles. Julia no tardó en reconocer la casa que habían visitado ella y papá. Caminaron por el lateral de la valla circundante hasta una abertura donde vieron a muchos hombres con chalecos amarillos brillantes trabajando. Julia y Caín estaban tan ocupados contemplando la escena que tenían delante que no se dieron cuenta de que alguien se les acercaba. Julia sólo se dio cuenta cuando una sombra cayó sobre su rostro.

«¿Puedo ayudaros?»

Julia miró al dueño de la voz. Lo reconoció de inmediato. Era Alexander Adams. Tragó saliva, no parecía tan alto en sus fotografías. La vergüenza le hizo perder la compostura y el sentido común. Le señaló y dijo: «¡Sí, puedes ayudarme! Soy amiga de Douglas Pedley, el hombre que vivía al otro lado de este bosque. Ahora está muerto y creo que tú tienes algo que ver».

Sintió que Caín tiraba de su manga, pero ella lo apartó. Sabía que había ido demasiado lejos, pero sus palabras acusadoras ya habían salido.

La preocupación cruzó el rostro de Alexander Adams. «Me había enterado de la muerte del señor Pedley, pero ¿por qué crees que tengo algo que ver?».

Con voz más calmada, Julia dijo: «Le acosaste para que te vendiera su casa y sus tierras, le amenazaste. El domingo estuve en tu casa piloto y me dijeron que tienes planes para construir en el terreno de Douglas. Alguien tiró una piedra por la ventana de Douglas para intentar asustarle».

Alexander Adams parecía realmente preocupado. «No sé nada de una roca, y desde luego no sé nada de planes para construir en su terreno. Sí me puse en contacto con el Sr. Pedley cuando planeamos construir esas casas en su calle. Le hice una oferta justa por su propiedad, pero dijo que no. Le envié varias cartas, pero me dejó perfectamente claro que no tenía intención de vender. Desde entonces no he vuelto a ponerme en contacto con él. Puedo asegurarte que no tuve nada que ver con su muerte, y lamento que te sientas así. ¿Hubo algo más?»

Julia no sabía qué decir. Caín acudió en su ayuda y dijo: «La gata de Douglas ha desaparecido, es pelirroja y se llama Cat».

Alexander asintió. «Estaré pendiente de ella. Si me disculpas, tengo que irme».

Se alejó hacia un edificio portátil.

Julia se volvió hacia Caín y le dijo: «¿Tú qué crees?».

«Creo que o miente bien, o alguien que trabaja para él está haciendo planes secretos a sus espaldas».

«Y esos planes podrían implicar deshacerse de Douglas. Tenemos que hacer más averiguaciones sobre Construcciones Adams».

Capítulo 12

Julia dejó a Caín al final del día. Prometió que hablaría con Albert para ver si ya tenía la dirección de Gloria.

Julia decidió visitar a Nina para ver cómo estaba. De camino se detuvo en un supermercado para comprar un ramo de flores. Se las quitaron en cuanto Doris le abrió la puerta. «Qué amable, gracias. Las pondré en un jarrón», dijo Doris.

Parecía tan contenta que Julia no tuvo valor para decirle que las flores eran para Nina. En lugar de eso, dijo: «¿Cómo está Nina? ¿Ha conseguido descansar?

Doris soltó una mueca y sacudió la cabeza. «Es una paciente terrible, no para de intentar levantarse del sofá. Dice que no quiere ser una molestia, ¡y yo no paro de decirle que no lo es! ¡Voy a acabar atándola a ese maldito sofá! Tú pasa, yo arreglaré mis flores».

Nina sonrió a Julia cuando entró en el salón. Nina se llevó una mano a un lado de la boca y dijo: «¿Vienes a ayudarme a escapar? ¡Rápido! Podemos salir corriendo por la puerta principal mientras Doris está en la cocina. ¿Has dejado el motor del coche en marcha?».

Julia sonrió. «Sé que no lo dices en serio. Doris debe de estar cuidando muy bien de ti, hoy tienes mucho mejor aspecto».

La barbilla de Nina se tambaleó ligeramente. «Intento mantener la compostura. Pero es difícil. Tengo ganas de llorar todo el tiempo». Suspiró. «Supongo que estoy mejor aquí, si estuviera en casa me echaría a llorar. No puedo dejar de pensar en mi Douglas, en lo feliz que se puso cuando le dije que sí a su proposición».

Julia se sentó en el suelo, a un lado del sofá. «Conozco a Douglas desde hace unos años y nunca le había visto tan feliz como la semana pasada. No lo olvides, era mucho mejor por conocerte».

Nina sacudió la cabeza con tristeza. «Si no nos hubiéramos conocido, seguiría vivo».

«Tendré que discrepar. Parecía más vivo en la última semana». Julia se detuvo y se dio cuenta de lo que había dicho. Y añadió: «Aparte de ayer, claro. Sé que su muerte es difícil de asimilar, pero créeme cuando te digo que Douglas murió como un hombre feliz». Volvió a detenerse. «Lo siento, obviamente no murió feliz. Quería decir...»

Nina puso la mano en el brazo de Julia. «Sé lo que quieres decir. Te agradezco tu amabilidad». Doris entró en la habitación llevando una bandeja con cosas para el té. Nina dijo dramáticamente: «¡Es demasiado tarde! Nuestro plan de fuga se ha frustrado».

Doris se rió. «Si hicieras el intento de escapar, iría a por ti en un santiamén. Y me sentaría sobre ti hasta que cedieras. Y déjame decirte, Nina Zafiro, que cederías muy rápido. Puedo parecer una flor delicada, pero no lo soy».

Julia echó un rápido vistazo a Doris. Ésas no eran las palabras que ella usaría para describir a Doris. Sabiamente, se guardó sus pensamientos.

Doris dejó la bandeja y le dijo a Julia: «Quítate de mi limpia alfombra, podrías tener todo tipo de productos químicos de limpieza en el trasero».

Julia se levantó. «Siempre llevo delantal y no utilizo productos químicos, muchas gracias. ¿Hay una taza de té para mí?».

Doris se rió: «Admiro tu descaro. Anda, puedes tomarte una taza de té. No canses a mi paciente o te echaré antes de que puedas decir lejía».

Julia estaba a punto de decir que no utilizaba lejía cuando llamaron con fuerza a la puerta principal. Julia ya había oído ese golpe antes, era único. Efectivamente, era el DI Clarke al que Doris abrió la puerta.

Enarcó las cejas cuando entró en el salón y vio a Julia, pero no dijo nada. Nina se sentó más erguida y le levantó un dedo. «¿Lo tienes? ¿A ese Joshua Bentley? ¿Está ya entre rejas?»

El inspector Clarke negó con la cabeza. «No creo que el señor Bentley tuviera nada que ver con la muerte de tu prometido».

Nina se desinfló ante las dos últimas palabras. Julia lanzó al inspector Clarke una mirada de desaprobación. Él la ignoró y continuó. «El Sr. Bentley había asegurado perfectamente la alfombra en su visita. Más tarde se había cortado otra parte de la alfombra a propósito». Miró al suelo y frunció el ceño, como si no supiera qué decir a continuación. Julia se sorprendió, nunca le había visto quedarse sin palabras. Sospechó lo que vendría a continuación y volvió a sentarse en el suelo junto a Nina. Doris podía decir lo que quisiera.

La DI Clarke le dedicó una pequeña sonrisa y dijo: «Hemos encontrado algunos hematomas en la espalda del señor Pedley, parecen hechos con las manos».

Nina lanzó un grito de angustia. Julia le tendió la mano.

«Lo que significa», continuó la inspectora Clarke, »que parece que le empujaron por las escaleras. A propósito. Creemos que quien lo hizo cortó deliberadamente la alfombra después para que pareciera un accidente».

«¡No!» se lamentó Nina. «¿Estás diciendo que han asesinado a mi adorable Douglas?»

«Eso es exactamente lo que estoy diciendo. Siento ser portador de tan malas noticias, señorita Zafiro, pero tenías que saberlo». Se aclaró la garganta. «Sé que esto va a ser difícil para usted, pero tendremos que tomarle declaración, sobre sus movimientos la noche en que murió el señor Pedley».

Nina asintió lentamente, como si intentara asimilar la noticia.

Julia dijo: «¿A qué hora crees que murió Douglas?».

«En algún momento entre las ocho de la tarde y la medianoche del martes. Siento insistir en esto, señorita Sapphire, pero ¿puede decirme dónde estaba a esa hora?».

Una lágrima rodó por la mejilla de Nina. Julia metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo de papel y se lo entregó. Con voz apagada, Nina dijo: «Estaba en casa, en mi casa. Me había quedado en casa de Douglas después de mi caída. ¿Sabías lo de mi caída?».

El inspector asintió. «La señora Blake tuvo la amabilidad de contármelo cuando me habló por primera vez de aquella roca que atravesó la ventana del señor Pedley».

Nina dijo: «Douglas fue muy amable conmigo, trayéndome comida a la cama, asegurándose de que tenía todo lo que necesitaba. Empezó a parecer cansado, así que decidí que debía irme a

casa. Me sentía mejor y sabía que podía cuidar de mí misma. Le comuniqué mi decisión a Douglas el martes por la mañana. Insistió en que me quedara ese día, cosa que hice, pero luego me fui a las seis de la tarde. Le telefoneé a las seis y media para comunicarle que había llegado bien a casa». Cayó otra lágrima. «¿Por qué le dejé? Debería haberme quedado. Si lo hubiera hecho, seguiría vivo».

Doris dijo: «¿Es suficiente información para usted, inspector? ¡Mira lo que le has hecho a la pobre mujer! Como si perder a su futuro marido no fuera suficiente, ¡ahora le has dicho que el pobre desgraciado fue asesinado! Y la has acusado de haberlo matado. ¿Estás satisfecho de ti mismo?

«Yo no la he acusado...

«¡Sí lo has hecho! Te he oído!» gritó Doris, con la cara enrojecida.

Julia se levantó y se acercó a Doris. «El inspector sólo sigue unas normas. Tiene que eliminar a Nina de sus investigaciones, es el procedimiento habitual. Estoy segura de que no quería faltarte al respeto».

Doris se cruzó de brazos. «Sí, puede ser, pero podría haberse explicado mejor. Serías mejor policía que él, Julia. Había olvidado que ya habías resuelto casos de asesinato para la policía».

La inspectora Clarke interrumpió: «En realidad, la señorita Blake no ha resuelto ningún caso, sólo nos ha ayudado de vez en cuando». Sonó su teléfono. «Perdona, tengo que irme, pero estaré en contacto. Hasta la vista. Ya me voy».

El inspector salió casi corriendo de la habitación, y un segundo después oyeron que golpeaban la puerta principal.

Doris soltó una carcajada. «Si me ha estropeado la puerta, bajaré a esa comisaría más rápido de lo que tardas en decir indemnización».

Julia se volvió hacia Nina, que luchaba por levantarse del sofá. Nina dijo: «¿Puedes ayudarme a levantarme, Julia? Necesito ir al baño».

Julia vio que las lágrimas amenazaban con caer de los ojos de Nina. La ayudó a levantarse y le dijo: «¿Necesitas ayuda?».

Nina le dedicó una sonrisa valiente y dijo: «No, gracias. Necesito un poco de tiempo a solas».

Doris y Julia vieron a Nina salir de la habitación. En cuanto se hubo ido, Doris dijo: «Va a echarse a llorar al baño. No para de hacerlo. No le he dicho nada, la gente a veces necesita llorar en la intimidad. Bueno, Julia, ¿qué vas a hacer al respecto?».

«¿Sobre qué?»

«¡Sobre el asesinato de Douglas! No puedes dejar que la policía se ocupe de ello, he visto a una tortuga moverse más rápido. Has resuelto casos antes, puedes resolver éste».

«No debería involucrarme», empezó Julia. Se detuvo. Oía unos débiles sollozos procedentes del cuarto de baño. Hizo un gesto con la cabeza a Doris y dijo: «Haré todo lo que pueda para averiguar quién asesinó a Douglas».

Capítulo 13

Cuando Julia recogió a Caín a la mañana siguiente, éste le dijo que había conseguido la dirección y el número de teléfono de Gloria, la antigua vecina de Douglas. Le dijo: «Albert la telefoneó anoche y está encantada de hablar con nosotros».

«Estupendo», dijo Julia. «Aunque tenemos un día muy ocupado, no podremos verla hasta que terminemos de trabajar».

«¿La llamo ahora? Estará esperando nuestra llamada», se ofreció Caín.

Julia le dedicó una sonrisa de agradecimiento y se apartó del bordillo.

Tuvieron un día ajetreado y apenas tuvieron tiempo de parar a comer. Al final de su último trabajo, Julia puso a Caín al corriente de lo que el inspector Clarke les había dicho ayer a ella, a Nina y a Doris. Dijo: «Sé que debería dejar que la policía siguiera investigando, pero deberías haber oído el llanto de Nina. Era horrible, como si tuviera el corazón roto, que probablemente sea así. Me da mucha rabia que alguien le haya arrebatado su felicidad».

Caín dijo: «Estoy seguro de que descubriréis quién es el asesino».

«Con tu ayuda. Me ayudarás, ¿verdad?».

Caín sonrió. «Por supuesto. ¿Vamos a ver a Gloria ahora?»

Julia cogió su bolsa de la limpieza y dijo: «Sí, vamos».

Poco después, Julia conducía por una calle tranquila. Unos bungalows modernos se alineaban ordenadamente a cada lado de la carretera. Julia dijo: «Parecen el tipo de casas que construye Construcciones Adams, tienen un estilo parecido a la casa piloto que visitamos papá y yo».

Caín resopló. «No tienen grandes jardines, ¿verdad? Y mira las ventanas, un poco pequeñas».

Julia se rió. «Hablas igual que papá». Detuvo el coche. «Ésta es. Veo a una mujer mirando por la ventana, debe de ser Gloria».

Gloria abrió la puerta principal mientras Julia y Caín bajaban por el camino. Tenía el pelo canoso con permanente y una sonrisa amable. «Vosotros debéis de ser Julia y Caín. Albert me ha hablado mucho de vosotros. Está impresionado con tus habilidades en el jardín, Caín». Señaló con la mano su jardín delantero, lleno de guijarros. «Es una de las cosas que echo de menos de vivir aquí, me encantaba jugar en el jardín. Supongo que eso me pasa por comprar una casa de bajo mantenimiento. Pasa, tengo la tetera puesta». Le dio una palmada en el hombro a Caín. «Y te he preparado un bizcocho Victoria».

Cuando se hubieron acomodado con el té y el pastel, Julia preguntó a Gloria si sabía lo de la

muerte de Douglas.

Gloria suspiró. «Sí, lo había oído. ¡Y yo he oído que le empujaron! ¡Dios mío! ¿En qué se está convirtiendo el mundo?»

Julia no se preguntó cómo sabía Gloria que habían empujado a Douglas, pues hacía tiempo que había aprendido que las noticias locales pasaban rápido en esta ciudad. Dijo: «Albert le contó a Caín que tú vivías al lado de Douglas».

Gloria dejó la taza y sonrió con cariño. «Sí, me mudé junto a Douglas y Val hace años con mi marido, Len. Murió hace tiempo. Entonces éramos todos jóvenes. Llenos de vida y esperanza. Val se alegraba mucho por mí cada vez que me quedaba embarazada, tengo tres hijos, pero podía ver la tristeza en sus ojos. Ocultaba bien su decepción. Ella y Douglas no fueron bendecidos con hijos, ¡pero eso no les impidió mimar a mis tres! ¿Has visto el bosque que hay detrás de su casa?».

Caín asintió. «Es como un bosque».

Doris se rió. «¡Eso decían mis hijos! Les encantaba jugar allí. Pasábamos horas y horas de diversión, yo, Len y los niños, y Douglas y Val. ¿Te imaginas las aventuras que vivieron mis hijos allí dentro?».

Caín asintió. «Puedo, es impresionante».

«Mis hijos siempre quisieron tener una mascota, pero yo no. Ya tenía bastante con ocuparme de ellos. Pero entonces Val empezó a adoptar gatos del centro felino local. ¡A mis hijos les encantaba! A los gatos les encantaba estar en el bosque, y a mis hijos les encantaba encontrarlos, ¡decían que iban de safari! No creo que a Douglas le gustaran mucho los gatos, pero los aguantó por el bien de Val. Cuando mis hijos se fueron de casa, Val siguió adoptando más gatos. Me parecía que le ayudaban a mantener a raya su tristeza».

Gloria sacudió la cabeza ante aquellos recuerdos.

Julia dijo: «Parece que erais buenos vecinos. ¿Por qué dejasteis la calle?».

Gloria cogió su taza y bebió un pequeño sorbo antes de continuar. «Val murió, y poco después murió mi Len. Sentí como si alguien hubiera apagado una luz dentro de mí. Estoy segura de que Douglas sintió lo mismo. Mi casa había estado antes llena de ruido y risas, y luego sólo estaba yo. No podía soportar los recuerdos. Entonces apareció un ángel, se llamaba Alexander Adams».

Julia compartió una mirada con Caín, no estaba segura de llamar ángel a Alexander Adams.

Gloria continuó: «Un día llamó a mi puerta y me dijo que quería construir una nueva urbanización en nuestra calle. Le invité a pasar y me enseñó los planos de las nuevas casas. No me gustan demasiado las casas nuevas, pero tenían buen aspecto, con todas las comodidades modernas y ese tipo de cosas. Me preguntó si estaría dispuesta a vender mi casa. Me dejó claro que derribaría mi casa. Al principio me sorprendió, pero luego consideré la alternativa. Podía seguir adelante, o podía quedarme en mi casa como un fantasma, vagando de una habitación a otra y viviendo de los recuerdos de tiempos pasados. Sabía lo que mi Len habría querido que hiciera. El Sr. Adams me ofreció un precio estupendo, más de lo que valía la casa, estoy segura. Incluso se ofreció a ayudarme con los gastos de mudanza».

Julia señaló la habitación en la que se encontraban. «¿Es ésta una de sus casas?»

Gloria asintió. «Sí, lo es. Acababan de construirlas cuando el Sr. Adams llamó a mi puerta. Me ofreció la primera opción. Me dijo que podía elegir el color de la casa. La primera vez que vine a ver esta casa me pareció un poco cutre, pero ya me he acostumbrado. Me encanta. El Sr. Adams se encargó de todo el traslado de mis cosas, incluso organizó un almacén para las cosas de las que aún no puedo deshacerme. Es un hombre encantador, me alegro mucho de que llamara a mi puerta aquel día». Miró a Caín y añadió: «Toma otro trozo de tarta, hay mucha».

«¿Y Douglas?» preguntó Julia. «¿Por qué crees que no quería vender su casa?».

Gloria meneó la cabeza con tristeza. «No estaba dispuesto a dejar marchar a Val. Me mantuve en contacto con él después de irme, pero nunca volvió a ser el mismo. Creo que sintió que le había traicionado al marcharme. Debía de sentirse muy solo, viviendo solo en aquella casa tan grande, con la única compañía de un gato».

Julia dijo: «Debía de sentirse muy solo. Pero deberías haberle visto la semana pasada, parecía otro».

Gloria asintió. «Había oído que había conocido a alguien, ¿una estrella de cine? ¿Cómo se llama?»

«Nina Sapphire», dijo Cain. «He visto algunas de sus películas».

«Me suena ese nombre. Me alegro de que Douglas volviera a encontrar el amor, aunque fuera por poco tiempo». Gloria dejó su taza. «He oído que estás investigando la muerte de Douglas. ¿Te he ayudado en algo?»

«No estoy segura. Tengo mis sospechas de que Alexander Adams está implicado de algún modo en la muerte de Douglas. Pero ahora me has dado una visión diferente de él. Pensé que podría haber utilizado tácticas más fuertes para conseguir que vendieras tu casa, que tal vez incluso te amenazó».

«No, nunca hizo eso. Era un caballero».

Julia suspiró. «Cierto, ahora no sé a quién acudir».

Gloria apretó los labios y la miró con complicidad. Dijo: «No te he hablado de mi otro vecino, Stan. Vivía al otro lado de Douglas». Se cruzó de brazos. «A Stan lo echaron de su casa».

«¿Por Alexander Adams?» preguntó Julia esperanzada.

Gloria negó con la cabeza. «No, por su hijo, Kirk Adams. Es un desgraciado. Si alguien es capaz de asesinar, es él».

Capítulo 14

«No sabía que Alexander tuviera un hijo», dijo Julia. Pensó en su búsqueda en Internet: ¿había mencionado a su hijo en algún sitio?

Gloria hizo una mueca. «Me alegro de que no sea hijo mío. No creo que el Sr. Adams sepa cómo es su hijo, los padres suelen ser ciegos a los defectos de sus hijos».

«¿Kirk trabaja para su padre?» preguntó Caín.

Gloria desplegó los brazos. «Lo hace, pero lo último que supe es que el señor Adams le había nombrado socio. No sé si fue decisión suya o si Kirk le intimidó. Kirk Adams es un asqueroso buscavidas, despiadado y calculador. No le importan los sentimientos de nadie, probablemente porque no tiene sentimientos propios. Nunca vino a mi casa, sospecho que porque accedí a venderla inmediatamente. Pero Stan tenía tratos con Kirk. Todas las casas de la calle de Douglas eran diferentes, Stan tenía una de las más pequeñas. Era un soltero empedernido, ¡pero no solía estar solo! Había visto a muchas mujeres diferentes quedarse a dormir en su casa. Alexander Adams se puso en contacto con él, pero se negó a vender, dijo que era feliz viviendo en su casa. Por lo que me contó Stan, a Alexander Adams le pareció bien y le dijo que se pusiera en contacto con él si alguna vez cambiaba de opinión».

«Eso es lo que le dijo también a Douglas», añadió Julia. «Conocimos a Alexander Adams el otro día. Está construyendo casas al otro lado del terreno de Douglas».

«Eso he oído», dijo Gloria. «De todos modos, Stan me dijo que alguien había estado en su jardín. Había visto huellas, bueno, más bien huellas de botas. Me las enseñó. Las huellas estaban justo debajo de las ventanas de Stan, era como si alguien hubiera estado mirando a través de sus ventanas». Gloria se estremeció. «Entonces ese Kirk Adams empezó a acosar a Stan. Se presentaba en su puerta y hablaba de vender su casa y de lo feliz que sería Stan en una casa más pequeña. Kirk Adams es un chico grande y me di cuenta de que Stan se sentía intimidado. Kirk incluso se acercó a las amigas de Stan mientras esperaban sus taxis una mañana. No tardaron en dejar de venir a su casa. Entonces empezó la rotura de ventanas».

Julia jadeó. «¡No! Eso es lo que le pasó a Douglas. Le tiraron una piedra por la ventana de la cocina».

Gloria asintió con prudencia. «Eso parece obra de Kirk Adams. Stan se enfrentó a Kirk. Él lo negó todo, por supuesto. Stan fue a la policía, pero le dijeron que no podían ayudarle a menos que tuviera pruebas contundentes, signifique eso lo que signifique. Pobre Stan, pasó de ser un

hombre seguro de sí mismo a un manojo de nervios. Apenas salía de casa, y cuando lo hacía parecía estar mirando por encima del hombro como si esperara ser atacado en cualquier momento. Todo era culpa de ese Kirk Adams».

«¿No se lo dijo Stan a Alexander Adams?» dijo Julia.

«Sí se lo dijo. Pero el señor Adams dijo que su hijo nunca haría algo así».

Julia pensó en la cara de Alexander Adams cuando mencionó que habían tirado una piedra por la ventana de Douglas. Nunca pestañeó. Seguro que recordaba las acusaciones de Stan contra su hijo. A Alexander Adams se le daba bien ocultar sus emociones. Quizá sabe muy bien lo que trama su hijo.

Gloria dijo: «Stan acabó vendiendo su casa. Le vi en el mercado un sábado por la tarde, antes de que aceptara vender. Intenté hablar con él, pero insistía en que tenía que volver a casa. Aquel sábado por la noche, mientras echaba las cortinas, vi la furgoneta de Kirk Adams aparcada frente a la casa de Stan. Le vi salir de la furgoneta y caminar por el camino de Stan. Sabía que era Kirk porque tiene un aire arrogante. Estaba preocupada por Stan, así que llamé para verle a la mañana siguiente. No estaba dentro. Volví a intentarlo durante unos días, pero nunca abrió la puerta. Una semana después vi a Alexander Adams y a algunos de sus obreros tomando medidas dentro del jardín delantero de Stan. Le pregunté qué pasaba. Me dijo que Stan había vendido su casa y ya se había mudado».

Julia tuvo miedo de hacer la siguiente pregunta. «¿Volviste a ver a Stan?»

Gloria negó con la cabeza. «Pregunté por la ciudad, pero fue como si hubiera desaparecido en el aire».

Caín dijo: «O lo asesinaron».

Gloria refunfuñó. «No, no creo que eso ocurriera, no pudo ser».

Caín dijo: «Pero antes dijiste que Kirk Adams sería capaz de asesinar».

«Pero yo...» Los ojos de Gloria se abrieron de par en par. «¡Oh! ¿Y si tienes razón? ¡Nunca lo había pensado! Pobre Stan, ¡su cadáver podría yacer sin descubrir en alguna parte! ¿Se lo decimos a la policía?»

Julia negó con la cabeza. «No tenemos pruebas. ¿Crees que Kirk le obligó a vender? ¿Crees que su padre lo sabe?».

Gloria se recostó en la silla. «Ya no sé qué pensar. ¿De verdad mataría alguien a Stan, o a Douglas, sólo para quedarse con sus tierras?»

«Deberías ver los precios que piden por las casas nuevas», dijo Julia. «Creo que Construcciones Adams está obteniendo un beneficio decente con ellas. Quizá Kirk quiera impresionar a su padre haciendo que la gente venda».

«Quizá lo siguiente que haga sea matar a su padre y quedarse con la empresa para él solo», añadió Cain en tono jovial.

Gloria empezó a abanicarse. «¡No digas eso! No me digas que anda suelto un asesino en serie».

Julia lanzó a Caín una mirada admonitoria y dijo: «Aún no sabemos qué trama Kirk. ¿Hay algo más que quieras contarnos? ¿Algo que pueda ayudarnos?»

Gloria frunció el ceño. «No se me ocurre nada más».

Julia se levantó y le dio a Gloria una de sus tarjetas de visita. «Por favor, llámame si se te ocurre algo más que pueda ayudarnos. Gracias por hablar con nosotros. Siento si te hemos molestado».

Gloria cogió la tarjeta. «¿Crees que Kirk Adams te ha estado siguiendo? Quizá sepa que estás investigando la muerte de Douglas. Sabrá que has venido a verme». Alzó la voz. «¡Podría

intentar matarme!»

«Estoy segura de que eso no va a ocurrir. Voy a contarle lo que me has dicho al inspector Clarke, que es el investigador. Le diré que estás preocupada. No he notado que nadie me vigilara ni me siguiera. Siento mucho, otra vez, haberte molestado. Vamos, Caín».

Caín se levantó y sonrió a Gloria. «La tarta estaba buenísima, gracias».

Caín siguió a Julia hasta el coche. Cuando entraron, Julia le dijo: «Sé que sólo decías lo que pensabas, pero por favor, intenta guardarte ese tipo de pensamientos para ti».

«Lo siento, no estoy acostumbrado a hablar con la gente normalmente. En la cárcel tenía que agachar la cabeza y no hablar a menos que me hablaran».

Julia le dedicó una sonrisa amable. «No pasa nada. Sigo olvidando que has estado encerrado los últimos doce años. Sin embargo, creo que podrías tener razón, creo que Kirk es un posible sospechoso. Me pregunto si habrá visitado a Douglas».

Sonó el teléfono de Julia. Era Doris. «¿Has avanzado algo en tus investigaciones? Nina está fuera de sí por la preocupación y la pena. No para de llorar».

«He avanzado un poco. ¿Me paso?»

«No, está bien. He reunido a las chicas para que la acompañen. Luego le pondré un somnífero en la leche caliente. Por mucho que la quiera, me está dando un dolor de cabeza tremendo con todos esos lamentos».

Julia sonrió para sí. «Podría venir por la mañana a verla».

«No muy temprano», dijo Doris. «Podría darle dos pastillas y así yo también podría dormir decentemente».

Se marchó bruscamente. Julia no estaba segura de querer que Doris la cuidara en una crisis. Sin embargo, su corazón estaba en el lugar adecuado. Nina tenía suerte de tenerla como amiga.

«¿Quieres que te acompañe mañana?» se ofreció Caín.

Julia lo miró, se daba cuenta de que en realidad no quería ir. «Gracias, pero has trabajado mucho esta semana. Mañana es sábado, ten algo de tiempo para ti».

«¿Si estás seguro?»

«Estoy segura. Te recogeré el lunes por la mañana con normalidad».

Julia arrancó el motor y se dirigieron a casa de Caín.

«Avísame si necesitas que investigue algo más», dijo Caín cuando llegaron a su casa.

«Lo haré. Vete antes de que cambie de opinión».

Mientras Julia se alejaba, pensó en Kirk Adams. Le vendría bien hablar directamente con él. Pero una cosa cada vez. Mañana hablaría con Nina, tenía algunas preguntas que hacerle.

Capítulo 15

Al día siguiente, cuando vio a la anciana, se le pasó por la cabeza la idea de interrogar a Nina. Julia siseó a Doris: «¿Cuántos somníferos le has dado? Parece medio muerta».

Doris resopló. «Sólo le di un par. Son de esas de hierbas, no de las fuertes que tienes que pedir». Miró a Nina, que estaba tumbada en el sofá. «Pero tiene mal aspecto. Ni siquiera se ha cepillado el pelo».

Julia se acercó a Nina y se puso a su altura. «Hola, Nina. ¿Cómo estás hoy?

Nina parpadeó. «No estoy segura. Para ser sincera, no me encuentro muy bien. Es como si mi mente estuviera activa pero mi cuerpo se hubiera rendido».

«Conozco esa sensación», dijo Julia con una sonrisa. «Ayer fui a ver a una antigua vecina de Douglas. ¿Te cuento lo que me dijo?».

Los ojos de Nina brillaron de repente. Levantó la cabeza y dijo: «¡Sí! Cuéntamelo todo. Ayúdame a sentarme, por favor. Estoy tan flácida como una muñeca de trapo».

Doris acudió al lado de Nina y entre las dos consiguieron sentarla.

Doris acercó una silla y dijo: «Suéltalo. Y por el amor de Dios, ¿quieres quitar el culo de mi limpia alfombra, Julia? ¿No tienes sillas en tu casa?».

Julia se sentó junto a Nina y les habló de Gloria. Cuando terminó, le dijo a Nina: «¿Te ha hablado Douglas alguna vez de Kirk Adams?».

Nina negó con la cabeza. Levantó un dedo y dijo: «Un momento, hubo algunas ocasiones en las que salíamos juntos que se me han quedado grabadas como algo inusual. A veces, cuando salíamos, Douglas dejaba de hablar a media frase y miraba por encima del hombro. Cuando le preguntaba qué le pasaba, me decía que creía que alguien le estaba observando. Yo me reía y, al cabo de un rato, él también. ¿Crees que Kirk Adams nos estaba siguiendo? ¿Escuchaba nuestras conversaciones?

«Claro que sí». intervino Doris. «¡Parece un inútil! Apuesto a que se coló en casa de Douglas aquel martes por la noche y tiró al viejo cabrón por las escaleras».

Julia se estremeció al oír el tono de Doris. «Tendré que hablar con Kirk Adams. No me apetece, pero tendré que hacerlo».

Nina se acercó la bata y anunció: «Iré contigo. ¡No me da miedo! Deja que me vista. Y dame veinte minutos para ponerme la pintura de guerra».

Julia levantó las manos. «¡Ni hablar! Tú te quedas aquí. Puedo encargarme de Kirk Adams.

Creo».

Doris se inclinó sobre ella y la pinchó bruscamente. «¿Le has contado al inspector Sourface lo que has averiguado?».

Julia se removió en el asiento. «Sí, le llamé. Le conté lo que había dicho Gloria».

Doris resopló. «¡Déjame adivinar! ¿Te dijo que le dejaras la investigación a él?».

«Algo así. En fin, será mejor que me vaya. Ya te contaré cómo me va».

Doris la acompañó a la puerta. «Date prisa en solucionar esto, Julia. Nina se está desvaneciendo».

«Lo intentaré», respondió Julia. Caminó con confianza hacia el coche y saludó a Doris con la mano mientras se alejaba. La sonrisa se le borró en cuanto dobló la esquina. ¿Dónde iba a encontrar a Kirk Adams? Y se había olvidado de preguntarle algo a Nina. Suspiró. ¿Por qué se había metido en esta investigación de asesinato? Sabía por qué. Se había preocupado por Douglas y se preocupaba por Nina. Había que hacer justicia.

Se detuvo cuando sonó el teléfono. Era papá. «Será mejor que vuelvas a casa, cariño», dijo.

El pánico se apoderó de Julia. «¿Por qué? ¿Qué ha pasado? ¿Es mamá? ¿Anna? ¿Sam? ¿Chloe? ¿Es por Caín?

«Ninguno de esos. Me he dado cuenta de que no has preguntado si era yo. Estoy en tu casa. Tienes visita».

Julia tragó saliva. «¿Es Kirk Adams?»

«¿Quién? No, es Joshua Bentley. Está en un buen estado. Vuelve a casa».

Julia volvió a su casa y encontró a Joshua Bentley dando vueltas por el suelo de la cocina. Papá estaba apoyado en el horno comiendo un paquete de patatas fritas.

Cuando Joshua la vio, le subió la sangre a la cara y su boca se curvó en un gruñido. Le apuntó con un dedo y le dijo: «¡Tú! ¡Todo esto es culpa tuya!».

Julia dejó el bolso sobre la mesa de la cocina y dijo: «¿De qué? ¿Qué he hecho?

Dio un paso atrás mientras Joshua avanzaba hacia ella. Papá alargó la mano y le agarró la parte de atrás de la camisa. «Cálmate, Joshua, amigo, esto no es culpa de nuestra Julia en absoluto, ya lo sabes. ¿Quieres una patata frita?»

«¡No, no quiero una patata frita! Suéltame la camisa, Ray».

«No hasta que te hayas calmado».

Joshua respiró hondo unas cuantas veces y volvió a hablar con su voz normal. «Todos dicen que maté a Douglas Pedley. Dicen que no arreglé bien su alfombra. La gente ha cancelado trabajos. Estoy perdiendo dinero. Ojalá nunca me hubieras llamado». Intentó avanzar de nuevo, pero papá seguía agarrándole firmemente la camisa.

Julia se frotó los ojos cansados. Dio un paso adelante y le tocó el turno de señalar con el dedo a Joshua. «La policía ya ha dicho que la alfombra fue cortada deliberadamente. Hablé con Douglas antes de que muriera, me dijo que tú habías arreglado la alfombra. ¡No es culpa mía que la gente te acuse! De todas formas, ¿por qué querrías matar a Douglas?».

Papá asintió hacia ella y dijo: «No me hagas agarrarte también la camisa, jovencita. Deja de gritar, has asustado a Joshua».

Joshua le dedicó una pequeña sonrisa. «Lo siento, Julia. Sé que tienes razón. Ya sabes cómo es la gente de por aquí».

Julia bajó el dedo. «Lo sé. Ignóralos. Estoy segura de que la policía capturará pronto al verdadero asesino».

Papá soltó a Joshua y cogió otra patata frita. Se la agitó a Julia y dijo: «Olvídate de la policía, ¿hasta dónde has llegado con tu trabajo de detective?». Se metió la patata en la boca.

Julia suspiró. «Tengo información, pero no sé qué hacer con ella. Bueno, lo sé, pero no lo sé, ya me entiendes».

«Has delirado», dijo papá. «Siéntate, voy a prepararnos una taza de té. Empieza por el principio». Se sacó una tableta de chocolate del bolsillo y se la dio. «Puedes quedártela, es para emergencias. No le digas a tu madre que guardo chocolate en los bolsillos».

Mientras tomaban té y chocolate, Julia les contó a papá y a Joshua sus últimos descubrimientos. Joshua asintió cuando terminó. «Sé qué aspecto tiene Kirk Adams. Y sé dónde bebe. Saldrá a beber esta noche. Es un tipo desagradable, Julia, mantente alejada de él».

«Pero tengo que hablar con él, averiguar dónde estaba la noche en que murió Douglas», insistió Julia.

Papá negó con la cabeza. «No permitiré que mi hijita se ponga en peligro».

Julia rezongó. «No soy una niña pequeña, soy... lo bastante mayor para cuidar de mí misma».

«Sé que lo eres, cariño», papá le dio una palmadita en la mano. «Pero deja que te ayude». Se volvió hacia Joshua y le dijo: «Hace tiempo que no salgo por la noche. ¿Te apetece salir esta noche? ¿Quizá a ese pub que frecuenta Kirk? Podríamos charlar amigablemente con él».

Joshua sonrió y asintió. «Me parece una idea estupenda».

«Iré contigo», dijo Julia.

«No, me acalambrarás», dijo papá. Se levantó y cogió una miga crujiente de su jersey, se la metió en la boca. «Se os han acabado las patatas fritas de sal y vinagre».

Julia dijo: «Tened cuidado, los dos. Me siento culpable por haberos involucrado».

Joshua se levantó. «Ya estoy implicado. Tenemos que averiguar quién mató al viejo Douglas».

Papá le dio un beso en la coronilla. «Ya te contaremos cómo nos va. Acuéstate pronto, pareces cansada».

Cuando papá cerró la puerta, oyó que le decía a Joshua: «¿Tienen comida en ese bar tuyo? ¿Tienen crumble de manzana?».

Julia sonrió. Preferiría hablar ella misma con Kirk Adams, pero se sentía aliviada de que papá y Joshua fueran a hacerlo. Se le borró la sonrisa. Esperaba que no se pelearan.

Se levantó, recogió las cosas del té y las llevó al fregadero.

¡Cain! No lo había llamado para contarle lo que le había dicho Nina.

Contestó al segundo timbrazo. Julia le habló rápidamente de Nina. Luego le habló de los planes de su padre.

Caín se rió. «¡Ya lo sé! ¡Voy a ir al bar con él! Nunca he ido al pub». Hizo una pausa. «¡Nunca me había tomado una cerveza!».

Mientras Julia intentaba conciliar el sueño aquella noche, no sabía qué le preocupaba más, si que papá se peleara o que Caín se emborrachara.

Capítulo 16

Julia telefoneó a mamá el domingo por la mañana a primera hora. Su pregunta inmediata fue: «¿Se ha peleado papá?».

«No, y buenos días», contestó mamá.

«Buenos días. ¿Se ha emborrachado Caín?

«Borracho como una cuba. Ahora mismo está dormido en mi sofá, roncando como un poseso. Le he puesto un cubo al lado, pero no se ha mareado durante la noche».

«¿Por qué está en tu casa?»

suspiró mamá. «No podía dejar que se fuera a casa en el estado en que estaba. No hay nadie que cuide de él en su casa. Pobre corderito, va a tener una resaca terrible cuando se despierte».

«¿Quieres que vaya, lo recoja y lo lleve a casa?». se ofreció Julia.

«No, déjale dormir todo lo que pueda. Sé cómo tratar a los jóvenes que han bebido demasiado. He practicado mucho contigo y con tu hermana».

Julia sonrió. «Estoy segura de que nunca fui tan mala. ¿Te dijo algo papá cuando vino anoche?».

«No fue anoche, fue de madrugada. ¿Te lo puedes creer? A su edad. Y no conseguí que el viejo tonto entrara en razón. No paraba de frotarse la barriga y de decir que se había tomado dos raciones de crumble de manzana y que yo no podía hacer nada. Y en cuanto a tu joven amigo, ¡apenas podía mantenerse en pie! Tu padre tuvo que sostenerle. No paraba de reírse y de decir que nunca se había emborrachado».

«Lo siento, mamá, siento como si fuera culpa mía que hayan acabado así».

refunfuñó mamá. «Tu padre no necesita una excusa para ir al bar. Al meterse en la cama murmuró que tenía que decirte algo. Pero no sé qué, dejó de murmurar a media frase y se quedó dormido».

«¿Seguro que no quieres que me pase?».

«No, no tengo ni idea de a qué hora se despertarán, ni en qué estado estarán. Les diré que vengan a tu casa. Julia, tu padre me ha contado lo que estás haciendo. Te has vuelto a meter en la investigación de un asesinato, ¿verdad?».

«Sí».

«Ten cuidado, ¿quieres? En algún lugar está la persona que mató a tu cliente. No quiero que vayan a por ti».

«Puedo cuidarme sola», dijo Julia de la forma más tranquilizadora posible.

«Hmm. Creía que sólo debía preocuparme por mis hijos cuando eran pequeños. Parece que cuanto más creces, más me preocupo por ti».

«Sinceramente, mamá, estoy bien. Por favor, no te preocupes. Estoy segura de que pronto averiguaré quién mató a Douglas. Te quiero».

«Te quiero más», dijo mamá. Julia podía oír la sonrisa en su voz.

Julia no sabía qué hacer mientras esperaba la llegada de papá y Caín. Limpió la casa de arriba abajo y puso la colada. Nunca parecía haber mucha ropa que lavar ahora que Sam y Chloe estaban en la universidad. Los echaba de menos, pero no echaba de menos el desorden que causaban. Pronto volverían de la universidad. A pesar del caos que traían consigo, estaba impaciente por verlas.

Julia recordó el viejo cuaderno que Cain le había dado hacía unas semanas, el que había sacado en casa de Douglas. Estaba lleno de notas sobre cómo hacer soluciones limpiadoras y jabones sin productos químicos. Julia sacó el cuaderno y se sentó a la mesa de la cocina. La abuela de Caín parecía una mujer encantadora, por la forma en que había acogido a Caín cuando era joven. Y cómo le había apoyado durante su estancia en la cárcel. Era una verdadera lástima que hubiera muerto seis meses antes de que soltaran a Caín.

Julia se detuvo en una página y recorrió con el dedo la lista de artículos necesarios. Asintió con la cabeza. Sí, los tenía todos. Intentaría hacerla.

Estaba tan absorta en su tarea y tomando notas que dio un respingo cuando se abrió la puerta de la cocina. Papá entró sonriendo. «Buenos días, mi preciosa hija. ¿Cómo estás hoy?» Sin esperar respuesta, se acercó al horno y señaló una olla. «Oo, ¿qué tienes cocinando?». Metió el dedo y luego se llevó el contenido a la boca.

Julia le miró desde su posición sentada. «Es jabón. Lavanda y menta».

Papá asintió y cogió el papel de cocina. Sacó una hoja y se limpió la lengua. Se dirigió al fregadero y llenó rápidamente un vaso de agua. Se enjuagó la boca e hizo una mueca. Miró por encima del hombro y dijo: «Me he lavado literalmente la boca con agua y jabón. Si fuera un personaje de dibujos animados estaría haciendo burbujas».

Julia miró hacia la puerta abierta. «¿Dónde está Caín? ¿Te lo has llevado a casa?».

Papá dejó el vaso. «Estaba justo detrás de mí. Espero que no se haya caído, ahora está un poco inestable».

Pareciéndose más a su madre de lo que quería, Julia dijo: «Será la bebida, no está acostumbrado. Y todo es culpa tuya, deberías haberle vigilado».

«Es un hombre adulto, necesita experimentar estas cosas. Espero que no se esté poniendo enfermo en una de tus macetas. No, aquí está».

Julia se quedó boquiabierta cuando una criatura de tipo zombi entró en su cocina. El zombi llevaba gafas oscuras. Se las quitó y parpadeó mirando a Julia con ojos inyectados en sangre. Julia cerró la boca cuando Caín le hizo un gesto con la cabeza y luego se estremeció.

Julia se levantó y lo condujo hasta la mesa. Apartó una silla y lo sentó en ella. Podría gritarle y decirle que su estado actual era culpa suya, pero recordaba claramente las veces que ella había estado en una situación parecida.

Con lo que esperaba que fuera una voz tranquilizadora, le dijo: «Caín, ¿te traigo algo? ¿Agua? ¿Aspirinas? ¿Un cubo?».

Cain levantó una mano y, con voz ronca, dijo: «No, gracias. Tu madre me ha curado. Estoy esperando a que los paracetamoles hagan efecto. Me encuentro fatal. ¿Por qué bebe la gente si se siente así? Nunca volveré a beber».

«Eso es lo que dicen todos», añadió papá.

Caín levantó la cabeza y aspiró. Sonrió. «¿Es una de las recetas de la abuela? ¿Es jabón de lavanda y menta?».

«Lo es. Te haré una pastilla».

Una lágrima rodó por la mejilla de Caín. «Sois muy amables. Todos vosotros. Tu madre, tu padre...».

Papá se acercó a la mesa y se sentó. «Creo que sigue borracho. Pon la tetera, Julia, y te lo contaré todo sobre anoche».

«¿Conociste a Kirk Adams?» preguntó Julia.

Papá se cruzó de brazos y se reclinó en la silla. «Desde luego que sí. Es un desgraciado».

Capítulo 17

Una vez que papá y Julia se hubieron acomodado con una taza de té y Caín tenía delante un vaso de pinta lleno de agua fría, papá empezó: «Llegamos al pub a las ocho. Joshua decidió que tenía hambre y me di cuenta de que Caín también, así que pedí crumble de manzana para todos».

«Has sido muy amable», señaló Julia.

«No hace falta que seas sarcástica, jovencita. Habíamos terminado nuestros crumbles cuando entró Kirk Adams. O debería decir, entró paseando. Me recordó a una de las viejas películas de vaqueros, ¿sabes ésas en las que el vaquero malvado dispara a un inocente y se marcha, satisfecho?

Julia asintió. «¿Iba solo?

«No, estaba con un grupo de hombres. Se jactaba de un negocio en el que había estado trabajando. Decía que ganaría dinero a manos llenas, ésas eran sus palabras. Todos podíamos oír lo que decía, todo el pub podía oírlo. Cuando pasó por delante de nuestra mesa, dijo: «Ahora que el viejo se ha ido, puedo hacerme con sus tierras». Todos pensamos inmediatamente que se refería a Douglas. Me volví para mirar a Joshua y ver si lo había oído. Sí, saltó de su asiento como un gato escaldado. Tenía los puños cerrados y sabía que iba a ir a por Kirk.

«Todo sucedió a cámara lenta. Joshua maldijo a Kirk. No repetiré sus palabras. Kirk se volvió para mirar de dónde procedía el ruido. Joshua voló por el aire como un ninja y golpeó a Kirk justo en la cara. Kirk encajó el golpe pero luego se volvió contra Joshua. Me levanté en un instante. Kirk es mucho más grande y fuerte que Joshua».

Caín extendió la mano y le dio un golpecito a papá en el brazo. «Cuéntale a Julia lo que hice».

Papá sonrió. «El joven Caín intentó interrumpir la pelea. Resultó herido en el proceso».

Caín levantó valientemente la mano y le mostró a Julia un corte en el dedo meñique. Julia tuvo que entrecerrar los ojos para verlo.

Papá continuó. «Conseguí interrumpir la pelea. Les agarré a los dos por el cuello y les obligué a sentarse. Se estaban gritando. Tuve que usar mi voz airada».

Julia abrió mucho los ojos. «Sólo he oído esa voz una vez. Cuando ese Tommy Whitehall intentó pellizcarme la moto. Le ahuyentaste, ¿verdad, papá?».

Él asintió. «Nadie le quita nada a mi familia. Kirk y Joshua cerraron la boca y se miraron con odio. Invité a Kirk a una copa y luego le expliqué por qué Joshua estaba tan enfadado. Joshua

pensó que Kirk se refería a Douglas. Kirk dijo que no. Dijo que se refería a un anciano del otro lado de la ciudad. Al parecer, Construcciones Adams estaba construyendo una nueva urbanización allí y habían estado negociando con el anciano al que se refería Kirk. El hombre había muerto hacía poco y su hija estaba más que dispuesta a vender su casa a Kirk».

Julia dijo: «Parece que tienen los dedos metidos en pasteles por toda la ciudad. ¿Cómo murió el viejo? ¿Se cayó por las escaleras?»

Papá se rió. «Qué mente más suspicaz tienes. Caín le preguntó eso a Kirk. Pero no, el viejo murió de un ataque al corazón».

Los ojos de Julia se entrecerraron. «O eso dice Kirk Adams. ¿Qué más te dijo?»

Papá se inclinó más hacia Julia y dijo: «Nos dijo que estuvo en casa de Douglas la noche que murió».

Julia jadeó. Luego golpeó la mesa con la mano y dijo: «¡Lo sabía! Sabía que fue él quien mató a Douglas».

Papá levantó las manos. «No tan deprisa. Kirk no fue a molestar a Douglas para que vendiera la casa, fue Douglas quien llamó a Kirk. Douglas le dijo que sus circunstancias habían cambiado y que, después de todo, estaba pensando en vender la casa».

«No me lo esperaba», dijo Julia. «Pero tiene sentido. El sábado le había pedido a Nina que se casara con él. Ella había dicho que sí, así que supongo que Douglas empezó a hacer planes. Quizá pensó que Nina no querría vivir en la casa donde vivía su primera esposa».

habló Caín. Julia notó que el color volvía a su rostro. «Así que Kirk Adams no tenía motivos para matar a Douglas».

«Sólo tenemos su palabra», dijo Julia. «Papá, ¿crees que decía la verdad?».

«No lo sé, es difícil saberlo con un hombre como Kirk Adams. Parece arrogante y egocéntrico. Parecía regodearse de que Douglas accediera a vender sus tierras, como si todo fuera obra de Kirk. No hay razón para que mienta, ¿verdad?

«¡La hay si empujó a Douglas por las escaleras! Ésas debían de ser sus huellas en la alfombra de la escalera».

Papá asintió. «Lo eran. Le preguntó a Douglas si podía usar su baño cuando estuvo allí el martes. Le pregunté a Kirk si se había dado cuenta de que la alfombra de la escalera sobresalía por arriba. No notó nada, pero dijo que no se había tropezado con nada al bajar las escaleras».

«¡Y qué me dices de la piedra que atravesó la ventana!»

«Deja de gritar, Caín aún está delicado. Se lo pregunté. En realidad parecía avergonzado. Dijo que se lo había hecho antes a uno de los vecinos de Douglas, pero que no se lo había hecho a Douglas».

«De nuevo, sólo tenemos su palabra».

«Estás convencido de que es culpable, ¿verdad?

«Sí, no hay más sospechosos».

Papá compartió una mirada con Caín. Volvió a centrar su atención en Julia y dijo: «Cuando Kirk salió de casa de Douglas aquel martes por la noche, vio a alguien que venía en dirección contraria. Observó por dónde iban cuando pasaron junto a él. Entraron en casa de Douglas».

«¡No! ¿Quién era?» dijo Julia.

«Kirk dijo que no estaba seguro de si la persona era hombre o mujer. Se decidió por hembra cuando vio que llevaba un abrigo con gatos y una bolsa de la compra con gatitos bailarines impresos».

Julia miró a Caín, volvió a mirar a su padre y volvió a mirar a Caín.

Caín asintió. «Debía de ser Mildred, la de la tienda de beneficencia, la del bigote».

Capítulo 18

«¿Pero qué hacía allí? ¿De qué conocía a Douglas? Julia esperó a que sus pensamientos la alcanzaran. «¡Debe de haber matado a Douglas!»

Papá se frotó la cabeza y se levantó. «Me estáis dando dolor de cabeza con tanto griterío. Me voy. No tengo nada más que informar. Cain, ¿quieres que te lleve?».

Cain se levantó con cautela. «Gracias, Ray. Gracias por el agua, Julia. Nos vemos mañana».

Julia les dedicó a ambos un vago saludo con la mano, estaba demasiado perdida en sus pensamientos para hablar.

¿Qué hacía Mildred allí?

Había una o dos personas que podrían saber la respuesta. Julia hizo una llamada rápida a Doris, que le dijo que se pasara por allí dentro de unas horas.

Eso dio a Julia tiempo suficiente para terminar de hacer el jabón y dejar que se enfriara. Cuando estuvo listo, envasó un par de pastillas y las metió en el bolso.

Cuando Doris abrió la puerta más tarde, Julia le entregó las pastillas con las instrucciones claras de que había una pastilla para Doris y otra para Nina. No quería que Doris se llevara las dos.

Doris olió el jabón y dijo: «Qué fragancia tan agradable. Si vas a hacer más preferiría de rosa. Sígueme hasta la paciente».

Nina estaba sentada en un cómodo sillón. Se levantó cuando entró Julia y la abrazó. Nina tenía mucho mejor aspecto. Si había estado llorando, se había esforzado por disimularlo.

Julia se sentó y las puso al corriente de lo ocurrido. Las dos jadearon cuando mencionó el nombre de Mildred.

Doris apretó los labios con fuerza y asintió con la cabeza. Miró a Nina y le dijo: «¡Te hablé de esa mujer, pero no me escuchaste! Siempre intentas ver el lado bueno de la gente, pero esa Mildred Hepplethwaite no lo tiene».

Julia miró de una mujer a otra. «¿Me estoy perdiendo algo?»

habló Nina. «Doris me dijo que Mildred está enamorada de Douglas, y desde hace años. Me dijo que tuviera cuidado».

«Tenía razón. Y tenía razón, ¿verdad? ¡Escabulléndote para ver a tu Douglas cuando no estabas! Cobarde!»

Julia dijo: «¿Crees que tenían una aventura?». No se lo podía imaginar, pero tenía que

preguntar.

«¡En sus sueños!» espetó Doris. «Déjame que te hable de Mildred Hepplethwaite. Iba al colegio con Val, la primera mujer de Douglas. Val sabía que a Mildred le gustaba Douglas, pero sospecho que nunca supo que Mildred estaba enamorada de él. Val no pudo librarse de Mildred después de que dejaran la escuela. Mildred rondaba a Val como un mal olor. Creo que eso se debía a que era la única forma que tenía de seguir viendo a Douglas.

«Fue idea de Mildred que Val adoptara aquellos gatos. No me sorprendería que Mildred le dijera a Val que los adoptara por el bien de Douglas, ya que Val no podía darle un hijo. Mildred es muy astuta. Siempre se presentaba en casa de Val con alguna excusa, algo relacionado con los gatos.

«Cuando Val murió debió de preocuparse por cómo iba a seguir viendo a Douglas. Vino a la tienda unas cuantas veces y de hecho la oí decir que Val querría que siguiera adoptando gatos. Pobre Douglas, ¿qué iba a decir a eso? Tenía la impresión de que Val y Mildred habían sido buenas amigas. Creo que Val soportaba a Mildred porque era demasiado amable para decirle que se largara. De todos modos, Douglas adoptó un gato, sólo uno. De nuevo, ella se inventaba excusas para ir a verlo a menudo».

Julia miró a Nina. «¿Lo sabías?»

Nina asintió. «Vino un día que yo estaba allí. Había traído una nueva marca de polvos antipulgas para Cat. No sabía que Douglas y yo nos estábamos viendo. Nunca olvidaré la cara que puso cuando me vio en la habitación de Douglas».

Doris dijo: «Una cara como un trueno, sin duda. Nunca te ha cogido cariño. En cuanto te ofreciste voluntaria para trabajar en la tienda de caridad se puso en tu contra. Fue aún peor cuando se enteró de lo tuyo con Douglas. Por eso te hizo trabajar tanto en el almacén».

«No me importaba. Comprendía cómo se sentía. Pobre Mildred».

«¿Sabía Douglas lo que ella sentía por él?» preguntó Julia.

Nina dijo: «Él pensaba que sólo eran amigos. No le señalé que estaba enamorada de él, eso sólo haría que las cosas se pusieran incómodas entre ellos».

Hubo silencio durante un rato.

Entonces Julia dijo: «¿Crees que Mildred mató a Douglas?».

«¡Sí!» espetó Doris.

«No», dijo Nina. «¿Por qué iba a hacerlo?»

«Me vienen a la mente los celos. Cuando Mildred fue a casa de Douglas el martes por la noche pudo haberle contado lo de tu compromiso».

Doris asintió y dijo: «¡Entonces la vaca celosa montó en cólera y le empujó por las escaleras!».

Se hizo otro silencio. Julia volvió a romperlo. «¡Oh! Nina, eso es lo que quería preguntarte el otro día. Sé que Douglas no tuvo hijos, así que ¿quién hereda sus bienes?».

Nina se miró la rodilla y dijo: «Val quería dejarlo todo a una organización benéfica, la de los gatos».

«¿No la que dirigía Mildred?». preguntó Doris.

Nina levantó la vista y asintió. «Val confiaba en Mildred, y Douglas también, no vio motivo para cambiar el beneficiario de su testamento. Sus bienes van directamente a Mildred para que ella los proporcione a varias organizaciones benéficas de gatos de la zona.»

Doris se levantó y se puso las manos en las caderas. «¡Así que se queda con todo su dinero! La intrigante... ¡oh! Julia, ¡debe de haber matado a Douglas! Estaba allí la noche en que murió y tenía un motivo».

Capítulo 19

Julia no discrepó. No podía, los hechos hablaban por sí solos.

Nina empezó a llorar.

Doris se levantó y se acercó a ella. «Otra vez no, Nina amor. Creía que habías dejado de llorar».

«¡Todo esto es culpa mía! Si no me hubiera mudado aquí, Douglas seguiría vivo».

«Tonterías. La loca de Mildred podría haberle matado en cualquier momento. Nunca he confiado en ella, tiene un brillo de locura en los ojos». Doris miró a Julia y le dijo: «¿Qué vas a hacer ahora? ¿Te vas a pelear con ella?».

«No sé dónde vive, ¿y tú? preguntó Julia.

«No. Pero mañana estará en la tienda. Hablaré con ella», amenazó Doris.

Julia se levantó. «No, no hagas eso. Tendré que decírselo al inspector Clarke. Quiero saber hasta dónde ha llegado con sus propias investigaciones».

Doris hizo un ruido de desaprobación. «Probablemente aún no ha interrogado a Kirk Adams».

«Bueno, aún tendré que hablar con él».

«¿Vas a ir ahora a comisaría? Iré contigo», dijo Doris.

«Deja que la pobre chica se vaya a casa», dijo Nina mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo azul. «Tiene una vida propia. No podemos enviarla a hacer recados en nuestro nombre. Ahora incluso tiene a su familia involucrada. Julia, vete a casa. Investiga la muerte de Douglas cuando puedas».

Doris hizo otro chasquido y se cruzó de brazos.

Julia dijo: «Quiero averiguar quién mató a Douglas, por su bien y por el tuyo. Ya te contaré cómo me va».

Doris la acompañó a la puerta sin decir palabra. No necesitaba hablar, Julia podía sentir la desaprobación flotando hacia ella como un mal perfume. Julia seguiría investigando, pero hoy no. Iba a telefonear a sus hijos para asegurarse de que estaban bien. Necesitaba oír sus voces.

Al día siguiente era lunes. Caín la esperaba en la puerta de su casa. Parecía mucho más animado que el día anterior. Cuando subió al coche, Julia le dijo: «Parece como si estuvieras vivo. ¿Cómo te encuentras?»

«Muy bien. Dormí casi todo el día de ayer. Tu padre me dijo que podía ir con él al pub este viernes».

«Creía que no ibas a volver a beber».

Caín asintió. «Ray me dijo que sólo tenía que acostumbrarme. Es muy sabio. Tienes suerte de tenerle como padre».

Julia no dijo nada mientras se alejaba. Sabía que tenía suerte de tener a papá, pero no aprobaba sus planes de corromper a Caín con cerveza. Aun así, Caín tenía que ponerse al día y ella prefería que lo hiciera con papá a su lado.

Estuvieron todo el día ocupados con las tareas de limpieza. Julia no le contó deliberadamente a Caín las novedades sobre Mildred, no le dijo que había ido a ver a Nina y Doris después de que él se marchara. Sabía que él se había ofrecido a ayudarla, pero no era justo quitarle tiempo. Se había involucrado en la investigación, podía ocuparse de ella sola.

Aquella tarde, después de dejar a Cain en casa, condujo hasta la comisaría. Esta vez el inspector Clarke no la esperaba en la puerta, sino en la recepción.

«Buenas noches, Sra. Blake. Otra feliz coincidencia, que estemos aquí los dos al mismo tiempo».

«Bueno, tú trabajas aquí», señaló Julia.

«Exacto. Lo que me lleva directamente a mi primera pregunta. ¿Qué haces aquí?

Sus ojos azules parecían clavarla en el sitio. Jugueteó con el asa de su bolso y dijo: «Puede que me haya topado con información que podría ayudarte».

La ceja izquierda del inspector Clarke se alzó. «¿Ah, sí? ¿Tiene algo que ver con la muerte de Douglas Pedley?».

«Sí», murmuró Julia. Deseó que dejara de mirarla así, era desconcertante.

El inspector Clarke se dio unos golpecitos en la barbilla. «Pero no lo entiendo, señorita Blake. Le dije expresamente que me dejara las investigaciones a mí».

Julia dejó caer el asa de su bolso. Miró directamente al inspector y le dijo: «¿Quiere saber lo que he averiguado o qué?».

La comisura de la boca del inspector se levantó un poco. «Claro que sí. Te estaba gastando una bromita. Ven a mi despacho».

«¿Puedes avisarme con antelación cuando estés gastándome una bromita, porque no me entero?», dijo Julia.

Siguió a la DI Clarke por un pasillo hasta un despacho que hacía esquina. Esto está muy bien. Se puede ver en dos direcciones». Miró un poco más de cerca. «Se ve la carretera. Me habrás visto conduciendo por esa carretera. Por eso sabías que iba a entrar». Hizo una pausa. «Supusiste que iba a entrar aquí, podría haber pasado conduciendo».

«Lo dudo. Siéntate». La inspectora Clarke estaba sentada detrás de un gran escritorio. Julia vio los respaldos de algunos marcos de fotos mientras se acomodaba en una silla. Se preguntó de quién serían las fotografías. ¿De su mujer? ¿De sus hijos? ¿De su perro? Quizá podría preguntárselo.

Él dio un golpecito a su reloj y dijo: «No tengo todo el día».

Quizá ella no le preguntaría por las fotos. Ella dijo: «¿Has hablado ya con Kirk Adams?».

«Ya lo he hecho. Y creo que tu padre y el Sr. Andrews también. Es otra feliz coincidencia que estuvieran en ese pub en concreto al mismo tiempo que Kirk Adams».

Julia ignoró el último comentario. «Así que sabes lo del anciano que murió al otro lado de la ciudad. ¿Has comprobado cómo murió?»

«Ya lo he hecho. Fue un ataque al corazón. Permítame ahorrarle tiempo, Sra. Blake. Te contaré lo que sé sobre Kirk Adams. Interrúmpame si hay algo nuevo que añadir. Permítame decirle también que no hemos encontrado huellas dactilares en la roca que atravesó la ventana

del señor Pedley».

Julia escuchó mientras el DI Clarke le contaba todo lo que ya sabía.

Dijo: «¿Conoce la identidad de la mujer que vio Kirk al salir de casa de Douglas?».

«Mi mujer va a menudo a tiendas de beneficencia y, por desgracia, a veces me arrastra con ella. Tenía la sospecha de que la descripción coincidía con la de Mildred Hepplethwaite, que trabaja en la tienda de caridad para gatos».

«¿Has hablado con ella?»

«Hablé con ella esta mañana. Me ha dicho que fue a casa del señor Pedley la noche en que murió. Tenía un collar de gato que quería regalarle a su mascota. Dijo que se quedó diez minutos y luego se fue. Confirmó que el Sr. Pedley estaba vivo cuando se marchó».

«¿Y tú la crees?»

«Mis opiniones no importan. Sólo diré que la Sra. Hepplethwaite se ha convertido en una persona de interés. Estamos intentando establecer un móvil para ella».

Julia le hizo un gesto con la mano. «¡Yo sé por qué lo hizo!»

«¿En serio?» Su ceja izquierda volvió a emprender un viaje ascendente. «¿Tienes datos concretos o son habladurías?».

Julia se lo pensó un momento. «Un poco de ambas cosas. ¿Quieres que te lo cuente?».

El DI Clarke la estudió un momento y luego dijo: «Mejor que lo hagas».

Capítulo 20

Julia le contó a Caín su charla con la inspectora Clarke al día siguiente. Al mencionar el collar del gato, Caín gritó de repente: «¡Gato! Aún no hemos encontrado a Cat!»

«Oh, diablos. Me había olvidado de ella. Volveremos a buscarla cuando acabemos este trabajo».

Cuando llegaron más tarde a casa de Douglas había otro policía en la puerta principal. Julia se acercó a él y se dio un golpecito en la nariz. «No hace falta que me digas por qué estás aquí. Han aparecido nuevas pruebas, ¿no?».

El policía le dirigió una dura mirada que la hizo marchitarse ligeramente. Con voz menos segura, dijo: «¿Ha visto un gato pelirrojo? Pertenecía a Douglas Pedley. Lleva días desaparecido».

El policía negó con la cabeza y le indicó que se marchara. Julia no iba a dejarse amilanar. «La buscaremos rápidamente en el jardín y en el bosque. No molestaremos a nadie».

El policía se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

Julia y Caín bajaron por el sendero del jardín y salieron por la verja. «¿Has visto a Cat en el jardín?» preguntó Julia.

«No, ¿y tú?».

Julia miró hacia la casa de Douglas. «Ojalá pudiéramos mirar dentro de la casa. Podríamos ver algo que está fuera de lugar».

Cain también miró hacia atrás. «Es raro que la policía siga aquí».

«Deben de estar buscando pruebas que relacionen a Mildred con la escena del crimen».

«Como un poco de bigote», sugirió Caín.

Julia se burló. «Estás obsesionada con el bigote de Mildred. Las mujeres a veces necesitamos ayuda extra en el departamento de depilación». Hizo una doble toma al ver cómo la miraba Caín. «¡Deja de mirarme el labio superior! Vamos, tenemos que encontrar a un gato».

Cruzaron el campo y entraron en el bosque. Miraron donde habían mirado antes, pero no había ni rastro de Gata. Julia esperaba que no encontraran su cadáver en ninguna parte.

De repente, Caín la agarró del brazo y dijo: «Oigo voces. Escucha. Parecen dos hombres hablando». Se agachó detrás de un arbusto espinoso. Julia le siguió automáticamente. Esforzó los oídos para captar las voces.

Caín dijo: «Una de ellas suena como el hombre que oímos el otro día. Suena como Kirk

Adams, puedo oír la sorna en su tono».

Julia ladeó la cabeza. No podía distinguir bien las voces. Caín debía de tener oídos de murciélago. Susurró: «¿Qué dicen?».

«No oigo bien. Cúbreme, voy a echar un vistazo más de cerca». Caín se tumbó en el suelo y empezó a avanzar. Julia volvió a hacer lo mismo. Siseó: «¿Cómo se supone que voy a cubrirte? No tengo pistola. Esto es una tontería. Voy a levantarme. Tenemos una razón válida para estar en este bosque, no me escondo de nadie».

Se levantó y se tomó unos segundos para contemplar la escena que tenía delante. Volvió a agacharse y siseó: «¡No son dos hombres los que hablan, uno de ellos es Mildred! ¡Está hablando con Kirk Adams! Se están dando la mano».

Caín se frotó la oreja que tenía más cerca de Julia y dijo: «¿Qué crees que están haciendo? ¿Siguen hablando?»

Julia se levantó y se quedó inmóvil. Con voz normal, dijo: «Hola. Creo que nos conocimos en la tienda de caridad el otro día. Ah, veo que has encontrado a Cat, parece cómoda en tus brazos. La estábamos buscando». Julia sonrió amistosamente. Caín se levantó e imitó la sonrisa de Julia.

Mildred Hepplethwaite no les devolvió la sonrisa. Los miró con desprecio mientras jugueteaba con una de las orejas de Cat. Gato parecía disfrutar con ello, o quizá estuviera demasiado asustada para protestar.

Mildred dio un paso hacia ellos y dijo: «¿Qué demonios hacéis en mi propiedad? ¿Y qué hacíais en el suelo?».

«Buscando a Cat», explicó Julia. «Pensamos que podría haberse quedado atascada en un arbusto. El otro día se quedó atascada».

«Sí, ya lo sé. Parece que siempre andáis por estos bosques. Ahora estáis invadiendo el bosque, así que largaos».

Caín hizo ademán de darse la vuelta. Julia no se movió. «¿Nos has visto antes en este bosque buscando a Cat?».

Mildred se dio cuenta de su error. «No, no he dicho eso».

Julia la señaló. «¡Has sido tú! ¡Tú tiraste la piedra por la ventana de Douglas! Aquel día nos viste a Caín y a mí y nos seguiste por el bosque hasta la casa de Douglas. ¿Por qué tiraste la piedra por la ventana? ¿Fue cuando te diste cuenta de que Nina estaba dentro?».

«¡No me menciones el nombre de esa cazafortunas!» espetó Mildred. «¡Y qué si tiré la piedra! Vi cómo miraba Douglas a Nina cuando la sacaban en la camilla. Me alegré de que se hubiera caído por las escaleras. ¡Debería haberse roto el cuello! Pero no, tenía que sobrevivir, ¿no? Y Douglas tenía que mirarla con esa dulzura suya. Estaba hechizado por ella».

Julia recordó lo que Nina había dicho sobre alguien que seguía a Douglas y escuchaba sus conversaciones. Se arriesgó. «Has estado siguiendo a Douglas, ¿verdad?».

Mildred se encogió de hombros. «¿Y qué si lo he hecho? Intentaba protegerle. Supe que Nina Sapphire no tramaba nada bueno en cuanto la vi. La dejé trabajar en la tienda de beneficencia para poder vigilarla. ¿Qué hace para corresponder a mi amabilidad? Se lanza sobre Douglas, el vagabundo».

Caín se acercó a Julia y le susurró: «Me está asustando, mírale los ojos. Va a matarnos y a enterrarnos en una tumba sin nombre».

Mildred no había terminado. «No me fío de esa vaca intrigante. ¿De dónde ha salido? ¿Quién es ella para actuar como la reina de Saba?».

«¿Quién?» preguntó Caín.

Mildred le ignoró. «Tenía que advertir a Douglas, hacerle entrar en razón».

«¿Por eso viniste a verle el martes por la noche, la noche en que murió?».

Los dientes de Mildred se contrajeron en un gruñido. «¿Qué tiene eso que ver contigo?».

Julia no iba a dejarse intimidar. Dio un paso adelante y dijo: «Tiene todo que ver conmigo. Douglas era mi amigo. Alguien le asesinó y voy a averiguar quién lo hizo».

«¡Pues no fui yo!» tronó Mildred. «Deja de acosarme antes de que te denuncie a la policía. Y lárgate de mis tierras!»

Julia extendió los brazos. «Dame a Cat».

Mildred acercó al gato. «Lárgate. Cat es mía. Douglas siempre decía que podía quedármela si le pasaba algo».

Julia dijo: «Sólo voy porque quiero. Puedes gritar todo lo que quieras, pero no me asustas. Creo que le contaré a la policía lo del incidente del lanzamiento de la piedra. ¿Y de qué hablabas con Kirk Adams?».

El rostro de Mildred pareció arrugarse. Colocó a Cat en el suelo y extendió los brazos. Con voz quebrada, dijo: «Le decía a Kirk que nunca vendería la casa y las tierras de Douglas. Es todo lo que me queda de él ahora. Sigue adelante y cuéntale a la policía lo de la ventana, ya no me importa. Mi vida está vacía sin Douglas».

Julia no estaba segura de si Mildred estaba fingiendo. Dijo: «¿Qué harás con esta tierra?».

Mildred intentó sonreír. «Voy a construir un enorme santuario para gatos. Imagínate la libertad que tendrán los gatos. Será maravilloso. A Douglas le habría encantado».

Julia no estaba segura del último comentario. «Sentimos haberte molestado. Adiós».

Cain saludó a Mildred con la mano y luego siguió a Julia a través del bosque y de vuelta al jardín de Douglas. Dijo: «¿Te crees su historia?».

Julia negó con la cabeza. «No me creo lo que ha dicho de Kirk Adams. No das la mano a alguien a quien acabas de decirle que no vas a venderle nada. Sueles dar la mano para cerrar un trato comercial. Está claro que Mildred trama algo. Y tiene muy mal carácter, ¿verdad?».

Capítulo 21

Cuando Julia llegó a casa, había un correo electrónico esperándola. Era de Delilah, la agente de ventas de la casa piloto: Hola, señora Blake. Estoy encantada de informarte de que nuestra urbanización en el bosque seguirá adelante. Sé que has expresado tu interés y estoy segura de que el proyecto te entusiasmará tanto como a nosotros. No dudes en venir a nuestra casa piloto de Windsor para ver los planos. Espero verte pronto».

Julia se preguntó si Dalila terminaría alguna vez una frase sin un signo de exclamación.

Así pues, la urbanización de los terrenos de Douglas seguía adelante. Lo cual sólo significaba una cosa: Mildred había accedido a vender el terreno a Construcciones Adams. De eso debía de tratarse el apretón de manos. Sacudió la cabeza. Mildred no tenía intención de dejar que los gatos anduvieran sueltos por aquel terreno.

Julia se quedó pensativa. ¿Sabía Mildred que era la única beneficiaria del testamento de Douglas? Probablemente. ¿Se había enterado Kirk Adams y se había dirigido directamente a ella? Era una posibilidad. Los celos y la codicia eran motivos de peso para matar a una persona. Y Mildred estaba bien hecha, no tendría problemas para empujar a Douglas por las escaleras.

Julia descolgó el teléfono y se puso en contacto con el inspector Clarke. Contestó al segundo timbrazo. Por una vez, no desestimó su opinión. Cuando hubo terminado, el inspector dijo: «Me alegro de que hayas telefoneado, en realidad iba a telefonearte».

«¿Sobre qué?»

«Ha salido a la luz una nueva información y tengo que comunicársela a Nina Sapphire».

«¿Qué información?»

«No puedo revelártela ahora, primero tengo que decírselo a la señorita Zafiro. Pero me gustaría que estuvieras allí cuando se lo diga, la noticia puede alterarla o aturdirla. En cualquier caso, le vendría bien tu apoyo. Parecéis muy unidas».

Julia sonrió. «¿Me quieres allí porque tienes miedo de Doris?».

Hubo una pausa. Luego el inspector dijo: «Soy un policía profesional, he conocido a muchos criminales empedernidos. No me asusta una anciana que grita demasiado. ¿Te reunirás conmigo mañana a la una de la tarde en casa de Doris? Te lo agradecería».

Julia dijo que sí. Tenía un hueco libre de dos horas a esa hora, así que no tuvo que reorganizar las visitas de ningún cliente.

En cuanto terminó la llamada, se conectó a Internet y visitó la página de Construcciones

Adams. Caray, no habían perdido el tiempo. Había una impresión artística del aspecto que tendría la nueva urbanización. Las nuevas casas unifamiliares parecían impresionantes y caras. Los jardines también parecían tener un tamaño decente. Sabía que, según Kirk Adams, Douglas había accedido a vender su terreno, pero ¿era esto lo que Douglas habría querido? Suspiró. Ya no estaba segura.

La investigación había durado demasiado. Julia esperaba que cualquier información que tuviera la inspectora Clarke acercara la investigación a una conclusión.

Julia no volvió a dormir bien aquella noche, pero esbozó una sonrisa radiante cuando recogió a Caín a la mañana siguiente. Mientras se dirigían a varias casas, hablaron de cuál podría ser la información que la DI Clarke iba a comunicar a Nina.

Doris abrió la puerta en cuanto llegaron a la una de la tarde. «Menos mal que estáis aquí. Ese inspector lleva aquí quince minutos, de pie en un rincón de mi habitación como una estatua inútil. No quiere sentarse, no quiere tomar una taza de té, ¡está ahí de pie en silencio! Dijo que no diría ni una palabra hasta que llegaras».

La inspectora Clarke saludó a Julia y a Cain con un gesto seco de la cabeza cuando entraron en el salón de Doris. Julia se sentó junto a Nina en el sofá y le dirigió una mirada inquisitiva. Nina negó con la cabeza, al parecer no tenía ni idea de por qué estaba aquí la inspectora Clarke.

Doris se acercó al inspector y le dijo: «¡Pues adelante!».

El inspector Clarke miró por encima de la cabeza de Doris y directamente a Nina. Dijo: «Siento haberte hecho esperar. Pensé que la Sra. Blake podría ofrecerte algo de apoyo. Además, pensé que querría oír esta información directamente de mí, ya que está llevando a cabo sus propias investigaciones».

Doris dijo: «¡Yo también me alegro! Nos ha mantenido más informados que tú. ¿Y bien? ¿De qué va todo esto?»

La inspectora Clarke miró a Doris. «Te lo contaré si dejas de interrumpir».

Doris se cruzó de brazos y le fulminó con la mirada.

El inspector Clarke continuó. «Hicimos un registro minucioso de la casa del señor Pedley y dimos con un nuevo testamento. Se había redactado el día anterior a su muerte. Es un testamento oficial, lo he confirmado con el abogado implicado».

Todos parecían contener la respiración mientras esperaban a que continuara.

Dijo: «El señor Pedley te lo ha dejado todo a ti, señorita Zafiro».

Nina se llevó las manos al pecho y se le fue el color de la cara. «¡No! ¡No puede ser! ¿Por qué iba a hacerlo?

«Por lo visto, le dijo al abogado que iba a casarse contigo lo antes posible y que quería que todos los aspectos legales estuvieran resueltos antes de que os casarais. Señora Zafiro, ¿sabía lo del segundo testamento?».

Las lágrimas corrieron por el rostro de Nina. Le tembló la mano al coger un pañuelo de Julia. «No, no lo sabía. No puedo creer que hiciera algo así. No quiero su propiedad. No quiero sus tierras. Todo debería ir a Mildred, eso es lo que quería la primera esposa de Douglas».

Julia dijo: «Pero las cosas cambiaron para Douglas, tú llegaste a su vida. Sé que te consideraba más importante que los gatos».

Nina sacudió la cabeza con vehemencia. «¡No! ¡No lo aceptaré! No me quedaré con sus bienes. ¿Se puede anular el testamento? ¿Puedo hablar con el abogado?»

El inspector frunció el ceño. «Creo que primero tendrías que aceptar la propiedad del señor Pedley y luego donarla. Aunque llevará un tiempo».

Julia estudió al inspector. «Hay algo que no nos estás contando. Vamos, podemos

llevárnoslo».

La expresión de la inspectora Clarke se suavizó. «Siento decírtelo, pero si te ocurre algo, la propiedad revertirá al beneficiario original».

Doris desplegó los brazos y señaló a la DI Clarke. «¡Así que lo que intentas decir es que la vida de Nina corre peligro! La loca de Mildred se pondrá furiosa por el nuevo testamento e intentará asesinar a Nina, igual que asesinó a Douglas».

La inspectora Clarke parecía incómoda. «No estoy diciendo eso en absoluto. Aún estamos haciendo nuestras propias pesquisas, todavía no estamos preparados para detener a nadie. Quería que la Sra. Sapphire fuera consciente de la situación».

Nina habló: «Está bien, inspector, sé lo que quiere decir. No te preocupes, Doris, lo solucionaré. Hablaré con Mildred y le diré que voy a darle el dinero».

Doris chilló: «¡Pero si no se lo merece! Vieja vaca miserable. Hiciste feliz a Douglas. Quería que tuvieras su propiedad».

«No puedo aceptarlo», dijo Nina. «Simplemente no puedo aceptarla. ¿Qué haría yo con toda esa tierra? No podría vivir en su casa. No, tengo que hacer lo correcto».

Doris apretó tanto los labios que le desapareció la boca. Salió furiosa de la habitación.

El inspector Clarke levantó un dedo e hizo una seña a Julia. Ella le siguió. El abogado tiene una cita con Mildred Hepplethwaite esta tarde para informarle del nuevo testamento. Por lo que me has contado de su carácter, se pondrá furiosa. Voy a enviar policías de paisano a las calles cercanas a esta casa».

«¿Crees que Mildred podría intentar hacer daño a Nina? ¿Crees que Mildred mató a Douglas?».

El inspector suspiró. «La verdad es que no lo sé, pero eso parece».

Capítulo 22

Julia y Caín esperaron a que el inspector se marchara, se despidieron de las dos mujeres y se dirigieron a su siguiente trabajo de limpieza.

Julia dijo: «Ojalá pudiera quedarme y vigilar a Nina. No quiero que hable con Mildred sobre el testamento».

«Tiene a Doris para vigilarla. Y a esos policías de paisano. Estará bien».

«Supongo que tienes razón», dijo Julia, con el corazón oprimido.

Pero Caín no tenía razón. Unas horas después, Julia cerró la puerta del apartamento de un cliente y dijo: «Ya está, hemos terminado por hoy». Sonó su teléfono, era Doris.

Estaba histérica. «¡Se ha ido! ¡Nina se ha ido! He salido a comprar y cuando he vuelto ya se había ido».

«Cálmate, Doris, intenta respirar. ¿Hablaste con los policías que estaban fuera de tu casa?».

Hubo una pausa mientras Doris respiraba hondo. «¡Esos hombres son tan útiles como teteras de chocolate! Dijeron que no habían visto nada. ¿Adónde crees que ha ido?».

«Supongo que ha ido a ver a Mildred, para hablar del testamento».

Doris maldijo. «¡Le dije que no hiciera eso! Le dije que Mildred era una asesina. ¿Crees que ha ido a la tienda de caridad?».

«Eso espero. Al menos hay seguridad en los números. Habrá clientes en la tienda».

Doris volvió a maldecir. Julia parpadeó pero no amonestó a Doris, no se atrevía. Doris dijo: «La tienda cierra hoy temprano para hacer inventario. Si Nina ha ido allí estará sola con Mildred».

Julia tomó una decisión rápida. «No estoy lejos de ti, te recogeré e iremos directamente allí».

Julia le pasó el teléfono a Caín y le dijo: «Llama al DI Clarke y cuéntale lo que está pasando. ¿Has oído todo lo que me ha dicho Doris?».

Cain hizo una mueca de dolor. «Desde luego. Conoce algunas palabras pintorescas, ¿verdad?».

Julia corrió hacia su coche con Caín pisándole los talones. Cain hizo la llamada mientras se dirigían a casa de Doris. Doris los esperaba en el bordillo, con una expresión de sombría determinación en el rostro. Cain saltó del asiento del copiloto y le abrió la puerta a Doris. Dijo: «Yo me sentaré atrás».

Doris asintió y subió al coche. Miró a Julia y le dijo: «Acelera. Si esa vaca miserable ha hecho daño a mi amiga voy a retorcerle el pescuezo».

Julia condujo tan rápido como pudo. Se dio cuenta de que la seguían dos coches y supuso que los conducían los policías de paisano. Frunció el ceño. Eran muy rápidos en seguirla, ojalá hubieran mostrado la misma iniciativa cuando vigilaban a Nina. ¿Cómo se les había escapado Nina? Era una mujer de aspecto llamativo.

Doris se frotó la barriga y dijo: «Tengo la extraña sensación de que ha ocurrido algo terrible, lo noto en la barriga. ¿Puedes conducir más deprisa?».

Julia pisó a fondo el acelerador. Unos minutos más tarde se detuvo en la carretera que llevaba a la tienda de beneficencia. No pudo avanzar más porque la carretera estaba bloqueada por dos coches de policía y una ambulancia.

«¡No! gritó Doris. Abrió la puerta y se dirigió a la carretera tan rápido como le permitían sus viejas piernas. Julia y Caín estuvieron a su lado en un segundo. Doris agitó los brazos y gritó: «¡Nina! ¡Es Nina! Está muerta!»

Julia pasó el brazo por el de Doris y le dijo: «Más despacio, te vas a hacer daño».

Doris la empujó hacia un lado. «¡Déjame cogerla! Déjame ponerle las manos encima a esa escoria asesina».

El inspector Clarke salió de la tienda. Palideció al ver al trío que se acercaba. Levantó las manos y gritó: «¡Alto ahí! Nadie va a entrar».

Doris se abalanzó sobre él, golpeándole el pecho con los puños. «¡Déjame entrar! ¿Dónde está Nina? ¿Dónde está esa Mildred?

El inspector Clarke agarró las manos agitadas de Doris y le dijo con calma: «Tienes que calmarte. La señorita Sapphire ha resultado herida, pero está bien. Los paramédicos la están colocando en una camilla. Está en estado de shock, pero se encuentra bien».

Julia dijo: «¿Qué ha pasado?».

«Aún no tenemos toda la historia, pero parece que la señorita Sapphire vino a ver a la señorita Hepplethwaite. Supongo que quería hablar del testamento. Recibimos una llamada de emergencia de la señorita Sapphire hace unos minutos, llamaba desde esta tienda. Ya estaba de camino tras la llamada del Sr. Andrews. La Sra. Sapphire llamaba desde el fondo de las escaleras del sótano, tuvo suerte de recibir señal allí abajo».

Julia frunció el ceño. «¿Por qué estaba al pie de la escalera?».

«Dice que la señora Hepplethwaite la empujó». Miró a Doris y dijo: «¿Puedo soltarte ya? ¿Puedes mantener los brazos quietos?»

«No estoy segura», murmuró Doris entre dientes apretados. «¿Dónde está Mildred ahora?»

Como si nada, sacaron a Mildred de la tienda de beneficencia, con un policía a su lado. Llevaba esposas. Agachó la cabeza mientras pasaba por delante de todos y se dirigía a un coche de policía que la esperaba.

El inspector Clarke sujetó los brazos de Doris mientras intentaba liberarse. Giró la cabeza cuando Doris soltó una retahíla de improperios.

Tiró de Doris hacia un lado mientras un paramédico salía de la tienda. Sujetaba la parte delantera de una camilla. Observaron en silencio cómo llevaban a Nina hacia la ambulancia. Llevaba una mascarilla y tenía los ojos cerrados.

Doris dijo: «¡Creía que habías dicho que estaba bien! No parece estar bien».

«Se desmayó cuando llegaron los paramédicos, probablemente por el shock. Por favor, no te preocupes. Se pondrá bien. Se ocuparán de ella».

Doris se derrumbó en los brazos del inspector y empezó a llorar. Afortunadamente, él no la apartó. Julia se sorprendió al verle rodear a Doris con un brazo y darle unas palmaditas en la espalda. Al fin y al cabo era humano.

«¿Podemos acompañar a Nina al hospital? preguntó Julia.

El inspector negó con la cabeza. «Déjala un rato. Te llamaré cuando puedas visitarla. Yo también tengo que hablar con la señorita Sapphire».

Doris le miró y dijo: «No la acoses, ya le has hecho bastante daño. Se suponía que la estabas protegiendo».

Un destello de culpabilidad cruzó el rostro del inspector. «Lo sé. ¿Quieres que te lleve a casa en mi coche? Puedes sentarte delante».

Doris resopló. «¿Puedo poner la sirena?».

«No. Pero puedes poner la radio».

Doris miró a Julia y dijo: «Voy en su coche. El tuyo es demasiado pequeño y huele raro. No te ofendas».

«No me ofendo», dijo Julia. Observaron a DI Clarke caminar hacia su coche, Doris tenía la mano en su codo. Julia sintió una punzada de compasión por el inspector.

«¿Qué hacemos ahora? preguntó Caín.

Julia miró hacia la tienda de beneficencia mientras entraban varios policías. «No podemos hacer otra cosa que esperar. Tenemos que hablar con Nina, averiguar qué ha pasado realmente».

Cain suspiró. «Me alegro de que parezca estar bien, creía que iba a morir. Puedo coger el autobús a casa, la parada está por allí».

«Tonterías. Voy a casa de mamá a tomar el té. Eres más que bienvenida. Siempre hace demasiado».

A Caín se le iluminó la cara. «¿Estará tu padre?»

«Sí».

«Entonces cuenta conmigo». Sonrió y añadió: «Gracias».

Capítulo 23

Caín acababa de terminar su tercera ración de postre cuando Julia recibió una llamada de la inspectora Clarke. Terminó la llamada y le dijo a Caín: «Ya podemos ir a ver a Nina. Ha preguntado por nosotros».

Papá dijo: «Es un poco tarde, ¿no?».

«Sólo son las ocho. Probablemente no podremos quedarnos mucho tiempo. Caín, ¿quieres venir conmigo?».

«Sí, claro». Se levantó y dio las gracias a la madre y al padre de Julia por el té.

La madre de Julia le sonrió. «De nada, Cain. Es agradable recibir un agradecimiento por todo el trabajo que he hecho».

Papá arrugó la nariz. «¿Esta comida no salía del congelador? ¿No estaba todo precocinado?».

«Así es. Pero ¿quién crees que la sacó del congelador y la metió en el horno?». preguntó mamá.

Julia decidió aprovechar ese momento para marcharse. Besó a sus padres y dio las gracias en voz muy alta a mamá. Mamá hizo como que la limpiaba con un paño de cocina. «Vete antes de que te obligue a lavarte».

Julia y Caín llegaron al hospital poco después. A Julia se le encogió el corazón al darse cuenta de que la última vez que había estado aquí Douglas había estado a su lado. Hizo a un lado el sentimiento de tristeza y esbozó una sonrisa. A Nina no le serviría de nada estar tan triste.

Se dirigieron a la misma sala que antes. Sólo había dos visitantes junto a la cama de Nina: el inspector Clarke y Doris. Julia se quedó sin aliento al acercarse. Nina parecía haberse encogido en la cama, su cara estaba casi tan blanca como la funda de la almohada. Incluso su pelo negro parecía más pálido.

Nina la vio y le tendió una mano temblorosa. Graznó: «Julia, Caín, gracias por venir a verme. Aquí estoy de nuevo». Forzó una sonrisa.

La inspectora Clarke se levantó y se llevó a Julia a un lado. «Vigílala, ¿quieres? Deberíamos haberla vigilado más de cerca. Nunca debería haber ido sola a esa tienda».

¿Era la imaginación de Julia o parecía culpable?

El inspector se volvió hacia Nina y dijo: «Ahora tengo que irme. Gracias por prestarme declaración».

«De nada. Espero no haber metido a Mildred en problemas. Estoy segura de que no lo decía en

serio».

Julia oyó a Doris reírse desde su posición sentada.

La inspectora levantó una mano en señal de despedida y sonrió a Nina.

Julia ocupó el asiento que había dejado libre el inspector Clarke. La mano de Nina seguía tendida. Julia la cogió y se sorprendió al comprobar que estaba muy fría. Caín se sentó al otro lado de la cama.

Con voz sorprendentemente suave, Doris dijo: «Nina, ¿quieres que le cuente a Julia lo que ha pasado? Parece que estés a las puertas de la muerte. No te ofendas».

Nina hizo un pequeño gesto con la cabeza.

Doris se volvió hacia Julia y le dijo: «A pesar de que intenté convencerla de lo contrario, Nina decidió hacerle una visita a Mildred. Consiguió burlar a esos patéticos policías de fuera disfrazándose. Llevaba algunas de mis ropas, incluido un pañuelo en la cabeza. ¿Es que esos policías no se dieron cuenta de que yo, mi verdadero yo, acababa de salir de compras? Deberían haber sospechado al verme, quiero decir a Nina, otra vez tan pronto».

Caín se inclinó hacia delante y dijo: «Quizá pensaban que todas las mujeres mayores tienen el mismo aspecto». Dudó y añadió: «Sin ánimo de ofender».

«No me ofendo, muchacho. Bueno, Nina entró en la tienda de beneficencia justo cuando Mildred se disponía a cerrarla. Te estoy contando la versión de Nina, tenlo en cuenta. Nina dijo que Mildred no se alegró de verla e intentó cerrarle la puerta en las narices. Nina gritó que quería hablar del testamento. Mildred echó la puerta atrás y le echó la bronca a Nina». Doris negó con la cabeza. «¡Me gustaría darle a esa Mildred un rapapolvo! Mildred insultó a Nina varias veces, Nina no me dirá exactamente lo que le dijo, es demasiado señora. Mildred se calmó cuando Nina dijo que quería ceder a Mildred la propiedad de Douglas. Se calmó aún más cuando Nina dijo que estaba segura de que era lo que Douglas habría querido».

Nina dijo en voz baja: «Me di cuenta de lo mucho que le quería Mildred».

«Era un tipo de amor extraño», dijo Doris. «Por lo visto, entonces Mildred empezó a mostrarse muy amistosa con Nina. Dijo que estaba muy ocupada en la tienda y que le encantaría echarle una mano si Nina podía dedicarle tiempo.»

«No me gusta adónde va esto», dijo Julia.

«No. Cualquier otra persona le habría dicho adónde ir, pero Nina no. Preguntó cómo podía ayudar. Mildred dijo que había existencias en el sótano y que si Nina podía ir a buscarlas».

Cain soltó un grito ahogado. «¡Qué astuta!»

Doris continuó: «Nina recuerda que abrió la puerta del sótano y buscó la luz. Sintió que alguien la empujaba y bajó. Hasta el fondo del sótano. La puerta se cerró tras ella, dejándola en la oscuridad. Nina tuvo las fuerzas justas para llamar a la policía».

Nina añadió: «No recuerdo nada después de aquello. Hasta que volví a despertarme aquí». Un sollozo se le atascó en la garganta. «Cuando me desperté por primera vez pensé que estaba aquí después de mi primera caída y pensé que... Douglas venía a verme».

Julia sintió que le escocían los ojos. Se acercó a Nina y abrazó a la frágil mujer. Nina resopló y dijo: «Soy un incordio. Tengo la costumbre de caerme por las escaleras».

Julia la soltó. «Eso no es culpa tuya».

Nina negó con la cabeza. «Seguro que Mildred no lo decía en serio, debía de estar un poco enfadada».

«¡Sí lo decía en serio!» espetó Doris. «Quería matarte, como mató a Douglas. Tienes suerte de no haberte roto nada».

«¿Dónde está Mildred ahora?» preguntó Nina.

«La han detenido», dijo Julia.

«¿Por empujarme por las escaleras?».

Julia esperó un momento y luego dijo: «Sí, por eso. Pero creo que también la han detenido por matar a Douglas».

Nina retiró la mano. Su barbilla se tambaleó. «Creo que ahora me gustaría estar sola. Gracias por venir a verme».

Doris asintió bruscamente a Julia y dijo: «Vamos, necesita descansar. Adiós, Nina, amor. Volveremos a verte mañana».

Nina no respondió. Cerró los ojos.

Julia y Cain también se despidieron y salieron del hospital con Doris. Doris dijo: «Pobre mujer. ¿Qué ha hecho para merecer esto? Empezaba a sentirse más fuerte tras la muerte de Douglas, pero ahora... No estoy segura de que vaya a superar esto».

«¿Hay algo que podamos hacer?»

Doris asintió. «Habla con tu amigo el inspector, averigua si Mildred ha sido acusada de asesinato. Si es así, al menos Nina podrá olvidarlo. Nina necesita compañía. Me pondré en contacto con todos y me aseguraré de que la visiten». Doris suspiró y Julia se dio cuenta de lo cansada que parecía.

Julia dijo: «¿Quieres que te lleve a casa en mi coche pequeño y maloliente?».

«Pensé que nunca me lo pedirías».

Cuando Julia dejó a Doris y a Cain en sus respectivas casas, se dirigió a la suya. Se sorprendió al ver que la DI Clarke la esperaba en la puerta. Le sorprendió aún más lo que le dijo.

«¿Mildred Hepplethwaite quiere que la visite?». preguntó Julia. «¿Por qué?

El inspector Clarke se encogió de hombros. «Eso debes averiguarlo tú. Quizá quiera hacer una confesión completa. Niega haber tenido nada que ver con la muerte de Douglas o con la caída de la Srta. Sapphire por las escaleras». Tosió y continuó. «Para serte sincero, me harías un favor. No hablará conmigo hasta que haya hablado contigo. ¿Puedes pasar mañana por la comisaría?»

«Por supuesto», contestó Julia.

El inspector se alejó sin decir una palabra más. Julia gritó tras él: «¡De nada!». Sus ojos se entrecerraron al verle alejarse. ¿Tenía una sonrisa en la cara?

Julia entró en su casa.

¿Qué demonios quería decirle Mildred?

Capítulo 24

A la mañana siguiente, Julia tuvo que enfrentarse a un dilema. Tenía muchas ganas de ver a Mildred, pero también tenía trabajo de limpieza que hacer.

Mientras expresaba sus pensamientos en el coche a Caín, a él se le ocurrió una solución. «¿Por qué no me dejas en los apartamentos del lado del canal y puedo trabajar por mi cuenta? Sé lo que hay que hacer en cada apartamento».

Julia dijo: «No lo sé».

Vio que Caín se ponía rígido por el rabillo del ojo. Dijo: «No confías en mí, ¿verdad?».

«¡Claro que confío en ti! Y estoy más que contenta de dejarte allí. Mis clientes conocen tu trayectoria y están encantados con tu trabajo. Todos han comentado lo limpias que están sus ventanas desde que empezaste a trabajar conmigo. Lo cual es un poco insultante para mí, la verdad».

«Entonces, ¿cuál es el problema?»

«No es justo para ti. No deberías tener que hacer todo ese trabajo tú sola».

«Antes lo hacías tú sola. ¿Y no decías que tu plan era que algún día tuviera mis propios clientes?»

«Odio que recuerdes todo lo que digo. Vale, si estás segura. Te dejaré y luego podré ir a la comisaría. Tendré el teléfono encendido en todo momento, llámame si hay algún problema».

Caín asintió. «Me gusta cuando regañas. Suenas como mi madre. Bueno, como la madre que me gustaría tener».

Julia le dedicó una rápida sonrisa y dijo: «Yo no regaño».

Condujo hasta los apartamentos situados junto al canal, le dio a Caín las llaves y el equipo de limpieza, y luego se dirigió a la comisaría.

El inspector Clarke la esperaba de nuevo en la recepción. Julia ni siquiera le preguntó cómo sabía que estaba de camino. Dijo: «¿Puedo ver a Mildred ahora? ¿Está encerrada?»

«Lo está, pero voy a llevarte a una de las salas de interrogatorios, Mildred se reunirá contigo allí. Yo estaré detrás del espejo unidireccional».

Julia dijo: «¿La esposarán?».

«¿Tienes miedo de que te ataque?»

«Sí. Es una mujer grande».

La inspectora Clarke asintió. «Lo es. Habrá un agente en la habitación contigo. Por aquí».

Llevaron a Julia a una habitación. Miró hacia el gran espejo que había al lado. Sintió punzadas en el cuero cabelludo. Aún no sabía si el inspector estaba allí, pero se sentía observada. Julia se sentó en una silla de metal duro y esperó. Un minuto después, una mujer policía condujo a Mildred a la sala. La policía indicó a Mildred que se sentara, y luego la policía se colocó detrás de Mildred, con las manos entrelazadas en la frente.

Julia vio que Mildred parecía cansada. Supuso que era difícil dormir cuando se tenía remordimientos de conciencia. Mildred no decía nada, sólo miraba fijamente a Julia.

Julia rompió el silencio diciendo: «DI Clarke dijo que querías hablar conmigo. Por cierto, Nina está bien».

Mildred hizo un ruido que sonó como un gruñido. Dijo: «Me importa un bledo. Ojalá se hubiera roto el cuello. Es una estúpida, con su estúpido nombre y sus extravagantes maneras».

Julia hizo ademán de levantarse. «No he venido aquí a escuchar insultos sobre mi amiga».

Mildred suspiró y dijo: «No puedo evitarlo. Hay algo en esa mujer que me irrita». Mildred miró hacia el espejo. «Me gustaría declarar que yo no maté a Douglas Pedley. Le quería, nunca le haría daño». Se volvió hacia Julia. «Quería pedirte un favor. Puedes negarte si quieres».

«Adelante», dijo Julia.

«Es Cat. Está en mi casa. No puede salir, aún no he puesto una gatera. Tendrá hambre. ¿Puedes ir a verla? ¿Quizá llevarla a tu casa?»

«No estoy segura».

«La gata era de Douglas, no mía. Lo harías por él», señaló Mildred.

Era difícil discutir ese razonamiento, así que Julia dijo: «Vale, cuidaré de ella. ¿Cómo entraré en tu casa? ¿Has dejado una llave de repuesto a alguno de tus vecinos?».

«No. No me llevo bien con mis vecinos. Me quitaron las llaves en la recepción cuando me trajeron ayer. ¿Crees que la policía te las dejará?».

Julia miró a la policía, que se encogió ligeramente de hombros.

Julia dijo: «Preguntaré al inspector Clarke. ¿Algo más?»

Mildred se levantó y dijo: «No. Lo he dicho una vez y lo volveré a decir: yo no maté a Douglas».

Se dirigió hacia la puerta, la mujer policía la cogió del brazo, abrió la puerta y se llevó a Mildred.

Julia se levantó. ¿Qué le pasaba a la gente con los buenos modales? ¿Se había olvidado todo el mundo de dar las gracias? Atravesó la misma puerta y casi chocó con el inspector Clarke. Le tendió un juego de llaves. Dijo: «No ha sido una conversación productiva, ¿verdad?

Julia cogió las llaves. «No ha sido culpa mía. ¿Quieres venir conmigo a casa de Mildred o confías en que vaya sola?».

El inspector Clarke empezó a caminar por el pasillo. Dijo: «Ya hemos estado en casa de la señora Hepplethwaite, buscando cualquier cosa que pudiera ayudarnos en nuestras pesquisas. He adjuntado una nota con la dirección a estas llaves».

Julia lanzó un suspiro exasperado mientras le seguía. «¿Nadie se fijó en Cat? ¿A nadie se le ocurrió llevarla a un refugio para gatos o algo así?».

Llegaron a la recepción. El inspector dejó de caminar y se volvió hacia Julia.

«No hace falta que uses ese tono conmigo, señorita Blake. No fui a casa de la señora Hepplethwaite, no sé si alguien vio a la gata. Quiero que me devuelvas las llaves cuando hayas terminado». Giró sobre sus talones y se alejó a grandes zancadas. Volvió a gritar: «¡Y tú puedes dejar de molestarme con acusaciones sobre Construcciones Adams!».

Julia sacudió la cabeza y murmuró para sí: «¿Y qué se supone que voy a hacer con Cat?».

Capítulo 25

Julia condujo hasta la casa de Mildred. Era una casa adosada y parecía en buen estado. Julia no estaba segura de lo que se iba a encontrar cuando abriera la puerta principal. Se dijo a sí misma que no fuera tonta, que la policía había estado allí ayer y no habían encontrado ningún cadáver escondido, ni nada parecido. Julia dudó antes de empujar la puerta. Mildred podía haber escondido cadáveres en su sótano o bajo las tablas del suelo. De todos modos, Julia entró en la casa.

«¡Gato!», gritó. No quería pasar en la casa ni un minuto más de lo necesario. Era una casa oscura, tanto en color como en sensación. Julia se estremeció. ¿Habría planeado Mildred la muerte de Douglas mientras estaba sentada en aquel sofá? «¡Gato!», llamó con más urgencia. Casi se sobresalta cuando alguien llamó a la puerta principal.

Un hombre gritó: «¡Sé que estás ahí! No me iré hasta que abras la puerta».

Julia reconoció la voz. Abrió la puerta de golpe y se encontró con el rostro furioso de Kirk Adams. «¿Qué quieres?», le dijo.

Él retrocedió un paso, sorprendido, pero pronto recobró la compostura. «¿Quién demonios eres tú? ¿Dónde está esa tal Mildred? Quiero hablar con ella». Intentó mirar por encima del hombro de Julia.

Julia se cruzó de brazos y dijo: «Mildred no está aquí. Estoy recogiendo a su mascota».

«No te creo. Apártate, seguro que está escondida dentro. ¡Muévete!»

«No. Deja de gritar, Kirk Adams, no estoy sorda».

La confusión cruzó su rostro. «¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién demonios eres? Dímelo!»

Julia levantó una mano y dijo con calma: «No te diré nada hasta que te calmes. Mildred no está aquí, está en comisaría. La han detenido por asesinato».

La ira desapareció del rostro de Kirk. Se frotó la barbilla. «¡Caramba! No la habría creído capaz de eso. Eso sí, es una chica grande».

«¿De qué quieres hablar con Mildred? ¿Quizá pueda llevarle un mensaje?»

«¿No podemos hablar dentro?»

«No. Di lo que tengas que decir o vete», dijo Julia, esperando sonar más segura de lo que se sentía. De ninguna manera iba a entrar en una casa vacía con un matón como Kirk Adams.

Kirk miró a izquierda y derecha. Dijo: «Mildred y yo teníamos un trato».

«Ella iba a venderte el terreno que pertenecía a Douglas. Sí, lo sé».

Los ojos de Kirk se entrecerraron. «¿Cómo sabes eso? De todos modos, he descubierto que ni siquiera es la propietaria del terreno. Me ha mentido. He perdido dinero haciendo planes para ese terreno. Me lo debe».

Julia negó con la cabeza. «Se suponía que iba a heredar las tierras de Douglas. Hace poco se enteró de que era para Nina».

«¿Nina? ¿Qué Nina?

Julia se dio cuenta de que había dicho algo equivocado. «No importa quién sea. No es culpa de Mildred que hayas perdido dinero».

Kirk dio un paso adelante y levantó el puño. Julia tragó saliva. Kirk siseó: «Me dirás quién es esa tal Nina. Esa tierra me pertenece y voy a recuperarla, pase lo que pase».

De repente le tiraron hacia atrás. Cayó al suelo y levantó la vista, asombrado. Una mujer morena con traje de negocios le miraba. Le dijo alegremente: «Creo que ya es hora de que te vayas. ¿O prefieres que practique contigo más movimientos de artes marciales?». Flexionó los dedos. «Estoy un poco oxidada. Me vendría bien ejercitarme. ¿Qué te parece?

Kirk Adams se puso en pie y levantó los puños. La mujer saltó hacia delante y le apuntó con una mano al estómago. Kirk se desplomó con un aullido de dolor. La mujer dijo: «¿Quieres más?».

Kirk se levantó tembloroso y se dirigió a Julia. «Esto no ha terminado», gruñó. «¡Encontraré a Nina y haré que me venda esas tierras!». Se marchó furioso, agarrándose el estómago.

Julia miró a la mujer. Tenía el pelo corto y la tez clara. Podía tener unos treinta o cuarenta años, era difícil saberlo. Unos ojos castaños le devolvieron el brillo. Julia dijo: «¿Eres mi ángel de la guarda? Gracias por salvarme de Kirk».

La mujer se rió y se acercó, con la mano extendida. «Nadie me había llamado nunca ángel. Soy Helena Blossom. Y tú eres Julia Blake. Encantada de conocerte».

Julia cogió la mano de Helena y la estrechó. «En primer lugar, qué nombre tan bonito. Y, en segundo lugar, ¿cómo conoces el mío?».

Helena dijo: «Soy investigadora privada. Me dedico a conocer los asuntos de los demás».

«¿Quién te ha contratado?»

Helena señaló la casa con la cabeza. «Fue Mildred Hepplethwaite. Estaré encantada de contarte por qué. Tengo entendido que has estado haciendo tus propias investigaciones sobre la muerte de Douglas Pedley».

Julia asintió. «¿Te gustaría entrar? He hablado con Mildred esta mañana, la han detenido. ¿Lo sabías?»

«No lo sabía». Helena entró en la casa tras Julia.

Julia se dirigió al sofá y se sentó con cautela. Parecía que le vendría bien una limpieza. Dijo: «Mildred me pidió que recogiera a su mascota, Cat. Era de Douglas, pero Mildred la ha acogido».

«Yo tampoco lo sabía». Helena hizo una mueca mientras se unía a Julia en el sofá. «Este lugar necesita un buen fregado. Seguro que estás deseando darle un repaso».

«La verdad es que no. Quiero encontrar a Cat y salir de aquí lo antes posible. Hay una sensación opresiva en esta casa».

«Sé lo que quieres decir. Conocí a Mildred aquí en nuestro primer encuentro, pero luego insistí en reunirnos en cafés. Seré breve, así podremos salir los dos de aquí. Mildred me contrató para seguir a Nina Sapphire. Dijo que no confiaba en ella y que sospechaba que engañaba a Douglas. Me di cuenta de lo que pasaba en realidad. Mildred estaba celosa y quería romper la pareja. Me contrató hace unas semanas. Hoy he venido porque no contestaba al teléfono. Aunque Douglas

había muerto, quería que siguiera investigando a Nina».

«¿Has encontrado algo?»

Helena negó con la cabeza. «Nada. No se ha escapado para ver a otros hombres. No ha telefoneado ni enviado mensajes a nadie. He pinchado su teléfono. Todo forma parte del servicio».

Julia asintió como si eso fuera aceptable. «Ya veo».

«Descubrí a un hombre que seguía a Douglas. Tiene unos cincuenta años, quizá sesenta. Cuando he estado observando a Douglas y a Nina juntos, me he dado cuenta de que el mismo hombre también los vigilaba. También vi a Mildred siguiendo a la pareja. Tuve que decirle que dejara de hacerlo».

«¿El hombre te vio observándole?»

«No, tengo una gran variedad de disfraces, nadie me descubre nunca. Me preguntaba si el hombre sería un ex novio de Nina. Quizá estuviera celoso. Iba a preguntarle a Mildred si quería que le siguiera, para ver qué tramaba».

Julia se quedó pensativa un momento. «Nina me contó que, cuando salía con Douglas, a veces él dejaba de hablar y miraba por encima del hombro. Pensaba que le estaban observando. Me pregunto si era este hombre».

«Es posible. El hombre no se escondía, era como si quisiera que Douglas le viera».

«¿Crees que podría tener algo que ver con la muerte de Douglas?»

«De nuevo, es posible. De eso quería hablar con Mildred».

«¿Crees que Mildred es capaz de asesinar?»

«¡Claro que sí! ¿Has visto su tamaño? Y el carácter de esa mujer!»

Julia sonrió. «No esperaba esa respuesta. ¿Qué harás ahora?»

«Iré a la comisaría y hablaré con ella. Si me recibe».

Julia dijo: «Sé que Mildred quería a Douglas, dijo que no lo había matado. Si es inocente, odiaría que la condenaran por un crimen que no cometió. ¿Podrías averiguar quién es ese hombre? ¿Por mí? Te pagaré, por supuesto».

Helena se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta. Se la pasó a Julia y le dijo: «No hace falta que pagues, de todas formas iba a averiguar quién es, para satisfacer mi propia curiosidad. Estaré en contacto. Llámame si necesitas algo».

Julia se levantó. «Ha sido un placer conocerte».

«Igualmente, Julia. Será mejor que vuelvas con Caín, se estará preguntando dónde estás. Adiós».

Helena salió de la casa. Julia miró la tarjeta. ¿Quién era aquel hombre? ¿Y por qué seguía a Douglas?

Capítulo 26

Al final, Julia encontró a Cat, que estaba escondida debajo de la cama de Mildred. La gata le silbó durante un rato hasta que Julia la sacó con una lata abierta de comida para gatos que había encontrado en la cocina. Una vez hubo comido, Julia la recogió y la puso en el asiento trasero del coche. Dio un pequeño rodeo hasta la casa de papá.

«¡Hola!» gritó papá al abrir la puerta. «¿Para mí? Qué amable», dijo mientras Julia le ponía a Cat en los brazos.

«¿Puedes cuidar de ella un rato, por favor? Volveré a por ella más tarde. Gracias. Te quiero».

Julia se alejó por el sendero y se metió en el coche sin mirar atrás. Cuando entró en el aparcamiento de los apartamentos junto al canal, encontró a Caín sentado en un muro bajo frente al bloque de apartamentos más cercano. Estaba mirando el teléfono.

Julia se acercó a él y le dijo: «Hola, siento haberte dejado tanto tiempo. ¿A quién envías mensajes?

«No mandando mensajes, jugando al Furious Fish. ¿Has jugado alguna vez? Es increíble».

Julia le miró. «Puedes jugar a eso en el coche. Tengo muchas cosas que contarte».

«Vale», dijo él. Se levantó y echó a andar sin dejar de mirar el móvil. Julia negó con la cabeza. Si lo intentaba, lo más probable era que se cayera por una alcantarilla abierta. Cuando enviaba un mensaje tenía que quedarse quieta para asegurarse de que pulsaba los botones correctos. ¿Por qué tenían que ser tan pequeños los botones de los teléfonos?

Caín se sentó en el asiento del copiloto, con la atención aún puesta en el juego. Julia abrió el maletero y metió dentro la bolsa de la limpieza. Cerró el maletero y gritó.

«¡Oh! No quería asustarte. ¿Estás bien?»

Julia asintió a la joven que tenía delante e hizo un gesto con la mano: «Estaré bien en un segundo».

La mujer dijo: «Soy Erin Matthews. No me conoces, pero te he estado siguiendo toda la mañana».

«¿También eres investigadora privada?».

La mujer parecía confusa. «No, trabajo en un banco. Lo siento, suena siniestro decir que te he estado siguiendo. No tenía elección. La policía no me escucha y...».

Erin rompió a llorar. Julia abrió inmediatamente la puerta trasera del coche e indicó a Erin que se sentara. Julia dio la vuelta al otro lado y se sentó junto a Erin. Julia dijo: «¿Por qué no

empiezas por el principio?».

Erin resopló y dijo: «Gracias».

«¿Por qué?»

«Por escucharme. A la policía no le interesa en absoluto, deben de pensar que soy una loca». Tomó aire. «Mi abuelo murió hace poco. El médico dijo que había sido un infarto, pero sé que ésa no es la verdadera causa. Le habían acosado durante semanas antes de morir. Le habían seguido y amenazado. Todo ese estrés le debilitó el corazón».

Julia tuvo la sensación de que sabía adónde se dirigía aquello. Caín se había girado en su asiento y escuchaba a Erin.

Julia dijo: «¿Tiene esto algo que ver con Construcciones Adams?».

«¡Sí! Sí, tiene algo que ver. ¿Tú también has tenido tratos con ellos?

«Un amigo mío sí. Cuéntame más cosas de tu abuelo».

«Vivía al otro lado de la ciudad. Tenía una casa preciosa con un jardín enorme. Se quejaba de todas las casas nuevas que se levantaban a su lado. Decía que los constructores se habían puesto en contacto con él para venderla, pero que él las había rechazado.

«Entonces debió de ocurrir algo, porque noté un cambio en el abuelo. Se volvió más retraído y no salía. En las pocas ocasiones en que salíamos, siempre miraba por encima del hombro. ¡Y la de veces que tuvo accidentes con las ventanas! Me dijo que las ventanas eran viejas y frágiles, y que un portazo las rompería. Yo sabía que mentía, pero no conseguía que me dijera cuál era el verdadero problema. Envejecía rápidamente ante mis ojos, y yo no podía hacer nada al respecto».

Las lágrimas volvieron a correr por su rostro. Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la nariz. «Entonces murió. De un ataque al corazón. Puede que sea cierto, pero algo había ocurrido para que su corazón se debilitara».

«¿Qué te hace pensar que tiene algo que ver con Construcciones Adams?» preguntó Julia.

«Eran los constructores de las casas nuevas que rodeaban la casa del abuelo. Uno de ellos se acercó a mamá en el entierro para hablarle de la casa del abuelo, precisamente en su entierro. Le preguntó si podía comprar la casa del abuelo. Mamá no quería la molestia de ponerla a la venta, así que dijo que sí. Ahora se arrepiente, van a derribar la preciosa casa del abuelo. Cuando volvía al coche funerario, oí al constructor hablando por teléfono. Era un hombre joven, de complexión grande. No me gustaba cómo sonreía, era como la sonrisa de un tiburón. Dijo por teléfono que el plan había funcionado, que el viejo se había ido y que ya podían quedarse con el terreno».

Caín dijo: «Ése es de quien debía estar hablando Kirk Adams cuando le vimos en el pub». Le explicó a Erin lo de Kirk Adams y la noche en el pub.

Erin asintió. «Parecía un tipo desagradable. Sé que tiene algo que ver con la muerte del abuelo, sólo que no sé qué. Me encontré con otra muerte sospechosa de un anciano, creo que se llamaba Douglas. El informe daba su dirección. Fui hasta allí. En cuanto vi que su casa estaba rodeada de casas de Adams, supe que pasaba algo sospechoso. Deben de estar amenazando a la gente hasta que acceden a vender sus casas».

Julia dijo: «Trabajé para Douglas. Lo asesinó una mujer llamada Mildred Hepplethwaite. Está en la cárcel».

A Erin se le cayó la cara de vergüenza. «¿Estás segura de que ella lo mató? ¿Estás segura de que no tuvo nada que ver con Construcciones Adams?».

Julia miró a Cain y le dijo: «¿Tú qué crees?».

Caín dijo: «Creo que tenemos que investigar más».

«Estoy de acuerdo». Julia se volvió hacia Erin y le dijo: «Dame tus datos, te daré mi número

de teléfono». Se detuvo, con las cejas levantadas. «Espera, ¿cómo sabías que tenías que seguirme?».

Erin parecía avergonzada. «Después de haber estado en casa de tu amiga, me dirigí a la comisaría local. Te oí hablar con aquel hombre de ojos azules brillantes. Te dijo que dejaras de molestarle con lo de Construcciones Adams. Sabía que tenía que hablar contigo».

«No tenía ni idea de que me estaban siguiendo. ¿Seguro que no eres investigador privado? Serías una buena».

Erin sonrió. «¿Crees que podrías ayudarme a averiguar qué trama Construcciones Adams, quizá a conseguir alguna prueba?».

«Desde luego que lo intentaremos», dijo Julia. «Y creo que sé por dónde empezar».

Capítulo 27

Mientras Julia se alejaba, le dijo a Caín: «Sabía que Kirk Adams no tramaba nada bueno. Tenemos que reunir pruebas suficientes para que la policía se tome en serio este asunto».

«¿Pero qué podemos hacer?»

«¿Recuerdas cuando fuimos a ver a Gloria, la ex vecina de Douglas? Nos habló de su otro vecino, Stan. Por lo que nos contó, parece que Stan también podría haber sido amenazado por Kirk Adams. Si pudiéramos hablar con él y averiguar toda la historia, tendríamos más pruebas contra Kirk».

«Gloria no sabe dónde vive. ¿Cómo vamos a localizarlo?». Caín miró por la ventana. «¿Qué hacemos aquí? ¿Vas a enfrentarte a Alexander Adams? ¿Decirle lo desagradable que es su hijo?».

Julia aparcó junto a la casa piloto que ella y papá habían visitado anteriormente. «Espero que no nos vean ni Kirk ni Alexander». Miró por las ventanillas delantera y laterales del coche. «No veo a nadie trabajando en las casas nuevas, deben de estar almorzando».

«¿Puedes decirme cuál es tu plan?» preguntó Caín. «No irás a colarte en el despacho del jefe de obra, ¿verdad?».

«Oh, no se me había ocurrido. No, voy a averiguar adónde se ha trasladado Stan, con suerte. Y tú vas a ayudarme». Julia le contó a Caín lo que pensaba hacer.

Entraron en la casa piloto y Delilah los recibió de inmediato. Les sonrió. «Hola, y bienvenidos al Windsor. Soy Dalila». Miró más de cerca a Julia. «Te he visto antes. Estabas con tu padre. Veo que has vuelto para echar un segundo vistazo, ¡no te culpo! ¿Es éste tu hijo?»

«Sí», dijo Caín antes de que Julia pudiera decir que era demasiado joven para ser su madre.

«Veo el parecido familiar», dijo Dalila con una sonrisa.

Julia y Caín intercambiaron una rápida mirada. No se parecían en nada. Julia pensó que Dalila debía de estar ansiosa por hacer una venta.

Julia sonrió y dijo: «Me impresionó tanto esta casa que tuve que traer a Caín conmigo».

Dalila juntó las manos. «¡Es una noticia maravillosa! No nos quedan muchas de estas casas, ¡se han estado vendiendo como bollos calientes!».

Julia asintió. «Entiendo perfectamente por qué. Por mucho que me guste esta casa, preferiría ver las que vais a construir en el terreno que hay detrás de ésta. ¿Tienes algún plano que puedas enseñarnos?».

La sonrisa de Dalila disminuyó ligeramente. «Ah, sí. Ha habido un pequeño contratiempo con nuestros planes. Todo son cuestiones legales, pero pronto se solucionará».

«Es una lástima. ¿Tienes planos reales de la urbanización? Me gustaría ver la distribución de las casas propuestas». Julia se acercó y dirigió a Dalila una mirada cómplice. «Hace poco que tengo dinero y pensaba comprar más de una casa. Me gustaría tener a mi familia cerca».

Julia casi podía ver los signos de la libra encenderse en los ojos de Delilah. Julia sintió una punzada de culpabilidad por haberla engañado, pero entonces recordó para quién trabajaba Dalila.

«La familia es muy importante», dijo Delilah. Se dirigió a la puerta principal, la abrió, miró fuera y luego la cerró. «Supongo que no pasará nada si miramos los planos, ¡pero no se lo digas a nadie! Entra en el despacho». Desbloqueó una puerta que había a su lado y los hizo pasar.

Caín sacó el teléfono y empezó a teclearlo.

Julia dijo: «Perdona a mi hijo, ya sabes cómo son los jóvenes con sus teléfonos».

«Lo sé», dijo Dalila asintiendo con la cabeza. Abrió un archivador y sacó unos papeles. Los colocó sobre un escritorio. «Éstas van a ser nuestras mejores casas. No te vas a creer las características que van a tener».

Julia miró los planos. «Caín, ven a verlos».

Caín soltó una carcajada y llegó a su lado, todavía con el teléfono. Miró hacia abajo y dijo: «Sí. A mí me parecen casas». Se retiró y volvió a centrar su atención en el teléfono.

Julia soltó una carcajada forzada y dijo: «Lo siento mucho. Le he educado mejor. No aprecia la belleza de vuestras casas».

Dalila asintió de forma comprensiva. «Lo comprendo perfectamente».

Julia continuó: «¡Ni siquiera quiere echar un vistazo a esta casa! No me hace ni caso. Eso sí, no soy una vendedora brillante como tú. Apuesto a que podrías convencerle de que esta casa es perfecta».

Dalila dio una palmada como una niña pequeña. «¿Te gustaría que le enseñara la casa?».

«¿De verdad? Sería muy amable por tu parte, gracias». Julia le quitó a Caín el teléfono de las manos y dijo: «Dalila se ha ofrecido amablemente a llevarte por esta casa».

Caín se encogió de hombros y murmuró: «¿Para qué? Es sólo una casa, no tiene nada de especial».

«¡Jovencito! Esto es el Windsor», dijo Dalila. «En esta casa hay cosas que nunca habías visto. Sígueme».

Julia se arriesgó y dijo: «¿Te importaría que echara un vistazo más de cerca a estos planos? Creo que a mi hermana también le interesarían».

Dalila le hizo un gesto con la mano. «¡Adelante!» Se dirigió a Caín: «¡Vamos primero a la cocina! Vas a alucinar».

Caín se metió las manos en los bolsillos y arrastró los pies detrás de ella. Al salir de la habitación miró a Julia y sonrió.

Julia se sintió fatal por Delilah. Luego se preguntó si Dalila sabía qué clase de hombre era Kirk Adams. Si lo sabía, y le parecían bien sus maneras de matón, entonces Julia no debía sentirse culpable. Y si Dalila no sabía nada de Kirk, Julia le estaba haciendo un favor al desenmascararlo. Asintió para sus adentros, contenta de tener la conciencia tranquila.

Ladeó la cabeza. Podía oír la voz entusiasta de Dalila entremezclada con los ocasionales gruñidos desinteresados de Caín. Estaba interpretando bien su papel.

Julia esperó hasta que los oyó subir las escaleras. Se dirigió al archivador y buscó entre los expedientes que había dentro. Ni siquiera sabía si la información que necesitaba estaría aquí. Su

corazón se aceleró cuando encontró un archivo con el nombre de la calle de Douglas. Lo sacó en silencio y lo dejó sobre la mesa. El corazón le retumbó en los oídos y le temblaron las manos al hojear las páginas.

Ahí estaba. Allí estaba el nombre de Stan. Pasó el dedo por la hoja de papel.

¡Bingo! Su dirección. Puede que ya no viviera allí, pero era un comienzo. Julia dio un respingo al oír pasos fuera de la habitación. La puerta se abrió ligeramente. Julia sintió que se le paraba el corazón cuando Delilah empezó a entrar en la habitación. Delilah tenía la cabeza vuelta hacia Caín, no había visto a Julia. Caín sí. Rápidamente contempló la escena y gritó: «¡La cocina! Quiero volver a ver la cocina!»

Dalila dijo: «¡Por supuesto! Por aquí». Y salió de la habitación.

Julia sacó su teléfono y tomó una foto de los detalles de Stan. Se apresuró a recomponer el expediente y lo devolvió al archivador.

Dalila entró en el despacho con una gran sonrisa en la cara. «Creo que he convencido a tu hijo».

«¿Lo has hecho? ¡Qué maravilla! Muchas gracias». Julia se dio cuenta de que tenía la voz demasiado alta. Tosió y dijo: «Tenemos que irnos. Nos has dado mucho en qué pensar. Gracias por tu tiempo».

«Fue un placer -dijo Dalila.

La culpa volvió a invadir a Julia. La apartó a un lado.

En cuanto estuvieron en el coche, Cain dijo: «¿Has averiguado dónde vive Stan? ¿Vamos allí ahora?»

Julia puso mala cara. «No, a menos que quieras que conduzcamos durante horas. Stan vive en Edimburgo».

«Oh. ¿Qué vamos a hacer?»

«Telefonearle. Había un número para él. Otra cosa es si hablará con nosotros».

Capítulo 28

Stan no quiso hablar con ellos. Julia llamó a su número en cuanto volvieron al coche. En cuanto Julia mencionó Construcciones Adams, él colgó.

«Al menos conseguí que confirmara su dirección antes de colgar», dijo Julia.

«¿Vamos a Edimburgo entonces?». preguntó Cain esperanzado. «Nunca he estado allí».

Julia arrancó el coche. «No sé qué vamos a hacer con Stan, pero será mejor que nos pongamos en marcha, Delilah lleva cinco minutos mirándonos por la ventanilla. Gracias por ayudarme ahí dentro».

«Lo disfruté. Aunque era difícil parecer indiferente mientras me enseñaba la casa. ¿Has visto el tamaño de esos dormitorios?».

Julia se rió. Recogieron el almuerzo en una tienda local y luego se dirigieron a su siguiente cliente.

Julia acababa de terminar de limpiar el cuarto de baño de su cliente cuando sonó su teléfono.

«¡Hola, Julia! Espero no molestarte. Soy Helena Blossom».

«Hola, ¿cómo estás? ¿No me digas que ya tienes información para mí? ¿Has averiguado quién es ese hombre que ha estado siguiendo a Douglas?».

«Desde luego que sí. Le estoy viendo ahora mismo. Está delante del hospital local. Es en el que está tu amiga, Nina Sapphire».

Julia se quedó sin aliento. «¿Qué está haciendo? ¿Parece amenazador? ¿Voy hasta allí?

«¡Eres una mujer de muchas preguntas! No, no hace falta que vengas. Lo tengo todo bajo control. He hecho varias fotos y en una hora sabré quién es».

«Estupendo. Muchas gracias. ¿Quieres...?»

«¿Le vigilarás y te asegurarás de que no se cuele en el hospital y acabe con Nina?».

«Algo así», dijo Julia.

«Le vigilaré. Si se mueve, yo también me muevo. Nos vemos luego».

«Oh, Helena, un momento. ¿Puedo preguntarte algo?»

«Claro».

Julia le explicó lo de Stan y que no quería hablar con ella. También le habló de Erin Matthews y de lo preocupada que estaba por la muerte de su abuelo.

Helena dijo: «Tengo formas de hacer hablar a la gente, y no utilizando la fuerza. Escucha, tengo un contacto en Escocia. La llamaré y estará encantada de visitar a Stan en tu nombre.

Conseguirá la información que necesitas».

«¿De verdad? Eres muy amable».

Helena se rió. «Puede que te arrepientas de haberme pedido ayuda. Cuando todo esto acabe, tengo que pedirte un favor. De momento, ¡adiós!»

Julia le contó a Caín lo que había dicho Helena. Caín dijo: «¿Cuál crees que es el favor? ¿Crees que quiere que asesines a alguien? ¿O que actúes como espía? ¡Eso sería estupendo! Pregúntale si yo también puedo ayudar».

«Espero que no sea nada de eso. ¿Hemos terminado aquí? Un trabajo más y habremos terminado por hoy. Iré a ver a Nina cuando te haya dejado».

Cuando Julia llamó a Nina, se alegró de ver que parecía más animada. Estaba rodeada de amigos, pero aún tenía tiempo para hacer que Julia se sintiera bienvenida. Julia no dijo nada sobre los últimos acontecimientos, no quería que Nina perdiera la sonrisa.

Julia bostezó al cruzar la puerta de la cocina una hora más tarde. Su bostezo se convirtió en un grito al tropezar con algo. Unas manos fuertes la cogieron antes de que cayera al suelo.

Papá le sonrió y le dijo: «¿Tú haces todas tus acrobacias?».

Julia miró lo que la había hecho caer. «¿Qué hacen aquí todas estas bolsas de la compra?».

«Me he dado cuenta de que te quedaban pocas compras. Tu madre me encargó que hiciera la compra semanal, así que pensé en comprar algunas cosas para ti también. Estaba a punto de guardarlas. Y no te preocupes por la gata que dejaste, de momento está bien con nosotros». Se detuvo. «Vamos, no hace falta que llores. Siéntate, vamos a poner la tetera».

Julia se secó los ojos. «Lo siento, papá. Eres tan amable y atento. Sólo estoy cansada. Hoy han pasado muchas cosas». Se sentó.

Papá metió la mano en la bolsa más cercana y sacó una tarta de chocolate en caja. Con fingida sorpresa, dijo: «¿Cómo ha llegado eso ahí? No podemos dejar que tu madre lo vea. Será mejor que destruyamos las pruebas».

Unos minutos más tarde, ambos estaban comiendo generosos trozos de tarta, con una taza de té al lado. Entre bocado y bocado, Julia puso a su padre al corriente.

Mildred empujó a Nina por las escaleras de la tienda, la odia y tiene mal carácter. Me la imagino haciendo eso. Pero no estoy segura de que matara a Douglas. Algo pasa con Kirk Adams. Está implicado de algún modo en la muerte de Douglas». Volvió a bostezar.

Papá le dio una palmadita en la mano. «Acábate la tarta. Necesitas dormir bien».

«No creo que pueda dormir, tengo la mente demasiado ocupada».

Papá se levantó y metió la mano en otra bolsa. Y, como un mago, sacó algo. «¿Qué hace esto aquí? ¿Vino blanco? Tu madre y yo sólo bebemos vino tinto. Será mejor que tomes esto».

«Pero mañana tengo trabajo», protestó Julia.

«Un vaso no me vendrá mal. Vaya, ya lo he abierto. Será mejor que tomes un vaso antes de que se estropee». Cogió un vaso del armario y lo llenó hasta la mitad. «Llévatelo a la habitación delantera y yo guardaré esta compra».

Julia se levantó y cogió el vaso que le ofrecía. «Gracias, te quiero».

«La mayoría de la gente lo hace». La giró hacia el salón y le dio un empujón.

Julia se sentó, bebió un sorbo de vino y lo dejó sobre la mesa, a su lado. Le escocían los ojos. Los cerró un momento.

Poco después la despertaron. Papá le sonrió: «Siento despertarte, pero no puedes dormir en esa silla. Te llevaría arriba, pero no quiero cargarme la espalda». Le tendió las manos y la ayudó a ponerse en pie.

Julia volvió a darle las gracias y acompañó a papá a la puerta.

Durmió mejor de lo que pensaba. Desde luego, no le gustaron los golpes en la puerta a la mañana siguiente.

Capítulo 29

«¡Buenos días, Julia Blake!»

Julia miró con los ojos entreabiertos a su visitante. Graznó: «¿Sabes qué hora es, Helena?».

«Sí, lo sé. Creía que te habías levantado temprano. ¿Puedo pasar?

Julia abrió la puerta e indicó a Helena que entrara. Julia dijo: «Las cinco y media no es temprano, aún es de noche. Siéntate, voy a poner la tetera».

Helena le sonrió. «No eres madrugadora, ¿verdad?».

«Aún no es de día, acabo de decírtelo, aún es de noche. ¿Té? ¿Café?»

Helena hizo un gesto con la mano. «Para mí no, gracias, no puedo quedarme. Tengo que seguir a un marido infiel dentro de veinte minutos. Escucha esto, mi contacto habló con ese tal Stan».

«¿Hizo que hablara?» Julia cogió la tetera. Necesitaba una bebida con cafeína.

«Por supuesto, es una profesional. Tienes razón en que Stan estaba amenazado. Le rompieron las ventanas a propósito. Se enfrentó a Kirk Adams, pero entonces ese asqueroso cabrón le amenazó con hacer daño a sus nietos».

«¡No!» Julia dejó la tetera de golpe. «Qué... es demasiado pronto para que pueda juntar palabras».

«Tengo muchas palabras para hombres como Kirk Adams. Stan sintió que no tenía más remedio que vender. Se fue a vivir con su hija y luego los convenció a todos para que abandonaran Yorkshire. Dice que no son del todo felices viviendo en Edimburgo, pero Stan está demasiado asustado para volver».

Julia llenó la tetera y la encendió. «Vaya, ese Kirk sí que le afectó». Miró más de cerca a Helena. «¿Por qué sonríes así? ¿Tengo algo entre los dientes?».

«No, aún no has oído la mejor parte. Bueno, dos mejores partes, si eso tiene sentido. Antes de que Stan se mudara, presentó una queja formal sobre Kirk Adams».

«¿A quién?»

«A su padre, Alexander Adams».

Julia cogió una bolsita de té. «¿Y qué dijo?»

La sonrisa de Helena amenazaba con partirle la cara en dos. «¡Dijo que lo sabía! Lo sabía todo sobre Kirk y sus métodos. Dijo que los apoyaba».

«¡No puede ser! ¿De verdad?»

«Sí. Stan se enfrentó a Alexander Adams en su despacho cuando no había ningún testigo

cerca, tonto del culo. Siempre hay que tener testigos. Alexander le dijo a Stan que él había enseñado a Kirk a actuar así. Se jactaba de que ésa era la razón por la que Construcciones Adams tenía tanto éxito. Fue idea suya que Kirk amenazara a los nietos de Stan».

Julia se hundió en la silla más cercana. «No me lo puedo creer. Hablé con Alexander Adams, no parece de ese tipo. Todo el mundo habla bien de él».

«El mal puede poner una cara amable, nunca lo olvides. No he llegado a la siguiente mejor parte, ni a la última mejor parte. Escucha esto: Stan contó a mi contacto que, antes de aceptar vender su casa, tuvo la sensación de que le seguían. Vio a un hombre detrás de él varias veces. Dio una descripción a mi contacto. Coincidía con la descripción del hombre que seguía a Douglas».

Julia sacudió la cabeza. «Esto es cada vez más raro».

Helena le hizo un gesto de silencio. «¡Escucha! He averiguado quién es ese hombre. Se llama Bobby Saxton y trabaja para... ¡Alexander Adams!» Se acercó más a Julia y cerró la boca abierta. «Lo sé, chocante, ¿verdad? Ayer me enfrenté a Bobby Saxton. Me dijo que había sido contratado por Alexander Adams para seguir a ciertas personas. No para atacarlas ni nada parecido, sólo para seguirlas y asegurarse de que la víctima sabía que la seguían. ¿Te lo imaginas? Pronto te convertirías en un manojo de nervios si tuvieras a alguien mirándote dondequiera que fueras. Todo eso formaba parte del plan de Alexander. ¿Qué te parece?

«Creo que necesito una taza de té fuerte. No puedo creer que hayas descubierto todo eso tan rápido. Douglas dijo que alguien le estaba siguiendo. Kirk, o su padre, debió de ser quien empujó a Douglas por las escaleras. Debieron de volver a la casa después de que Mildred se marchara». Julia miró directamente a Helena. «¡Nina! ¡Ahora irán a por Nina! Tengo que hablar con el inspector Clarke».

Helena levantó una mano. «No hace falta. Ya lo he hecho. Ya me he cruzado antes con el encantador inspector. Le llamé antes de venir aquí».

«¿Lo hiciste? Seguro que se enfadó contigo por despertarle. Seguro que te miró con sus ojos penetrantes».

Helena negó con la cabeza. «No, ya estaba levantado. Acababa de volver de hacer footing».

Julia entrecerró los ojos. «Eso no es normal. ¿Qué te dijo?

«Me dio las gracias por haber venido a verle».

«¡Jum! Nunca me da las gracias por nada».

Helena continuó: «Le di documentación de apoyo y fotografías. Dijo que se pondría en contacto con Alexander y Kirk Adams a primera hora de la mañana. Va a interrogarles de nuevo sobre la muerte de Douglas y sobre cómo llevan su negocio».

«¿Me informará de lo que ocurra?».

Helena sonrió y dijo: «Dijo, y éstas son sus palabras: “Informaré a la señora Blake a su debido tiempo del resultado de nuestras pesquisas”. No dudes de que me molestará antes de que almuerce hoy'».

Julia dedicó una pequeña sonrisa a Helena. «En eso tiene razón. Gracias de nuevo por tu ayuda». Tragó saliva. «¿Acerca del favor que mencionaste?»

Helena dijo: «¿Puedo hablar de eso contigo más tarde? Tengo que irme. No te preocupes, no te pediré que mates a nadie. Ya puedes volver a la cama».

Julia se levantó. «No podré dormir con toda esta nueva información en la cabeza».

Helena abrió la puerta de la cocina, le lanzó un guiño y le dijo: «Puedes ir a correr. Nos vemos luego».

Julia le lanzó una mirada de disgusto. «No seas ridícula. Gracias de nuevo».

Julia cerró la puerta y terminó de prepararse el té. ¿Kirk o Alexander Adams mataron a Douglas? Si fue así, ¿por qué tenía la sensación en el estómago de que algo no iba bien? Había algo que se le escapaba.

No pudo deshacerse de esa sensación en todo el día.

Más tarde, en casa de un cliente, Cain le dijo: «Pensé que te alegrarías. Siempre dijiste que Kirk Adams tenía algo que ver con la muerte de Douglas».

«¡Ya lo sé! Eso es lo que me preocupa. Debería sentirme feliz, contenta de que se haya hecho justicia. Pero no es así». Sacudió la cabeza. «Tal vez esté siendo tonta».

«¿Por qué no le dices al inspector Clarke cómo te sientes?».

«¡Ja! Estoy segura de que le encantará saber lo que siento. Ya sabes lo que dijo cuando llamó antes: había detenido a Kirk y Alexander por sus negocios y estaban investigando de nuevo la muerte de Douglas».

«¿Dijo si iban a soltar a Mildred?»

«No, la retendrán un poco más. Lo siento, Caín, hoy no estoy muy acompañada».

«No pasa nada. Sé lo que te animará. Esta noche ponen una vieja película en blanco y negro, una de las primeras de Nina. Voy a verla».

Julia tomó nota de la película. Nina saldría pronto del hospital, sería estupendo mencionar que la había visto en una película.

Al final del día, Julia se sentó frente al televisor con un vaso de vino. Dijo: «Salud, papá», y bebió un sorbo. ¿Por qué el primer sorbo siempre sabía tan bien?

Empezó la película. Julia sonrió cuando vio el nombre de Nina.

Mientras veía la película, se le llenó la cara de lágrimas. Dejó el vaso. Cogió el portátil y se conectó a Internet. Cayeron más lágrimas. Sonó su teléfono.

«Julia, soy yo, Caín. ¿Estás viendo la película?»

Julia asintió y consiguió pronunciar la palabra «sí».

Caín dijo: «¿Estás llorando? Sí».

Julia volvió a asentir. Se aclaró la garganta y dijo: «Caín, nunca esperé esto».

«¿Qué vas a hacer?»

«Lo correcto».

Capítulo 30

A la mañana siguiente, el inspector Clarke se reunió con Julia a las puertas del hospital. Estudió su rostro y le dijo: «¿Estás segura de que quieres hacer esto?».

Julia intentó sonreír. «La verdad es que no, pero tengo que hacerlo».

«¿No tienes clientes a los que visitar?».

«He dejado que Caín se encargue de eso. Se ofreció a hacerlo; no quería estar aquí».

La inspectora Clarke asintió. «Lo comprendo. Yo tampoco quiero estar aquí». Respiró hondo. «Venga, Julia, vámonos».

Si Julia no se hubiera sentido tan triste, le habría dicho que nunca la había llamado por su nombre de pila. Lo siguió hasta el hospital y atravesó el pasillo. Dos policías uniformados esperaban delante de la puerta que daba a la sala de Nina. El inspector Clarke les dijo: «Esperad aquí hasta que os llame».

Los pasos de Julia se sintieron pesados mientras caminaba tras el inspector. Dijo en voz baja: «Las camas a ambos lados de la señorita Zafiro están vacías. He pedido a las enfermeras que lo hagan. No necesita público».

«Yo creo que sí necesita público», dijo Julia.

Nina levantó la vista de la cama cuando se acercaron. Se le iluminó la cara. Julia se dio cuenta del buen aspecto que tenía Nina, no había rastro en su rostro de todo el dolor que había sufrido recientemente.

Julia no pudo corresponder a la sonrisa de Nina.

Nina dejó de sonreír. Colocó las manos sobre el regazo y esperó a que se sentaran a su lado. Miró de una a otra y dijo: «Ah, lo habéis solucionado, ¿verdad?».

Julia sintió que le punzaban los ojos.

Nina asintió. «Pensé que lo harías. Sabía que no dejarías este asunto en paz. Aunque pensé que me había salido con la mía cuando detuvieron a Mildred».

Julia parpadeó rápidamente y se obligó a apartar las lágrimas. «¿Por qué, Nina? ¿Por qué mataste a Douglas? Creía que le querías».

Nina se rió. «Le tenía cariño. Dime, ¿cómo lo resolviste? Creía que estabas convencida de que Kirk Adams tenía algo que ver con la muerte de Douglas».

«Anoche vi una de sus películas. Y luego busqué en Internet datos sobre ti».

«¿Qué película era? No, déjame adivinar. Es en la que me caigo por las escaleras, ¿no? Es mi

favorita. Viste que sobreviví en la película y cómo actué después. Te habrás dado cuenta de que actué de la misma manera después de caerme por las escaleras en casa de Douglas, y de cómo actué después de mi caída en la tienda de beneficencia».

Julia asintió. «Mi padre me dijo algo hace poco sobre hacer mis propias acrobacias. Cuando miré en Internet, vi que tú hacías tus propias acrobacias. Tu talento especial era caerte por las escaleras sin hacerte daño».

Nina sonrió. «Era la mejor en el negocio. Un talento peculiar, pero útil al fin y al cabo. Sabía cómo caerme y cómo aterrizar. Aún conservo ese talento, por eso nunca me he roto ningún hueso en mis últimas caídas. ¿Notaste algo más en la película?».

«Sí, había escenas tuyas en el hospital, rodeado de amigos. Les decías las mismas cosas que a Doris y a los demás. Como que no querías ser una molestia. Hacías que la gente sintiera lástima por ti. Cuanto más miraba, más me daba cuenta de hasta qué punto habías recreado escenas de esa película».

«Mi actuación me ha sido útil. Espero que Doris no esté muy enfadada conmigo. Inspector, ¿vamos al grano? Estás muy callado. ¿También te he engañado a ti?»

El inspector Clarke no pestañeó. «No tengo por costumbre que me engañen, señorita Zafiro, pero debo admitir que me he dejado engañar por tu actuación. Me diste pena».

Nina asintió. «De eso se trataba. Cuando la gente siente lástima por ti, te presta mucha atención. Por ejemplo, Julia, todas las noches venía a visitarme, a pesar de haber trabajado todo el día. Y Doris se ha desvivido por asegurarse de que yo fuera feliz».

La tristeza de Julia fue sustituida por la rabia. ¡Nina les había tomado el pelo a todos! «¿Pero por qué? ¿Por qué mataste a Douglas?»

Nina dijo: «Eres una chica lista, seguro que ya lo has averiguado. Mírame, una estrella de cine envejecida. En mi juventud no era una gran estrella, pero tenía mis seguidores. Les encantaba colmarme de atenciones y a mí me encantaba recibirlas. Me hacía sentir viva. En cuanto conocí a Douglas supe que estaba lo bastante solo como para dedicarme todo su tiempo. Y aquellas mujeres de la tienda de beneficencia se sentían bien a mi alrededor y oyendo hablar de mi época en el cine. Se regodeaban en mi fama y mi atención».

Julia sacudió la cabeza y miró hacia otro lado.

Nina continuó: «Me gustaba Douglas. Podría haberme casado con él y llevar una vida normal. Pero, ¿dónde estaba la emoción? La noche que murió yo seguía en su casa. Inspector, debería haber comprobado mi coartada. Sólo tenías mi palabra de que había salido de casa de Douglas aquella noche. En realidad, estaba en el dormitorio. La puerta estaba cerrada, pero oí las conversaciones que mantuvo con Kirk Adams y Mildred Hepplethwaite. Empezó a formarse en mi mente un plan basado en algunas de las películas de misterio y asesinato en las que he participado. Como novia afligida, no, prometida, llamaría mucho la atención de mis nuevos amigos».

Julia volvió la cabeza hacia Nina. «¡No tenías que matarlo!».

«Pero lo hice. Necesitaba la atención, la ansiaba. Y ya tenía sospechosos a los que culpar del asesinato. Era perfecto. Douglas no sabía lo que le había pasado, lo hice rápidamente. Subió después de que Mildred se hubiera marchado para ver cómo estaba. Fingí estar dormida hasta que salió de la habitación, entonces me acerqué sigilosamente cuando se dirigía a las escaleras. Tuve que darle un buen empujón, pero se fue rápidamente. Luego corté la alfombra, tenía que hacer que pareciera obviamente cortada, ya que todo formaba parte del plan para que la muerte de Douglas pareciera un asesinato».

DI Clarke habló: «¿La Sra. Hepplethwaite te empujó por las escaleras en la tienda de

beneficencia?».

Nina sonrió. «No, te he vuelto a engañar. ¿Vas a detenerme ahora? Julia, no estés tan enfadada. Piensa que es como protagonizar una de mis películas».

Julia no pudo soportarlo más. Se levantó. «Esto no es una de tus películas, es la vida real. ¡Mataste a Douglas para llamar la atención de todo el mundo! Te pasa algo».

El inspector Clarke se levantó y cogió a Julia del brazo. La alejó de Nina y la condujo hacia las puertas. Saludó con la cabeza a los policías uniformados que entraron y pasó junto a ellos.

En el pasillo la soltó. «Intenta no alterarte tanto».

Julia apretó los puños. «¡Me siento tan utilizada! Me preocupaba por ella. ¡Me preocupaba por ella! Y todo el tiempo me estaba utilizando, y a todos los demás. La vida de Douglas no significaba nada para ella».

«¿Ayudaría si te dijera que ya ha hecho esto antes?»

«¿Qué?

«No ha matado a nadie, pero ha tenido muchas caídas en los últimos diez años. Después de que me telefonearas anoche, investigué un poco. La Sra. Zafiro se ha movido por toda Europa, haciendo amigos a su paso. Ha estado ingresada en hospitales de muchas ciudades. Conseguí hablar con algunos de los médicos que la trataron. Recordaban que era encantadora y que siempre tenía muchas visitas. Todos dijeron que nunca se rompió un hueso en sus caídas».

Julia negó con la cabeza. «No puedo creer que alguien ansíe tanto la atención. Pero... ¿por qué matar a Douglas?»

«Supongo que pensó que tenía que tomar las medidas necesarias para conseguir más atención para sí misma».

Julia dijo: «Matar a Douglas fue ir demasiado lejos. Disculpadme, tengo que irme».

Capítulo 31

A Julia le costó pasar el resto del día.

Caín le dijo: «No dejes que te afecte. Nos engañó a todos, había algo psicológicamente mal en ella. Ha engañado a otras personas y probablemente engañará a otras personas en la cárcel».

«Lo sé, pero me siento muy triste por Douglas».

Cain añadió: «Has impedido que volviera a hacérselo a alguien. Si se hubiera salido con la suya una vez, lo habría vuelto a intentar».

«Supongo que sí». Se detuvo ante la casa de Cain. «Gracias por toda tu ayuda».

«Cuando quieras». Sonrió y añadió: «Mamá».

Julia no pudo evitar reírse. No tenía sentido compadecerse de sí misma. No podía haber hecho nada para evitar la muerte de Douglas.

Helena Blossom la estaba esperando cuando llegó a casa. «Hola, Julia. Parece que has tenido un día infernal».

Julia abrió la puerta y dijo: «Entra, te lo contaré todo».

«No hace falta. Ya he hablado con el DI Clarke, me lo ha contado todo. Lo de Nina parece un caso. El inspector Clarke me ha dicho que los encantadores Kirk y Alexander Adams han sido acusados de algo, algo relacionado con sus negocios. Dijo que se pondrán en contacto con Erin Matthews por la muerte de su abuelo».

«Bien», dijo Julia. «¿Vas a entrar?»

«Lo siento, no puedo. Tengo que hacer un trabajo encubierto. He venido para asegurarme de que estabas bien y para cobrar el favor que te mencioné».

Julia se armó de valor.

Helena se rió al ver la cara de Julia. «No es nada desagradable. Es mi madre. Se está haciendo mayor y ya no puede hacer tantas tareas domésticas como antes. Ha intentado ocultármelo, pero veo el dolor en sus ojos cuando limpia las ventanas. Tiene artritis y le está afectando mucho. Le he sugerido que contrate a una limpiadora, pero es demasiado testaruda para hacerlo. Dice que las limpiadoras son un lujo que no puede permitirse. Me he ofrecido a pagarle una, pero dice que no quiere que me gaste mi dinero. La verdad es que me vendría muy bien que alguien la ayudara».

Julia sonrió. «Puedes decirle que has ganado una especie de concurso, dile que no sabías cuál

era el premio. Y ¡he aquí! Has ganado mis servicios durante un mes, o un año, según lo que cobres por tus servicios. ¿Qué te parece?»

«Me parece perfecto. Gracias. Un mes debería bastar, pero si mamá te coge cariño te pagaré a escondidas y le diré algo a mamá. Te daré sus datos. Gracias de nuevo, te lo agradezco».

«De nada». Julia cogió un papel de Helena. «Ha sido un placer conocerte».

«Estoy segura de que nuestros caminos volverán a cruzarse. Tienes mi número si necesitas ayuda en futuras investigaciones de asesinatos».

Julia puso mala cara. «No pienso involucrarme en más casos de asesinato».

Helena le dio una palmada en el brazo y le dijo: «No te engañes, Julia. Hasta luego».

Julia la vio alejarse. Seguía sintiéndose fatal por la forma en que Nina había tratado a todo el mundo, pero se alegraba de que la hubieran detenido. Sonrió al pensar en lo último que le había dicho el inspector Clarke en el hospital. Le había preguntado si la acompañaría a explicarle a Doris la situación de Nina.

La expresión de su cara no tenía precio cuando Julia dijo: «No, gracias. Nunca interfiero en el trabajo policial».